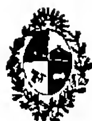
TEATRO COMPLETO



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 88

ERNESTO HERRERA

TEATRO COMPLETO

Tomo II

Preparación del texto a cargo del
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

ERNESTO HERRERA

TEATRO COMPLETO



TOMO II

MONTEVIDEO
1965

LA MORAL DE MISIA PACA

COMEDIA EN TRES ACTOS



PERSONAJES

Misia Paca
Alicia
Carmen
Alfredo
Legrand
Enrique
Una criada

ACTO PRIMERO

Sala modesta. — Al foro dos ventanas que dan a la calle. A la izquierda, primero y segundo términos, puertas laterales; la primera da al patio y la segunda comunica con las habitaciones interiores. A la derecha, dos puertas en el mismo orden; la primera al zaguán y la segunda al patio también. En las paredes algunos cuadros. — Sillas, sillones, sofaes y rinconeras distribuidas convenientemente. Al centro, una mesita de fantasía, sobre la que habrá colocados ramos, flores, un estuche y otros objetos propios para regalos; todo con su correspondiente tarjetita de envío.

ESCENA I

PACA *y* CARMEN.

CARMEN. — *(Escandalizada.)* Pues sí, tía, sí; muy orondo con su mujerzuela.

PACA. — Y los vio a ustedes?

CARMEN. — Que si nos vio? — Figúrese que hasta tuvo la desfachatez de hacernos señas, como invitándonos a que pasáramos a su palco! Enrique está furioso. Cuando lo vea le va a cantar cuatro frescas. El ya me lo ha dicho. — Y se las canta, porque usted sabe como es Enrique. — Ya lo creo que se las canta.

PACA. — *(Consternada.)* Qué poca vergüenza, Dios mío; qué poca vergüenza!...

CARMEN. — Figúrese! Presentarse en público con una mujer así — y abochornarlo a uno por

encima — como si el hecho en sí no fuera ya suficiente bochorno.

PACA. — Qué hijo! qué hijo! — Ese muchacho ha perdido la cabeza.

CARMEN. — Pero si es lo que yo digo siempre tía; está bien que tengan una mujer, para eso son hombres. Pero hay muchas maneras decentes de hacer las cosas. Se puede muy bien guardar las apariencias. Pero eso de andar luciéndose por ahí con una mujerota cualquiera, que ni se sabe de dónde salió!...

PACA. — *(Con amargura.)* Se sabe, sí, hija; desgraciadamente se sabe.

CARMEN. — Ah! pero entonces es... lo que nos imaginábamos?

PACA — De la peor especie, hija; una de esas... En fin, tú me comprendes.

CARMEN. — *(Triunfal.)* Ah! si yo tengo ojo clínico. Pregúnteselo a Enrique; se lo dije en cuanto la vi — Si no hay más que mirarle la facha. Y si siquiera fuera bonita o distinguida . pero ni eso, tía; ni eso. *(Transición.)* En fin, en fin, yo no sé; no me explico ciertas cosas.

PACA — *(Reticente.)* Yo tampoco, hija; aunque, muchas veces, hay ciertos casos en que debiéramos explicárnoslas.

CARMEN. — *(En guardia.)* ¿Que debiéramos explicárnoslas? No le entiendo, tía. Porque supongo que no querrá usted referirse a eso que se dice por ahí, del despecho de mi matrimonio!

PACA. — No, hija, no; perdona. No he querido decir nada con intención; demasiado sé yo que

entre Alfredo y tú nunca hubo nada serio. Además, sería una estupidez mía querer justificarle.

CARMEN. — *(Picada aún.)* No tendría nada de particular; es su hijo.

PACA. — Por eso, Carmen, por eso. Nadie debe juzgarlo más severamente. Por eso mismo. No merece tampoco que se le justifique, por otra parte. *(Pausa.)*

CARMEN. — *(Sentimental.)* Pobre! Me da lástima, ¿quiere creer? Un muchacho tan bueno, con un porvenir tan brillante como el de él! Ahí lo tiene. *(Con rabia.)* Y todo por causa de una perdida de ésas. Les tengo un odio!... Le garantizo que si pudiera, las mandaba quemar a todas juntas, esas asquerosas! *(Pausa.)* En fin, tía; quisiera equivocarme, ¿eh? pero usted verá cómo esto no para ahí. Usted verá.

PACA. — Qué quieres decir?

CARMEN. — En fin, ojalá me equivoque, tía; pero esas mujeres son muy pícaras. Usted va a ver como termina casándose.

PACA. — *(Consternada.)* Con ella? Pero tú crees que Alfredo sería capaz?

CARMEN. — Um, quién sabe. Esas mujeres son muy pícaras, y hoy en día, se inventan tantas cosas!

PACA. — Oh, no, no! No puede ser; no puede ser, Carmen. Alfredo no es capaz. Sería enlodarnos, cubrirnos de vergüenza... a todos!

CARMEN. — Oh, no, eso no, tía; nosotros no tenemos nada de común con él. El hecho de que Alfredo haga una locura, no quiere decir que

nosotras... No faltaba más! Aunque se casara cien veces!

PACA. — Sin embargo...

CARMEN. — No, qué esperanza! Nosotros hemos hecho todo lo posible; le hemos cerrado nuestras puertas; hemos cortado toda clase de relaciones con él. ¿Qué más podíamos hacer?

PACA. — Con todo... Pero no; no hay ni qué pensarlo. Alfredo no llegará a eso.

CARMEN. — Sin embargo, es voz corriente; todo el mundo lo dice.

PACA. — Eso! — Se dice eso?

CARMEN. — Se asegura. Se asegura.

PACA. — *(Después de un momento de estupefacción. — Con mucha energía.)* No, no; te digo que no. Te digo que no puede ser. *(Luego casi entre sollozos.)* Sería el colmo! Sería el colmo!

CARMEN. — *(Acercándose a ella cariñosamente.)* Pobre tía, pobre tía! — Llegar a su edad para sufrir estas cosas! — Pobre tía. Yo tengo la culpa. Le he causado mucho daño. Yo tengo la culpa.

PACA. — Tú no, hija mía; tú no. Pero en fin, cálmate. Yo te aseguro que no será. — No hablemos más de eso.

CARMEN. — Sí, tiene razón; volvamos la hoja. *(Pausa. Se levanta, va hasta junto a la mesita y empieza a examinar los regalos, leyendo las tarjetitas.)* Ajá!, siempre tan agasajada! — ¿Qué tal? Ha recibido muchos regalos?

PACA. — Ahí están todos.

CARMEN. — *(Toma un ramo y lee la tarjeta.)* Chelita y Bebé a su querida madrinita. ¡Qué monada! — Y será letra de ellos?

PACA. — De Chelita. Está muy adelantada la nena.

CARMEN. — Qué ricura! *(Toma un florerito y hace un gesto.)* Uf! — Y esto? *(Leyendo la tarjeta.)* Adela Rodríguez. — Pero qué tacaña!...

PACA. — Oh, esos!...

CARMEN. — Pero si están podridos en plata! — Mire usted, dos floreros! — Apostaría a que no les han costado ni un peso el par! *(Examina ligeramente otros regalos y luego toma un estuche, lo abre y comenta:)* Ah, mirá: qué precioso y qué delicado! Son puras perlas!

PACA. — Es de Legrand.

CARMEN. — Ah!... ¿El pretendiente de Alicia? *(Deja el estuche y va a sentarse rápidamente junto a misia Paca.)* Y qué tal? Cuénteme, a ver, cuénteme. Cuándo nos dan la gran sorpresa?

PACA. — Parece que muy pronto. Hoy hará su pedido oficial.

CARMEN. — Mirá! Tan calladito que se lo tenían! La muy zorrita de Alicia! — Quiere creer? — El otro día estuvo en casa y no me dijo ni esto. Ah, pero me las va a pagar!...

PACA. — Qué quieres, hija, estas cosas... hasta que no se formalizan!

CARMEN. — Sí, eso estará bien con otros pero no conmigo. — Entre nosotras que no tenemos secretos... Y a propósito: — ¿Y el otro?

PACA. — Cuál? — Ese tal Carlos? — Aquello era un simple pasatiempo. — Alicia nunca lo tomó en serio.

CARMEN. — Oh, no me diga, que hubo un tiempo en que estaban!...

PACA. — Bah!... cosas de muchachos. Aquello no era un porvenir para Alicia.

CARMEN. — Pero si es lo que decíamos siempre con Enrique; Alicia merecía algo mejor! Era una locura perder el tiempo de esa manera. Ahora sí; Legrand ya es otra cosa. — Ha sido una suerte, le garantizo, porque hoy en día, los novios... — Pero a todo esto, qué horas serán? *(Mirando el reloj.)* Las once! — Qué barbaridad! — Y Enrique que no viene. — No, no; tendré que irme sola; no le espero más. A Alicia la veré luego.

PACA. — Entonces, decididamente, no te quedas a almorzar con nosotros?

CARMEN. — No, tía, no. Vendremos por la tarde con Enrique. ¡Está tan atareado!

PACA. — Alicia se va a poner furiosa lo que sepa que has estado y no la esperaste.

ESCENA II

DICHOS *y la* CRIADA.

CRIADA. — Está el señor Enrique.

PACA. — Y hágalo pasar, pues; ¿qué espera?

ESCENA III

Mutis de la CRIADA. *En seguida,* ENRIQUE *por la puerta del zaguán.*

CARMEN. — *(Asomándose.)* Al fin, hombre! Creí que ya no venías. Me estaba despidiendo para irme.

ENRIQUE. — *(Entrando.)* Sí, me he demorado un poco. *(A Paca.)* ¿Qué tal, tía; cómo está la viejita; siempre tan guapa, eh?
PACA. — No tanto. No tanto.
CARMEN. — Figúrate; si parece que no pasara de los cincuenta.
ENRIQUE. — Y Alicia?
PACA. — Fue a la iglesia con unas amigas. No ha de demorar.
CARMEN. — Ah! ¡qué te cuento! Tenemos que tirarle de las orejas. Figúrate, la mosquita muerta! Nada menos que de noviazgos formales!
ENRIQUE. — Ajá!... No te decía yo? Está bueno, está bueno. Y para cuándo los dulces?
PACA. — Parece que muy pronto. Cuestión de meses.
ENRIQUE. — Mirá! Me alegro, me alegro.

(Se oyen en la calle voces femeninas y risas:) — "Bueno, hasta luego; recuerdos a misia Paquita, y muy felices años".

PACA. — Ahí está.
CARMEN. — Quiénes son las otras?
PACA. — Las hijas del doctor Rodríguez.

(Fuera, vuelve a oírse la primera voz entre grandes risas:) — "Y cuidado, che, que no le vaya a dar por la tragedia". — "Alicia: no, no le dará tan fuerte; no hay cuidado. *(Ríe.)* Hasta luego, bandida".

ESCENA IV

DICHOS *y* ALICIA, *que entrará por la puerta del zaguán, haciendo adiós con la mano a las amigas*

que se alejan. Permanece de espaldas a la escena unos segundos; vuelve a reir y luego entra en la sala con un gesto de fastidio, en actitud de echarse a llorar. Al ver a Carmen y Enrique, hace un esfuerzo visible y su aspecto muda completamente. Durante toda la escena debe mostrar una jovialidad forzada, extremando las risas con marcada nerviosidad.

ALICIA. — Querida! Dichosos los ojos! *(Se besan.)* Cómo está Enrique? *(Le da la mano y luego, acudiendo a Misia Paca, la besa en la frente.)* — Qué tal mamá, demoramos mucho? — No pensaba encontrarlos.

CARMEN. — Sí, buenos estamos contigo! Ya te arreglaremos las cuentas, hipócrita.

ALICIA. — A mí? — no sé! — Por qué causa?

CARMEN. — Sí, por qué causa! Si no estuviera tan apurada, ya te arreglaría las cuentas, sí. Oh, pero deja nomás. Deja nomás.

ALICIA. — Pero se van ya?

ENRIQUE. — No, como para quedarnos! Son casi las doce.

ALICIA. — Y no almuerzan con nosotros?

CARMEN. — No, no es posible; Enrique tiene mucho que hacer. Vendremos a cenar, mejor.

ALICIA. — Bueno, siendo así...

PACA. — Yo ya se lo había perdonado.

ENRIQUE. — Bueno, tía; hasta luego y muy felices años. *(Se despide.)*

CARMEN. — *(Haciendo lo propio.)* Hasta luego, tía. *(Besos.) (A Alicia, tomándola por la cintura.)* Y tú, acompáñanos, bandida. *(Salen juntas, seguidas de Enrique. Se oye la risa de*

ambas; luego Alicia ríe nuevamente y aparece como en la escena anterior, saludando jovialmente.)

ESCENA V

DICHOS *menos* CARMEN *y* ENRIQUE.

ALICIA. — *(Permanece unos segundos aún en la puerta y vuelve a reir.)* Sí... sí... Hasta luego.

(En esta escena debe marcarse una transición violentísima. Cuando su prima ha desaparecido, vuelve de pronto a su primitivo estado de ánimo; hace un gesto de fastidio, entra violentamente, se arranca el sombrero de la cabeza y se arroja sobre un sillón, sollozando ahogadamente.)

PACA. — *(Mirando a Alicia, profundamente sorprendida.)* Y eso? — ¿y eso ahora? — ¿qué te pasa? ¿te has vuelto loca, muchacha?

ALICIA. — *(Entre sollozos.)* Nada; déjeme; no tengo nada.

PACA. — Um... ya sé; ya sé. No en balde era el entusiasmo de las de Rodríguez. Apostaría a que te has encontrado con él.

ALICIA. — Ese odioso!... Lo encontramos a la salida de la Catedral. *(Pausa.)* Está como loco!

PACA. — Pero te has atrevido a hablar con él?

ALICIA. — Unas palabras, nada más. Quiere a toda costa una explicación.

PACA. — Y tú qué le has dicho?

ALICIA. — Nada; ¿qué había de decirle? que viniera aquí. Con el genio que tiene, era capaz de hacernos una escena en plena calle.

PACA. — Has hecho bien; así se le desengañará de una vez.

ALICIA. — *(Muy pensativa, con un acento de marcada tristeza.)* Es que... no sé cómo decírselo. Si viera, mamá, cómo estaba!...

PACA. — Bah, bah! tonterías; romanticismos. Ahí está lo que sucede con estos malditos dragones de puerta. Ahora, si se llega a enterar Legrand...

ALICIA. — Y bueno, bah! Que se entere, últimamente.

PACA. — No; que se entere, no; tendríamos un disgusto inútilmente. Tú comprendes que él...

ALICIA. — Y bueno: que haga lo que le parezca, últimamente. Ya estoy harta de sus tonterías.

PACA. — Pero qué locuras estás diciendo? ¿Que no te importa?

ALICIA. — Sí, sí. Que me es indiferente, completamente indiferente. Ya lo sabe.

PACA. — Mira, Alicia; no me exasperes.

ALICIA. — Bueno; déjeme en paz, entonces.

PACA. — *(Mira a Alicia con un gesto de rabia; luego va serenándose poco a poco, y después, con aparente tranquilidad:)* Está bien. Está bien. ¿Entonces, quedamos en que estás enamorada de Carlos?

ALICIA. — Lo quiero, sí, lo quiero; demasiado lo sabe.

PACA. — Bueno, entonces... no hay más nada que hablar. Te casarás con Carlos, entonces. Digo, si él está dispuesto. Yo, por mi parte, no tengo ningún inconveniente. Me parecía mejor Legrand, porque, en fin, como quiera

que sea, tiene su pasar, y podía ofrecerte con su amor todas las comodidades a que estás hecha. Pero, si lo quieres a Carlos tan así, de esa manera... Después de todo, el muchacho no es malo, según tengo entendido. Y con el tiempo... Cuánto nos dijeron que ganaba en la escribanía? Cincuenta pesos, no? Y bueno; ya ves. Es algo. No alcanza para vivir con lujo; pero habiendo amor... Contigo, pan y cebolla.

ALICIA. — Bueno, basta, mamá; basta!

PACA. — No, tonta; si es un decir nada más. Si para ser feliz en la vida no se necesita gran cosa de lo material. — ¿No vive el albañil y el carpintero y el peón de la esquina, con menos, con mucho menos? — Y tienen mujer e hijos; y no viven tal mal; y son felices. — Ustedes se quieren, son jóvenes, ¿qué más desean? ¿Que no se puede andar en carruaje? Pues se va en tranvía. — ¿Que no pueden tener una casa? — Pues se toma una pieza. — ¿Que no se puede tener sirvienta? — Pues se prescinde de ella. En el matrimonio, hija, habiendo amor, todo lo demás es superfluo. Créeme que hay muchas que se han casado en peores condiciones. Después de todo, cincuenta pesos... Hay tantos que lo pasan con menos! Y después, en último caso, tú no eres ninguna inútil, ¡qué diablo! Puedes muy bien ayudar a tu marido, trabajando en lo que puedas. Sabes bordar... sabes hacer sombreros, Sabes coser... Hoy le bordas un par de piezas a las de Gurmendez, mañana le haces un sombrero a Carmen, pasado un vestido a las de

Rodríguez... Las amigas no han de dejar de protegerte.

Alicia. — Oh! Nadie ha hablado de eso!

Paca. — Es necesario hablar, hija mía; no quiero que la realidad te tome de sorpresa. Una vez que lo quieres y estás resuelta a compartir su miseria...

Alicia. — Yo no he dicho eso. Demasiado sé yo que Carlos no me conviene. Lo que hay es que... no sé cómo decírselo. Hombre más estúpido!

Paca. — Quieres que se lo diga yo? — No le conozco, pero en un caso así... Se le hace pasar y yo le hablo. No ha de ser tan terco que no entienda razones.

Alicia. — No... no; deje. Yo se lo diré *(Pónese de pie, con resolución.)* Que lo tome como quiera, que piense lo que le dé la gana *(Pausa.)* Estoy despeinada?

Paca. — Arréglate un poco esa onda Pareces una presidiaria. *(Alicia toma de un mueble cualquiera un espejito de mano y se pone a arreglarse el pelo, Misia Paca la mira hacer socarronamente.)* — Si vieras la cara que puso Carmen cuando supo lo de tu noviazgo!

Alicia. — Sí, ya me imagino, esa envidiosa! Cree que ella sola pudo casarse. Se llena la boca hablando de *su Enrique.* Hombre más antipático y más grosero! Y después hablan de Alfredo. Ultimamente si el muchacho hace más de una locura, ella tiene la culpa, esa veleta! Plantarlo a Alfredo para casarse con ese idiota!

Paca. — Y, m'hija... si lo quería...

ALICIA. — Lo hubiera pensado antes — y no hacer lo que hizo!

ESCENA VI

DICHOS *y la* CRIADA.

CRIADA. — *(Entra alborotadamente.)* Señorita, señorita! *(Al ver a Misia Paca queda desconcertada, sin saber qué decir.)*
PACA. — Qué pasa?
CRIADA. — *(Muy confundida.)* Nada... esté... La señora llamó?
PACA. — Yo no he llamado a nadie.
CRIADA. — Será hora de tender la mesa, no?
PACA. — Sí; pon sólo dos cubiertos. Ya no vendrá nadie a almorzar.
CRIADA. — *(Finge poner en orden algunos objetos y va acercándose a Alicia Luego, cuando está junto a ella, muy disimuladamente:)* Señorita, ahí en la esquina está el joven aquél.
ALICIA. — *(Con naturalidad.)* Bueno, mira, dile que ahora salgo, que saldré por la verja. Anda. *(La criada sale muy sorprendida de que se hable de esas cosas delante de la señora.)*

ESCENA VII

Menos la CRIADA.

PACA. — Has hecho bien. — Así no te verán conversar.
ALICIA. — Se me nota que he llorado?
PACA. — Sí, pásate el cisne. *(Alicia se encamina muy irresoluta hacia la puerta del segundo*

término de la izquierda, entra en su habitación, permanece allí unos segundos, luego sale, va hasta donde está Misia Paca y permanece un momento parada, demostrando gran preocupación.) Bueno, mujer, anda de una vez, pues El hombre ha de estar esperando.

ALICIA. — Sí; ya voy. *(Vuelve, cada vez más irresoluta, hacia el primer término de la izquierda, se entrepara, hace un gesto, se encoge de hombros y sale resueltamente. Misia Paca la mira salir, sonríe y luego vuelve la cabeza para observar a través de los vidrios, algo que parece preocuparla mucho.)*

ESCENA VIII

Menos ALICIA.

(Entra la criada, toma el sombrero que Alicia ha dejado en el suelo, lo lleva a la habitación de ésta, y vuelve.)

PACA. — Qué indecencia!

CRIADA. — *(Mirando a su vez.)* Ah!... las vecinas? Si viera, señora! Eso no es nada. Hay que verla de noche a la sapo relleno

PACA. — Siempre te has de meter donde no te llaman.

CRIADA. — *(Mirando.)* Uy, fijesé; fijesé, señora; le ha dado un beso!

PACA. — Bueno, bueno; basta! Cierra el postigo y vete. Con no mirar, asunto concluido. Vete a tus quehaceres, pues; ¿qué esperas?

CRIADA. — Pero no cierro ahí?

PACA. — No, no; deja. Deja nomás. *(La criada*

sale no de muy buen grado, después de lanzar una última mirada sobre el vidrio. Misia Paca, al salir la criada, vuelve a mirar nuevamente. De pronto, se estremece, hace un gesto de sorpresa, y vuelve la vista hacia la puerta del zaguán.)

ESCENA IX

Menos la CRIADA. *En seguida,* ALFREDO *por la puerta del foro.*

(Hay una escena muda entre los dos. Misia Paca tiene un momento de madre; luego, se domina y le mira fríamente. Alfredo, que ha entrado en actitud de echarse en sus brazos, tropieza con su mirada y queda desconcertado, sin saber qué decir.)

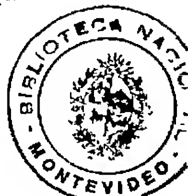
PACA. — Alfredo! Tú?...

ALFREDO. — *(Con mucha ternura.)* Sí, mamá. Perdóneme que vuelva; pero... qué quiere; hoy es su cumpleaños, y no he podido resistirme. Toda la vida, toda la vida hemos pasado juntos este día!

PACA. — *(Con sarcasmo.)* Um!... Tienes un excelente corazón. Tienes un excelente corazón!

ALFREDO. — No sea injusta, vieja! Usted sabe que yo la quiero; usted sabe que yo siempre la he querido mucho, a pesar de todo.

PACA. — Sí, sí, enormemente. Y me lo pruebas cubriéndome de vergüenza; matándome a disgustos con tu encanallamiento. O piensas que



ignoro tus escándalos? Hoy ha estado aquí Carmen.

ALFREDO — Ah! Carmen! — Y ella?... Sí, ha venido a disgustarla, contándole una porción de enormidades. Me lo imaginaba.

PACA. — No, no; si es para estar encantada de tí; si es una monada lo que estás haciendo! Y aún tienes la desvergüenza de presentarte ante tu madre. ¡Debiera caérsete la cara!

ALFREDO. — Perdóneme, mamá. Usted no comprende estas cosas ¡no puede comprenderlas!

PACA. — No tengo nada que comprender. Ya lo sabes Mientras sigas por el camino que vas, no debes acordarte de nosotros para nada absolutamente. No tienes derecho a manchar con tu presencia el hogar honrado de tu familia. Y ahora vete.

ALFREDO. — No sea así, vieja; no se ponga así. Reflexione un poco. — Cuál es mi delito después de todo? — Tener una mujer? Haber ido a buscar un poco de amor, allí, en la única parte donde he podido encontrarlo? Piense en la situación en que me hallaba entonces; usted lo sabe.

PACA. — No, no intentes disculparte!

ALFREDO. — No me disculpo, vieja. No tengo por qué hacerlo tampoco. Créame, no hay ningún pecado en eso; la pobre es buena. ¡Es buena, vieja!

PACA. — Es buena, no? La pobre! Anda desvergonzado, anda. Sigue, continúa tu vida de vergüenza; abochórname, mátame a disgustos! Es lo único que podía esperar de tí.

ALFREDO. — Vamos... vamos. No se ponga así; considere un poco, razone un poco. Escúcheme.

PACA. — Habla, habla! ¿Qué vas a decirme? Habla!

ALFREDO. — Qué voy a decirle? Eso. Que razone un poco; que se ponga en mi caso por un momento. Usted lo sabe; yo no soy ningún pervertido... Usted se disgusta inútilmente, mamá. No tiene motivos.

PACA. — No, qué esperanza! Si eres el mejor de los hijos; si vives la más ejemplar de las vidas.

ALFREDO. — Dejemos eso Usted tiene su moral, yo tengo la mía. Vivo la vida, como ella misma me enseñó a vivirla. No tengo necesidad de ocultar nada, no tengo nada de que avergonzarme.

PACA. — Y ella?

ALFREDO. — Ella tampoco, vieja. Fue lo que la vida le obligó a ser. Es lo de siempre. A ella fue la miseria la que la llevó a su vida, como a mí fue el dolor el que me arrojó en sus brazos. Somos dos pingajos de dolor que se han juntado en una misma dicha relativa. — ¿Qué hay de culpable en eso?

PACA. — Nada, nada!

ALFREDO. — Naturalmente, madre. Tengo derecho a mi poco de felicidad; ella también tiene derecho. Se ha sujetado a mí, me ha querido sin cálculos, sinceramente, honestamente; de la manera más honesta que se puede querer. Es lo que yo necesitaba entonces; es lo que he necesitado siempre.

PACA. — Desgraciado! desgraciado! Te has en-

canallado del todo; te has hecho hasta cínico. Ya no tienes escrúpulos, ni vergüenza, ni nada que valga. Has descendido propiamente hasta el nivel de ella!

ALFREDO. — No; lo que he hecho ha sido elevarla a ella hasta mi nivel.

PACA. — Qué has de elevar tú, desgraciado, que eres incapaz de levantarte a tí mismo! Si tuvieras un poco de dignidad, no hubieras descendido hasta... hasta donde fuiste a encontrar ese monumento de virtud. ¿O piensas que ignoro?

ALFREDO. — Ah! lo sabe? Bien. Es exactamente como se lo han dicho. Era una... cualquiera cuando la conocí; una perdularia. Y ya lo ve usted; su amor por mí la ha transformado; ha conseguido regenerarla. — Y créame mamá que es mucho amor el que consigue esos milagros. Una mujer podrá perderse por un capricho; un solo momento, un solo traspiés, bastan para arrojar en el lodo más inmundo a la más inmaculada de las vírgenes. Pero purificarla cuando ya está allí, arrancarla a la corriente del vicio, regenerarla... Eso solo puede conseguirse por un amor muy grande y con un alma muy pura, vieja. — Para eso hace falta un alma muy pura y un corazón muy grande!

PACA. — Te he escuchado, te he dejado decir para ver hasta dónde eras capaz de llegar. Infeliz, infeliz! Conque un alma muy pura, conque un amor muy grande; una mujer de esa especie; una mujer que ha comerciado con su amor de la manera más vil! Alma muy pura

en una ramera miserable! Infeliz; pobre infeliz! Eres digno de lástima!

ALFREDO. — No seamos injustos, madre; no seamos injustos. Esa mujer no es menos digna que cualquier otra. Ella no tiene la culpa de haber sido lo que fue.

PACA. — Claro! Magdalena! Te sienta bien el papel de Jesús. Infeliz!

ALFREDO. — Miremos las cosas tal cual son, madre; miremos las cosas tal cual son. No seamos injustos. Ella no tiene la culpa de haber sido lo que fue. Miremos las cosas razonablemente; examinémoslas tal cual son. Usted tuvo la suerte de nacer en el seno de una familia honesta; tuvo el cariño de sus padres y con él, el ejemplo de todas las virtudes. Le educaron con esmero, su alma se desarrolló al calor de los afectos más puros, hasta que llegó a ser mujer, hasta que conoció a mi padre que la amó sanamente y la llevó al altar. A usted no le costó ningún trabajo ser honrada!

PACA. — ¿Qué dices? ¿Qué quieres decir?

ALFREDO. — Nada, nada.

PACA. — No, no; habla. Concreta tu pensamiento, habla! — ¿qué quieres decir?

ALFREDO. — Usted lo exige. — Quiero decir que así como nació usted en la familia, hubiera podido muy bien nacer en el arroyo; y así como se educó y creció entre los afectos más puros, hubiera podido desarrollarse entre el lodo más inmundo; y así como encontró a mi padre que la llevó al altar, hubiera podido tropezar con un miserable que la arrastrara por el fango. Y entonces, le pregunto yo: ¿qué

sería de misia Paca López de Aguilera? Sería más que ella, acaso? Está bien segura de que sería más que ella?

PACA. — *(Fuera de sí.)* Miserable, miserable. Era lo único que te faltaba, miserable! Mátame, insúltame, ultrájame; compárame con ella. Canalla! Canalla!

ALFREDO. — Lo ve?

PACA. — Fuera, fuera de aquí! en seguida. Con ella! Con ella, miserable, con ella. *(Lo empuja violentamente.)* Fuera!

ALFREDO. — Sí, sí, ya me voy. *(La mira como con compasión y luego hace mutis rápidamente.)*

PACA. — Con ella, con ella! Eres bien digno de ella. — Es lo único que mereces; es la única que podrá descender hasta tí: una mujer de venta! Es lo único que mereces: una mujer de venta. Una mujer de venta!... *(Se echa a llorar sobre un sillón.)*

ALICIA. — *(Aparece por la puerta de la izquierda muy apesadumbrada.)* Mamá!...

PACA. — Hija!...

ALICIA. — Ya se fue... Para siempre! Lo he despedido! Ya lo he despedido! *(Rompiendo a llorar.)* Ya lo he despedido!

TELON

ACTO SEGUNDO

Una antecámara de relativo lujo.

ESCENA I

CARMEN *y* LEGRAND.

CARMEN. — ¡Oh, no diga usted eso, señor Legrand. — Se está aquí deliciosamente.

LEGRAND. — ¿Y aún le quedan a usted muchos días de exilio?

CARMEN. — *(Con un dejo de inconsciente tristeza.)* Pocos; un mes apenas! Enrique piensa que sus asuntos pueden quedar terminados en este mes y esta será probablemente la última vez que tenga que ausentarse; al menos por ahora.

LEGRAND. — Sí, así lo espera, según me dice en su última carta. No deja de ser una suerte para él. Es decir, para ustedes.

CARMEN. — Sí, sí, ya lo creo; porque cuando se está fuera de casa, — aun cuando se tiene la suerte, como la tengo yo, de pasar las ausencias en tan amable compañía, — parece como si le faltara a uno calor o perfume, yo no sé; algo que no se puede definir, pero que es *algo* indudablemente.

LEGRAND. — Sí; y sobre todo cuando se está lejos de él; cuando entran en ese *algo* que falta caricias y amores.

CARMEN. — Caricias y amores? Ja ja ja! No es

ese nuestro caso, señor Legrand. Eso está bien para ustedes, los recién casados; pero cuando lleva ya algunos años, la vida de matrimonio se hace más práctica, más formal, menos soñadora; le sale al vínculo la muela del juicio, como diría Alfredo en sus metáforas odontológicas. *(Ríe.)*

LEGRAND. — No deja de tener gracia la figura, pero en el caso de ustedes, en tres años, la muela del juicio matrimonial no puede haber tenido tiempo de carearse; debe ser forzosamente una muela nuevecita, que recién despunta. — Así lo creo yo, al menos.

CARMEN. — *(Corrigiéndose.)* Indudablemente. En este caso, ha sacrificado un tanto la justicia en pro de la metáfora.

LEGRAND. — *(Zumbón.)* O de la odontología.

CARMEN. — Lo dice usted...

LEGRAND. — Para marcar la procedencia científica de la figura.

CARMEN. — Eh!

ESCENA II

DICHOS *y* ALFREDO *(por el foro.)*

ALFREDO. — Hablaban de mí?

LEGRAND. — Hablábamos de su profesión futura, simplemente.

ALFREDO. — Con motivo?...

CARMEN. — De una figura retórica.

ALFREDO. — *(Zumbón.)* De Legrand?

LEGRAND. — De Carmen, tranquilícese usted, de Carmen. *(Tose secamente, como molestado por el cigarro de Alfredo.)*

ALFREDO. — Ah, perdone, olvidaba que le molesta; perdone, cuñado.

LEGRAND. — Ha hecho mal en tirarlo; yo ya me iba.

CARMEN. — ¿A dormir ya?

LEGRAND. — No; a dar una vuelta por ahí. Dígale a Alicia que en seguida vuelvo. Hasta luego. *(Vase por el foro.)*

CARMEN. — Hasta luego.

ESCENA III

Menos LEGRAND.

ALFREDO. — Uf!

CARMEN. — Qué lata!

ALFREDO. — Me imagino, pobrecita! Mucha moral y muchos negocios y mucha política...

CARMEN. — Y muchas indirectas; Legrand ha pescado algo.

ALFREDO. — Tú crees?

CARMEN. — No te quepa duda; de un tiempo a esta parte, venimos haciendo demasiado tonterías.

ALFREDO. — Bah! cosas tuyas, querida; ¡qué va a pescar ése!

CARMEN. — Oh! no, el caso es serio; no es para tomarlo así.

ALFREDO. — ¿Pero es tan grave lo que te ha dicho?

CARMEN. — A simple vista no; pero hace ya días que noto en él, los mismos subrayados mortificantes, los mismos equívocos; y hasta tía...

ALFREDO. — Oh no; la vieja está demasiado sa-

tisfecha con esto que ella llama el "milagro de mi regeneración", para que se le ocurra investigar las causas.

CARMEN. — Sin embargo ..

ALFREDO — Sí, tal vez sospeche que mi nueva vida se deba a alguna esperanza que tú has hecho renacer; pero nada más. En ese punto, la vieja tiene que estar convencida de que me engaño! Si sospechara lo más mínimo, ya nos hubiera puesto en la calle a los dos. No la conoces! En cuanto a Alicia y Legrand, por ese lado, creéme, no hay nada que temer. Están demasiado entretenidos en hacer los palomos, para que se les ocurra pensar en otra cosa. Sin embargo, por las dudas...

ESCENA IV

DICHOS *y* PACA.

PACA. — Albricias, Carmen; un telegrama para tí.

CARMEN. — *(Sorprendida.)* Para mí?

ALFREDO. — Será de Enrique.

CARMEN. — *(Toma el sobre, lo rompe nerviosamente y lee muy confundida.)* Sí .. de Enrique. *(Vacilante.)* "Embarco esta noche. Saludos."

PACA. — *(Observando la confusión de Carmen.)* Ave María, hija! Te has quedado...

CARMEN. — *(Disimulando.)* La nerviosidad. Siempre que recibo un telegrama, me asalta el temor de una desgracia.

ALFREDO. — A la verdad que es un aparatito el

tal telégrafo!... Parece inventado expresamente para comunicarle a uno noticias desagradables.

PACA. — Sin embargo, en este caso...

CARMEN. — No puede ser más grato el contenido, a la verdad. ¡Estoy tan contenta!...

PACA. — No es para menos. Van para dos meses que está ausente.

ESCENA V

DICHOS *y* ALICIA *por la derecha.*

ALICIA. — ¿Salió Legrand, mamá?

ALFREDO. — Ah! se me olvidaba; te dejó dicho que volvía en seguida. *(Busca encima de la mesita, entre los libros; toma uno y sale por el foro, después de cambiar con Carmen una mirada de inteligencia.)*

ESCENA VI

Menos ALFREDO.

ALICIA. — *(Por el telegrama.)* Noticias?

CARMEN. — Sí... de Enrique. Embarca esta noche.

ALICIA. — Pero cómo! ¿No pensaba quedarse todo este mes?

PACA. — Ha desistido, según parece.

ALICIA. — Mirá! — Me alegro! Te felicito.

PACA. — ¿Le has preparado el chocolate a Legrand?

ALICIA. — Es lo que iba a hacer. *(A Carmen.)* Me acompañas?

CARMEN. — Sí, ahora voy. *(Alicia sale por la izquierda. Carmen queda muy preocupada dando vuelta el telegrama entre los dedos.)* ¿Están sin cocinera?

ESCENA VII

Menos ALICIA.

PACA. — No, mimos de Legrand; el chocolate preparado por ella le resulta mejor. — Tonterías de recién casados.

CARMEN. — Está bueno. *(Pausa.)*

PACA. — *(Observándola.)* Te ha dejado preocupada la noticia!

CARMEN. — No... preocupada no. Me ha sorprendido. Como en la carta de ayer me hablaba de volver a fin de mes... *(Pausa.) (Las dos mujeres quedan un momento pensativas. Luego Carmen, de pronto, como para dejar escapar una pregunta.)*

CARMEN. — Tía.

PACA. — Eh?

CARMEN. — *(Sin saber qué decir.)* Nada. — ¿Tenía algo que decirme usted?

PACA. — No... no... Particularmente no. — Por qué me lo preguntas?

CARMEN. — *(Dando vueltas al telegrama entre los dedos.)* No sé... Por nada... Me parecía.

PACA. — *(Observándola fijamente. — Con mucha intención.)* No... Ahora ya no.

CARMEN. — Eh!...

PACA. — No, nada. Nada.

ESCENA VIII

DICHOS *y* ALFREDO.

ALFREDO. — *(Entra rápidamente)* Carmen! *(Al ver a misia Paca, como tratando de disimular, pónese a buscar entre los libros.)* ¿No has visto por ahí mi libro de química?

PACA. — Uno de tapas rojas? — Ahí está. — Lo habías dejado tirado.

CARMEN. — *(Muy confundida.)* Estaba en mi cuarto, no? — Fui yo que estuve ojeándolo esta tarde.

PACA. — Ave María, hija! — te has puesto como un tomate?

ALFREDO. — *(Tratando de disimular. En tono de broma.)* Buscabas la piedra filosofal?

CARMEN. — Yo qué sé. Curiosidad.

ALFREDO. — *(Toma el libro, y disponiéndose a salir.)* Me has hecho perder como una hora buscándolo. Si me reprueban, lo cargaré a tu cuenta. *(Mutis.)*

CARMEN. — *(Risueñamente.)* Qué estudioso!...

PACA. — Está desconocido. ¿No lo ves? Estudia, no sale nunca, y hasta a la fulana... parece que la ha dejado definitivamente. En fin, hija; todo un triunfo. Un verdadero milagro.

CARMEN. — Sí, efectivamente. Un verdadero milagro. Lo hemos reconciliado con la virtud.

ESCENA IX

DICHOS *y* ALICIA, *que cruza hacia su habitación con una bandeja con pocillos.*

ALICIA. — Aquí me tienes, hija; de cocinera.
CARMEN. — Siempre que no sea más que para hacer golosinas...
ALICIA. — *(Aparece de nuevo sin la bandeja.)* Vienes?
CARMEN. — En qué andas, ahora?
ALICIA. — En mis preparativos; ya lo ves: chocolate, pocillos, tostadas...
CARMEN. — Me seduces por el lado de la dulzura.
ALICIA. — Alfredo anda por allí, también. ¿Vienes, mamá? El chocolate para ustedes ya está servido.
PACA. — Vayan, vayan ustedes nomás.

ESCENA X

Menos CARMEN *y* ALICIA. *En seguida* LEGRAND.

(Misia Paca vuelve a tomar el telegrama que Alicia ha dejado sobre la mesa, y lo lee nuevamente, muy preocupada.)
LEGRAND. — Buenas noches, mamá.
PACA. — Buenas, hijo. Has andado de paseo?
LEGRAND. — Sí, salí un momento a tomar un poco de aire. ¿Ha venido telegrama?
PACA. — De Enrique. Embarca esta noche.
LEGRAND. — Ah! Sí, sí.

PACA. — ¿Sabías tú?

LEGRAND. — No, pero no me sorprende Yo le escribí ayer.

PACA. — ¿Andan mal sus negocios por aquí?

LEGRAND. — No, no es eso. Otras cosas. Asuntos íntimos. Un pequeño escrúpulo de parte mía.

PACA. — Un escrúpulo.

LEGRAND. — Sí, hasta cierto punto. Se trata de Carmen.

PACA. — De Carmen!

LEGRAND. — Sí; como cuando Enrique la dejó con nosotros, Alfredo no estaba en casa, y ahora ha venido a vivir aquí, según parece, me he creído en el deber de comunicárselo. Claro está que sin darle al asunto trascendencias inútiles. Le daba la noticia nomás, como un acontecimiento familiar de segunda importancia.

PACA. — No entiendo, hijo mío. — ¿Es que acaso sospechas algo de Carmen?

LEGRAND. — ¡Oh! no, mamá! ¡qué esperanza! — La tengo a mi prima en el concepto de toda una señora; pero...

PACA. — Pero qué?

LEGRAND. — Eso; que quizás a Enrique no le parezca bien. Y como hemos sido nosotros los que insistimos en que Carmen quedara aquí.

PACA. — Fui yo la que insistí en ello, y esto es precisamente lo que debiera tranquilizar sus aprensiones.

LEGRAND. — Oh no, no; no lo tome usted como un reproche que sería una injuria — no señora. Se trata simplemente de una cuestión de delicadeza. Por otra parte, yo tampoco ten-

go ningún motivo para sospechar nada de Carmen... ni de Alfredo; sólo que, como conozco un poco el mundo y sé que no necesita mucho para murmurar...

PACA. — *(Secamente.)* Tranquilícese; tranquilícese usted, hijo mío. A pesar de su conocimiento del mundo, esta vez sus escrúpulos no tienen razón de ser. Se equivoca usted lamentablemente.

LEGRAND. — Oh, no tan lamentablemente; no tan lamentablemente. Alfredo y Carmen han sido novios según tengo entendido. Ya ve usted que la gente...

PACA. — *(Poniéndose de pie, airada.)* No veo nada. Conozco a mi sobrina y sé que es incapaz de faltar en lo más mínimo a sus deberes.

LEGRAND. — Le repito que está predicando a un convencido. Tengo a mi prima en el mejor de los conceptos.

PACA. — No lo demuestran así sus insinuaciones. Pero en fin, mañana estará aquí Enrique y Carmen volverá a su casa. *(Mutis violento. Legrand la mira salir, hace un gesto, toca el timbre y entra en su habitación.)*

ESCENA XI

Menos MISIA PACA. LA CRIADA.

CRIADA. — *(Asomándose.)* Llamó el señor?

LEGRAND. — *(Asoma a la puerta.)* Sí. — ¿La señora está en el comedor?

CRIADA. — Sí señor. — ¿Le digo que venga?

LEGRAND. — No, no. Deje nomás. *(Entra de nue-*

vo y cierra la puerta. La criada avanza muy preocupada, saca una carta del peto del delantal, la mira, la da vueltas entre los dedos, luego la oculta rápidamente y se pone a arreglar los libros como disimulando.)

ESCENA XII

DICHOS *y* CARMEN.

CARMEN. — *(Sentándose.)* ¿Acomodas? ¿A esta hora?

CRIADA. — No señora. Estos libros...

CARMEN. — ¿A ver, a ver? No me vayas a perder la página de ése. Dámelo.

CRIADA. — *(Dándoselo abierto.)* No lo había tocado.

CARMEN. — *(Mirando la página.)* Ah! sí, sí; está bien. *(Empieza a leer.) (La criada pone en orden algunos objetos y hace mutis por el foro. Carmen continúa leyendo unos segundos.)*

ESCENA XIII

Menos la CRIADA. *Entra* ALFREDO *por la izquierda.*

ALFREDO. — Carmen.

CARMEN. — *(Volviéndose.)* Jesús! Me has asustado.

ALFREDO. — Es necesario que hablemos.

CARMEN. — Ahora no, Alfredo, no seas imprudente.

ALFREDO. — Y cuándo, entonces? Es necesario que hablemos, de cualquier modo. Por qué no

ha de ser ahora? La vieja está en el comedor, entretenida con Alicia. No vendrán todavía; podemos hablar. Es necesario.

CARMEN. — Sí, es necesario! Eso se dice muy fácilmente.

ALFREDO. — Cuando no le importa a uno nada, no?

CARMEN. — Oh! no he querido decir eso. Pero comprende. Estamos en una situación terrible; cualquier imprudencia nos perdería.

ALFREDO. — O nos salvaría, qué diablo!

CARMEN. — Pero estás loco, Alfredo? ¿Qué dices?

ALFREDO. — Eso. Que lo deseo.

CARMEN. — Que lo deseas?

ALFREDO. — Sí, Carmen, sí; es necesario que lo sepas. Me mata esta situación de eterna segunda parte en tus amores. No me resigno a eso. Te quiero mía, únicamente mía! ¿Entiendes?

CARMEN. — ¿Y no lo soy, acaso?

ALFREDO. — Esa es la ilusión que nos hacíamos; pero ya ves como no. Mañana volverá él, y volverás a ser suya Porque le perteneces... porque eres de él. Eres de él, mal que nos pese!

CARMEN. — Tú no me quieres, Alfredo. Tu amor es demasiado egoísta para ser verdad. Si me quisieras como dices, no desearías mi perdición.

ALFREDO. — Tu perdición! Tu perdición! En fin; tienes razón, después de todo. Exijo demasiado. El amor furtivo no da derecho a tanto.

CARMEN. — Oh! no hagas ironías, Alfredo; no tienes derecho.

ALFREDO. — Que no tengo derecho! ¿Y mi amor? ¿Y mis celos?

CARMEN. — Tus celos? — Pero qué locuras dices? — De manera que eres tú?..

ALFREDO. — ¿Y quién entonces? — ¿No vendré a ser acaso el único burlado? — El te cree suya, lo ignora todo, y es feliz en medio de su ignorancia, sin que una duda turbe su sueño, sin que una idea martirice su pensamiento. En cambio yo, ¿te imaginas tú mi tortura; esta maldita obsesión que me hará verte siempre en sus brazos; este martirio de sentir eternamente en tus labios el sabor de sus besos, de pensar eternamente que te amo sobre sus amores y te acaricio sobre sus caricias?

CARMEN. — Oh, me haces sufrir; me haces sufrir demasiado! Ponte en mi situación; considera un poco! Qué más puedo hacer yo?

ALFREDO. — Qué más puedes hacer? Eso: abandónalo, vente conmigo.

CARMEN. — Oh, no me pidas eso, Alfredo! piénsalo un poco; sería mi caída, mi renuncia a todo, mi deshonra!

ALFREDO. — Tu deshonra! Y qué es eso? Me amas, eres mía, no lo quieres al otro — y finges y aguantas y permaneces a su lado! ¿No te parece que sería más honrado decírselo todo, saltar por encima de todo, concluir de una vez con esta odiosa farsa que nos envenena?

CARMEN. — Oh, no; no puede ser, Alfredo! Píde-

melo todo, menos eso. Sería mi perdición! Entonces...

ALFREDO. — Sí, entonces dejarías de ser una mujer honrada. Mi madre no te lo perdonaría.

ESCENA XIV

DICHOS *y* ALICIA *por la puerta del patio.*

ALICIA. — Conferencia?

CARMEN. — *(Dominándose.)* Sí... un poco de prosa.

ALFREDO. — Eso, prosa; prosa trivial.

ALICIA. — ¿Y se trataba?

CARMEN. — De tonterías. ¡Las eternas locuras de Alfredo!

ALFREDO. — Sí, tonterías: bueyes perdidos. Tú puedes continuar en mi lugar. Voy a ver si estudio un rato. *(Mutis.)*

ESCENA XV

Menos ALFREDO. CARMEN *queda un momento en silencio, tratando de ocultar su rostro a las miradas de* ALICIA.

ALICIA. — ¿En qué piensas?

CARMEN. — En nada. *(Luego, forzadamente.)* Me estaba acordando... del encuentro famoso de la vez pasada. No habíamos hablado de eso. Pero, che, quién iba a pensarlo! ¿Te fijaste cómo se puso? Bien dicen que donde fuego hubo...

ALICIA. — *(En tono casi de reproche.)* Yo no sa-

bía que Carlos había vuelto a frecuentar tu casa. Tú nunca me habías hablado.

CARMEN. — ¿No te había dicho? Hace tiempo. Tú sabes que siempre han sido amigos con Enrique. ¿Pero no te lo había dicho entonces?

ALICIA. — Si me lo hubieras dicho, no habría ido.

CARMEN. — Hija, supongo que no pensarás que el encuentro fue provocado por mí.

ALICIA — Oh, no, Carmen! ¿Cómo puedes suponerlo? Sólo que, como tú comprenderás... No está bien.

CARMEN. — ¡Ave María, mujer! Si por el hecho de haber tenido amores con una persona, no fuéramos a poder tratarla después de casadas... Para tí debe ser lo mismo que si no lo hubieras conocido nunca!

ALICIA. — Sí, tienes razón; tienes razón, pero...

CARMEN. — Ah!... Comprendo!

ALICIA. — ¿Qué quieres decir?

CARMEN. — Nada; que a las mujeres, el afán de casarnos pronto y de cualquier manera, nos hace hacer muchas tonterías, hijita.

ALICIA. — Carmen!

CARMEN. — Bah! ¿Vas a decirme que no lo querías cuando lo dejaste para casarte con Legrand? Recuerda que...

ALICIA. — ¡Carmen, tú!

CARMEN. — Pero no seas tonta, mujer! Si no hay ningún delito en eso; si eso es precisamente lo que contribuye a realzar más tu virtud! Serle fiel al marido queriéndolo... Vaya una gracia! En cambio, tener otro amor que nos aturde dentro del pecho, llamándonos, invi-

tándonos a una dicha que tiene todos los encantos de un edén cerrado; y tener el estoicismo suficiente para permanecer sordas a la voz del corazón — y continuar al lado del que nos es indiferente y hasta odioso muchas veces, sólo por respeto a nuestra dignidad de esposas! Ahí está la verdadera virtud!

ALICIA. — La verdadera virtud! La verdadera virtud! Acabas de hacer una amarga ironía, querida!

CARMEN. — De manera que...

ALICIA. — Sí, Carmen, a tí no puedo ocultártelo; soy muy desgraciada!

CARMEN. — Alicia!

ALICIA. — Sí; — vas a reprochármelo quizá. — Es justo. Tú eres feliz con tu marido; tú no comprendes eso! — Tú no sabes lo triste, lo amargo que es sentirse joven y fuerte, sentir la sangre en las venas que nos llega galopando al corazón, como una imperiosa exigencia de la vida, que nos reclama amores puros, sinceridad! Y tener que fingir siempre! — ¡Tener siempre y en todos los momentos que falsificar ternuras, que mentir amores, para arrojárselos a un intruso que se cree nuestro dueño! ¡Oh!, tú no sabes lo doloroso que es eso!

CARMEN — Calla Alicia, calla; no digas más! Me haces daño! Me haces daño!

ALICIA. — A tí, Carmen! — Quizá tú también, pobrecita! — Sí, tú y aquella y la de más allá y casi todas! — Es muy triste pensarlo; es muy triste, querida! *(Pausa.)*

CARMEN. — Pero me dejas asombrada! — De manera que entonces...

Alicia. — Sí, desde aquella vez, desde aquel encuentro, la vida es un infierno para mí. — Tú sabes lo que son esas cosas. El amor permanece oculto en un rincón del alma; se le cree muerto! ¡Se llega hasta olvidarlo! ¡Y de pronto renace y crece y se torna más potente y más imperioso y más irresistible! Yo no sé; yo no sé...

Carmen. — Pero tú... ¿luchas todavía?

Alicia. — Y lucharé. Lucharé y venceré. Tengo fuerzas para resistir, para no dejarme arrastrar. Pero temo, sin embargo!

Carmen. — Oh sí, lucha; lucha, Alicia! Evítalo! Evítalo!

Alicia. — Sí. He ahí la virtud de que hablabas! Sustraernos, negarnos al amor; ocultarlo, vencerlo, extirparlo, como una mala simiente! — Y seguir mintiendo! y seguir mintiendo! Si supieras todo lo que yo lucho por vencer a mi sinceridad que se revela! — Muchas veces, cuando lo tengo a mi lado; cuando siento su aliento junto a mi cara; cuando oigo su voz, pidiéndome amores; me entra una rabia sorda, contra mí misma, contra él... Qué sé yo! Me enloquece el deseo de revelarlo todo, de saltar por encima de todo y decirle de una vez: sal, no te quiero, no puedo ser tuya, no puedo ser tuya! *(Rompe a llorar.)*

Carmen. — Ave María!; qué locuras, Alicia!... No hay necesidad de llegar a esos extremos.

Alicia. — Sí, te comprendo; ¡el adulterio! La mentira que se complica, que se hace más asquerosa todavía! El eterno engaño; siempre el engaño y por encima, el constante ultraje



al amado verdadero, obligado siempre a la obsesión eterna de nuestra mentira, obligado siempre a la idea fija de que las caricias, las ternuras nuestras, no son sino un asqueroso duplicado de las ternuras y las caricias que le damos al otro. *(Reparando en Carmen que ha echado a llorar.)* Qué! ¿Lloras? — Perdóname, Carmen! — Quizá tú...

CARMEN. — Oh, no! ¿Cómo puedes pensarlo? — Es solo la idea la que me ha hecho daño. Pero mira; no hablemos más ¿Para qué? Esto no tiene remedio!

ALICIA. — Tendría; tendría!

CARMEN. — El divorcio!

ALICIA. — El divorcio! Cómo y con qué derecho, infeliz! La ley te contestará que debes estar contenta de tu marido, puesto que no te deja faltar ni el pan ni sus caricias! No, hay otro; más radical; más verdad!

CARMEN. — Oh, no, Alicia! El escándalo! Es demasiado funesto! Es demasiado funesto! — Mejor será dejarlo así; que las sombras sigan cubriendo las desnudeces de nuestra honestidad!

ALICIA. — Quizás tengas razón; quizás tengas razón! — Pero son tan tristes, tan espantosas las ruinas de nuestros sueños! — ¡Vivir! ¡amar! ¡ser felices! ¡dárselo todo al amado! ¡poder exigirlo todo de él! — ¡Vivir!... ¡vivir esplendorosamente el amor! ¡la vida!

(Se oye adentro la voz de Legrand que llama: Alicia! Alicia!)

CARMEN. — La realidad!

ALICIA. — *(Acudiendo.)* Voy, voy. *(Entra y se*

oye su voz.) No sabía que estuvieras ahí. Estaba con Carmen. — Necesitas algo? — Sí? — *(Se oye confusamente la voz de Legrand y suenan unos besos.)*

ESCENA XVI

DICHOS *y* MISIA PACA, *que entrará por la segunda puerta de la izquierda.*

PACA. — *(Al oir los besos se detiene, sonríe picarescamente y luego, dirigiéndose a Carmen, que se ha puesto de pie, dando la espalda como para ocultar su emoción.)* ¡Hola! ¿Idilio?
CARMEN. — *(En un supremo esfuerzo por dominarse.)* Parece! Parece! ¡Son muy felices!
PACA. — En plena luna de miel, hijita; ahora como el primer día: ¡En plena luna de miel!

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA I

CARMEN, PACA, ENRIQUE *y* LEGRAND.

PACA. — ¿En el de las 10?

ENRIQUE. — Sí, en el "Eolo". Carmen no conoce la "vecina orilla", y como es posible que todavía tenga que demorar allí un par de meses...

LEGRAND. — Bien hecho. Yo también hace tiempo que tengo la idea de una escapadita hasta allí. Lo malo es este maldito trabajo, que no le da a uno tregua para nada. A Carmen va a sentarle bien el paseo.

PACA. — Y con las ganas que tenía de ir!

LEGRAND. — Sí, y sobre todo, estando Enrique allá.

CARMEN. — Sí, claro; eso principalmente. Lo que no le perdono es que me haya robado estos dos meses. Debió llevarme desde el principio, ya que lo pensaba. ¿No le parece?

LEGRAND. — Sí, efectivamente; pero...

CARMEN. — Sí, sí; ya sé. Una temporadita de vacaciones, de dragoneos. Pasar por solteros, hacer conquistas, divertirse; olvidarse de que son casados. Eso les sienta bien a todos los maridos.

PACA. — Ya apareció aquello.
LEGRAND. — Son cargos graves, amigo!
ENRIQUE. — Bah! demasiado sabe Carmen a qué atenerse a ese respecto. Me conoce lo suficiente para no pensar en serio semejantes cosas.
CARMEN. — Sí, sí; pobres de nosotras! Siempre conocemos lo suficiente a nuestros maridos, y sin embargo...
LEGRAND. — Bah! Aprensiones, aprensiones. A ustedes les seduce de tal manera la idea de tener a don Juan Tenorio por marido, que se pasan viendo a doña Inés hasta en la cocinera.
PACA. — Y no siempre andamos descaminadas.
CARMEN. — Sí, eso digo yo. Lástima que no esté aquí Alicia, para decirnos lo que opina!
LEGRAND. — ¿Salió Alicia?
PACA. — Sí... no sé. Creo que fue a hacer unas compras... o unas visitas... no sé.
LEGRAND. — Pero... no reciben hoy, ustedes?
PACA. — Sí, pero supongo que vendrá. No ha de demorar tanto en volver.

ESCENA II

DICHOS *y* ALFREDO.

ALFREDO. — ¿Con que de marcha, entonces?
ENRIQUE. — Así es.
ALFREDO. — Un paseíto saludable. ¿Y por mucho tiempo?
ENRIQUE. — No sé. — Tal vez nos radiquemos allí definitivamente. — ¿Decía, Legrand?

LEGRAND. — Hablábamos con Carmen, del viaje. Parece que ya no tiene miedo de naufragar.

ENRIQUE. — Oh, no hay peligro

ALFREDO. — *(Sarcástico.)* Sí, los barcos modernos son de muy sólida construcción.

PACA. — Sin embargo, se dan casos...

LEGRAND. — Bah!; un porcentaje insignificante. Y después, con los medios de que se dispone actualmente...

ALFREDO. — Sí; y en el peor de los casos, lo más que suele pasar es que se hunde el barco. — El contingente se salva siempre de cualquier manera.

CARMEN. — Sí; se ha progresado mucho en ese sentido

PACA. — Y lo que es a tí, no parece que te preocupe mayormente el asunto.

LEGRAND. — Oh! no, no. Tenga la seguridad de que no renunciaría al viaje por un riesgo más o menos. — ¿Verdad?

CARMEN. — No, efectivamente.

ALFREDO. — Cuestión de temperamento.

LEGRAND. — O de ganas de ir.

ENRIQUE. — Sí; también, también! — Alicia está demorando.

CARMEN. — Si... si tienes mucha prisa, nos despediremos luego.

PACA. — Sí, eso es. En la dársena.

ENRIQUE — Sí; será lo más práctico; porque aún tengo mucho que andar, hoy.

CARMEN. — Podíamos hacer una cosa: Vienen a buscarnos a casa y luego vamos todos juntos; les queda de paso.

PACA. — Sí, eso es; eso es.

ENRIQUE. — Superior! — ¿Usted viene ahora con nosotros, no?

LEGRAND. — Sí, sí. Vamos a ver si arreglamos eso de una vez.

ENRIQUE. — Bueno, hasta luego, entonces. Salud, amigo — hasta más ver.

ALFREDO. — Felicidad! felicidad! — Adiós, Carmen!

CARMEN. — Alfredo!...

ALFREDO. — Adiós, prima. — Y no tengas miedo; no naufragarás. ¡Tú no naufragarás nunca!

ESCENA III

Salen LEGRAND, ENRIQUE, CARMEN *y* MISIA PACA. *Se oyen fuera besos y voces de despedida.* ALFREDO *ha vuelto a sentarse junto al escritorio, y apoya la cabeza sobre la mano. Queda así un momento; luego, se levanta, mira por la puerta, vuelve al escritorio, se sienta nuevamente, saca un revólver del cajón, lo examina un momento, se cerciora de que está cargado, y luego lo mete en el bolsillo del saco, murmurando:* "Bueno". *Queda nuevamente en una actitud de profundo ensimismamiento.* MISIA PACA *entra, lo mira, tiene un gesto de desaliento y luego se acerca a él.*

PACA. — Alfredo.

ALFREDO. — Ah! ¿estaba ahí? Creí que había ido también a acompañar a los viajeros.

PACA. — ¿Qué te pasa? ¿Te sientes enfermo? Estás pálido!

ALFREDO. — No, no... Al contrario... Al contrario... ¿Por qué me lo pregunta?

PACA. — Por nada, por nada.

ALFREDO. — Sí, sí.

PACA. — ¿Dices?

ALFREDO. — No, nada. Estaba pensando en el examen.

PACA. — Alfredo!

ALFREDO. — ¿Qué, mamá?

PACA. — Díme la verdad, Alfredo; tú sufres. Hace días que te noto preocupado, fúnebre! Dices que es el examen, y hace ya más de una semana que no te veo abrir un libro. Vuelves a pasarte fuera de casa los días... y las noches; ya no estudias...

ALFREDO. — ¿Para qué?

PACA. — ¿Para qué? ¿Ves cómo no me equivoco; cómo no son infundados mis temores?

ALFREDO. — Pobre mamá! ¿Y qué es lo que usted teme? Vamos a ver. ¿Que vuelva a mi antigua vida; que me arroje de nuevo en los brazos de...

PACA. — Sí, eso, eso.

ALFREDO. — No, no; tranquilícese! Ya no. Ya no. Ya no puede ser!

PACA. — ¿Me lo prometes?

ALFREDO. — Sí, vieja, sí; se lo prometo.

PACA. — Lo dices de una manera... como si te pesara.

ALFREDO. — No, no. Es el recuerdo.

PACA. — ¿El recuerdo?

ALFREDO. — Sí, madre, sí; he sido muy cobarde. Pero no hablemos de eso. ¿Para qué?

PACA. — No te entiendo, hijo mío; no te entiendo!

ALFREDO. — Es justo. No lo entendería aunque se lo explicara! ¿Para qué volver a hablar de ella? Me ha visto usted abandonarla fríamente, calculadamente! Aquella mujer había sido mi tabla de salvación, y yo procedí con ella como todos los náufragos: apenas vi brillar en el horizonte la lucecita soñada, la abandoné a las olas! ¡Y las olas se la llevaron! Ya no volvería a alcanzarla.

PACA. — Ni la necesitas.

ALFREDO. — Sí, tiene razón; ya no la necesito. Esta vez no me serviría!

PACA. — ¿Esta vez? — Entonces!...

ALFREDO. — Sí; para qué ocultárselo. — Es como lo supone. — Es la lucecita que se aleja de nuevo.

PACA. — No tienes derecho a reprochárselo, Alfredo!

ALFREDO. — No, no se lo reprocho. Es lógico Tiene que ser así. — Es su moral que lo exige!

PACA. — Mi moral y la de todas las personas honestas, Alfredo. — Piénsalo un poco, reflexiónalo un poco. — ¿Con qué derecho pones tú tus esperanzas en una mujer que no se pertenece, que no puede amarte sin faltar al más sagrado de los deberes? — ¿O piensas que puede destruirse así, por el capricho, por la veleidad de un momento, la felicidad y la honra de una familia?

ALFREDO. — ¿Y si ella me amara?

PACA. — Ella no puede amarte.

ALFREDO. — Supóngalo.

PACA. — No puedo suponerlo Carmen es una mujer honrada. Con solo admitir esa posibilidad, la injuriaríamos.

ALFREDO. — Tiene razón Tiene razón. — Perdóneme — Estoy diciendo tonterías. — No haga caso. Es que he vivido la infamia, y a veces me siento un poco contaminado de su amoralidad. — ¿Lo ve usted? — Ahora me olvidaba de que estábamos hablando de una mujer honrada! — ¡No podemos encontrarnos nunca! — ¿Para qué hablar entonces de estas cosas?

PACA — He sido yo la que he querido hablar. — Por tí! Por tí; Alfredo! — Yo sé que no eres malo, a pesar de tus locuras; sé que me quieres.

ALFREDO. — Sí vieja, sí; mucho, mucho!

PACA. — Prométeme una cosa entonces: júramela!

ALFREDO. — ¿Cuál?

PACA. — Que sabrás sobreponerte, que no descenderás de nuevo.

ALFREDO. — Ya se lo he prometido. Puede estar tranquila a ese respecto. Se lo juro!

PACA. — Al fin, hijo mío, al fin! Tú no sabes todo lo feliz que me haces Tú no te imaginas todo lo que necesito de tu cariño en estos momentos!

ALFREDO. — ¡Pobre vieja! ¡pobre vieja! Le he dado muchos disgustos, he sido muy malo con usted, la he hecho sufrir mucho!

PACA. — Olvida lo pasado; olvídalo del todo, ¡del todo! — ¿me entiendes? — De esa manera me recompensarás. — Y ahora hablemos de otra cosa.

ALFREDO. — De otra cosa?

PACA. — Sí. Hace ya muchos días que quería hablarte; pero he vacilado siempre. — No me atrevía! — Sin embargo tú eres el único a quien puedo confiar!

ALFREDO. — ¿Es tan grave?

PACA. — Demasiado, demasiado! Se trata de Alicia.

ALFREDO. — ¿Qué le pasa a Alicia?

PACA. — No sé, hijo mío; no sé Pero me inquieta. Tengo el presentimiento de una gran desgracia.

ALFREDO. — Ah! Sí... sí.

PACA. — ¿Comprendes? Es por eso que necesito de tí. Tu hermana es una niña, es demasiado niña!

ALFREDO. — Sí, sí; lo de siempre, lo de siempre! La eterna inmoralidad del amor! Y usted teme; usted sabe algo, quizás?

PACA. — Sí, sé Hasta ahora, se trata sólo de un peligro, felizmente. Aún es tiempo!

ALFREDO. — Y ella le ha dicho?...

PACA. — No: yo lo sé; lo adivino, lo veo!

ALFREDO. — ¿Y teme?

PACA. — Sí, temo. Es por eso que necesito de tí. Tú eres el único que puede ayudarme!

ALFREDO. — Yo... ¡tan luego yo!

PACA. — ¿Y quién, entonces?... Se trata de nuestro honor, Alfredo! Es necesario salvarlo de cualquier manera! Tú eres hombre, puedes hablar con él, pedirle que se aleje, obligarlo, si es necesario!

ALFREDO. — Madre!...

PACA. — Oh, Alfredo! ¿Vacilarás? Piensa que

se trata de nuestro honor y de mi vida también. Tú sabes que no podría resistir a la infamia.

ALFREDO. — En fin, en fin! volvemos a lo de siempre! Volvemos a no encontrarnos!

PACA. — ¿Me lo prometes? dí; ¿me ayudarás? ¿Me ayudarás?

ALFREDO. — En fin. Sí, bueno. Haré todo lo posible.

PACA. — Gracias, gracias, hijo mío! Me has aliviado de un enorme peso.

ESCENA IV

DICHOS *y* ALICIA.

ALICIA. — Buenas tardes.

PACA. — ¿Dónde has andado?

ALICIA. — De compras. ¿He demorado mucho?

PACA. — Recién salen Enrique y Carmen.

ALICIA. — Ah, sí. Supe que se van hoy. ¿Salió Legrand?

PACA. — Sí, salió con ellos. Embarcan a las 10. Tendremos que estar en su casa a las 9.

ALICIA. — Ah, sí, sí.

ESCENA V

La CRIADA.

CRIADA. — Las señoritas de Rodríguez.

ALICIA. — Uf!

PACA. — ¿Las has hecho pasar?

CRIADA. — Sí, señora.

PACA. — Bueno, está bien. *(Mutis de la Criada.)* Recíbelas tú, Alicia.
ALICIA. — Yo no, mamá. No estoy en ánimo; me duele un poco la cabeza. Dígale que estoy indispuesta.
PACA. — Indispuesta y a lo mejor te han visto por ahí! Siempre haces las mismas.
ALICIA. — Bueno, diga que he ido a acompañar a Carmen, entonces. — No estoy en ánimo de recibir visitas.
PACA. — No estás en ánimo!... Hace ya mucho tiempo que no estás en ánimo. *(Mutis.)*

ESCENA VI

Menos MISIA PACA.

ALICIA. — *(Después de un prolongado silencio.)* ¿Qué dice Carmen?
ALFREDO. — Nada; ¿qué quieres que diga? Está muy contenta.
ALICIA. — Feliz de ella!
ALFREDO. — Feliz, ya lo creo, feliz!
ALICIA. — ¡Y tanto! Irse!; irse lejos!
ALFREDO. — Y olvidar.
ALICIA. — Sí, eso; eso sobre todo. Olvidar!... *(Ahogando los sollozos.)* Olvidar!
ALFREDO. — ¿Y eso? ¿lloras?... ¿Qué tienes? ¿qué tienes, Alicia?
ALICIA. — Nada, nada, Alfredo.
ALFREDO. — Tonta!
ALICIA. — *(Rompiendo a llorar.)* Es que yo también quisiera irme lejos, lejos!... Soy muy desgraciada. Soy muy desgraciada, Alfredo!

ALFREDO. — ¡Pobrecita!... Ven, levántate. ¡Pobrecita! Cuéntame, vamos a ver.

ALICIA. — *(Siempre entre sollozos.)* Soy muy desgraciada, Alfredo!

ALFREDO. — Sí, sé; lo sé.

ALICIA. — Tú!... Tú también...

ALFREDO. — Sí, sí!

ALICIA — *(En un tono de suprema angustia.)* Perdóname, perdóname, Alfredo! Yo no tengo la culpa. Lo amaba demasiado!

ALFREDO. — Ah... sí, sí, comprendo; comprendo, pobrecita! *(Pausa.)* Cálmate, cálmate — no ves? — yo también sufro como tú; ya lo ves, igual que tú.

ALICIA. — Oh! gracias, gracias; qué bueno eres! *(Suspira como sintiendo una sensación de alivio.)* Gracias. Al fin! *(Se calma gradualmente, incorpórase, arregla el cabello con un gesto de inconsciencia, y luego, mirando fijamente a Alfredo:)* Díme, díme. ¿Qué hago ahora? Qué hago ahora, Santo Dios! Díme, aconséjame, ya que comprendes!

ALFREDO. — ¿Y qué; qué quieres que te aconseje yo? Nada. Yo no puedo aconsejarte nada.

ALICIA. — Oh!... tú también!...

ALFREDO. — Aconsejarte? Y qué? Tú lo sabes; tienes dos caminos para seguir, nada más que dos caminos!

ALICIA. — Sí, comprendo.

ALFREDO. — Ya lo sabes. Uno es el usual, es el que sigue la mayoría, es hasta casi de buen tono... y es el más práctico también.

ALICIA. — El engaño! ¡El engaño!

ALFREDO. — Sí, ese. Es el más repugnante, si tú

quieres... pero es el más fácil. El mundo lo sabe, lo comenta en voz baja, y lo critica... o lo ríe; pero le queda el recurso de ignorarlo oficialmente. Y el mundo perdona siempre, a condición de que, oficialmente, se le deje el recurso de ignorar. *(Pausa.)* Yo, qué quieres, yo no me atrevo a aconsejarte ninguno de los dos, aunque... si te sintieras capaz, te diría por tu bien que siguieras el otro.

ALICIA. — ¿El otro?

ALFREDO. — Sí, el otro. Cortar radicalmente. Renunciar definitivamente al amor. El camino de Carmen.

ALICIA. — ¿Y tú?... tú!...

ALFREDO. — Sí, mira; sí. Yo sé que es muy doloroso pensar eso, cuando se tiene veinte años, como tú, o cuando se tiene treinta, como yo! Pero es así, hermana. Es así, desgraciadamente. El amor grande, sincero, limpio, incapaz de mentir y de calcular; ese amorcito ciego, tan bonito, que no sabe hacer cifras ni pensar en el mañana; ese amor tal cual lo sentimos nosotros, no es de este mundo, hermana! Es un amor inútil y hasta deshonesto; no se adapta al matrimonio. Es como esos pájaros muy bonitos, que cantan tan lindo... pero que no sirven, porque se mueren en la jaula. El que quiera oírlos cantar tiene que ir a la pradera. ¿Comprendes?

ALICIA. — No, no; no me conformo! Eres demasiado pesimista! Queda otro aún; queda otro camino!

ALFREDO. — ¿Otro?

ALICIA. — Sí; la verdad! ¡La verdad desnuda!

ALFREDO. — ¿La verdad? No seas loca! No seas loca, muchacha! ¿Dejarlo a tu marido, irte con el otro públicamente, ponerte fuera de la moral establecida, que es lo mismo que ponerse fuera de la ley? No seas loca. No digas tonterías.

ALICIA. — Sin embargo...

ALFREDO. — ¿Y qué conseguirías con eso?; vamos a ver. Nada. Nada. Acuérdate del pajarito que se muere en la jaula. Ese amor tan grande que sientes ahora, perdería todo su atractivo, dejaría de cantar, y el amado de tus sueños quedaría reducido en la monotonía cotidiana, a un marido como todos.

ALICIA. — Sin embargo, tú...

ALFREDO. — Sí, yo también creía; pero me he convencido de que no puede ser. Es así la vida hermana! Dale a Romeo la llave de la puerta del zaguán y luego ponte a contar los días, a ver cuánto dura el idilio de Shakespeare. Mira, sigue mi consejo. Si tienes alguna estima por tu amor, mátalo; pero no le quites la escala de seda!

ALICIA. — Matarlo! No, no podré! ¡no podré!

ALFREDO. — Entonces... emplea el recurso de todos con el pajarito que se muere en la jaula. Quédate en casa, y cuando sientas muchas nostalgias de su canto... vete a oírlo a la pradera.

ALICIA. — Oh, no! No!... — Para eso es necesario disimular, mentir, hacer comedia! — ¡Y yo no me siento capaz!

ALFREDO. — ¿No te sientes capaz? Entonces má-

talo, mátalo hermana; sigue mi primer consejo: mátalo.

ALICIA. — No, no. Me quedo con mi camino.

ALFREDO. — ¿Con tu camino? — De eso sí que creo que no te vas a sentir capaz. — Para seguirlo, hay que pasar por encima de la moral establecida; y eso es muy difícil... Es imposible para quien ha vivido como tú. Ya ves; yo, hombre y todo como soy... quise vivir la verdad; estaba resuelto a vivir la verdad; — y ya lo ves: en cuanto volvió a sonreírme la mentira, la abandoné. Es así, desgraciadamente; es así. Y luego, es necesario vencer tantos obstáculos para seguir el camino ese! Es necesario arrollar tantos afectos y pasar por encima de tantas cosas que nos son imprescindibles!... Ya lo experimentarás.

ALICIA. — No me importa, no me importa; no tengo miedo. Estoy resuelta a todo. Seguiré mi camino!

ALFREDO. — ¿Te sientes capaz?

ALICIA. — Sí, me siento capaz.

ALFREDO. — Piénsalo, piénsalo bien — y luego... si te sientes capaz — cierra los ojos y síguelo. *(Medio mutis.)*

ALICIA. — ¿Te vas?

ALFREDO. — Sí, me voy. Yo también tengo casi elegido mi camino.

ALICIA. — Pero vuelves?

ALFREDO. — No sé! quizás! En fin... no sé. Adiós, hermana.

ALICIA. — Hasta luego; hasta luego, Alfredo!

ESCENA VII

ALICIA *queda un momento pensativa, irresoluta. Luego, con el gesto de quien toma enérgicamente una resolución definitiva, va rápidamente hasta el escritorio, escribe unas líneas con gran nerviosidad, cierra la carta dentro de un sobre, y hace sonar el timbre.*

ESCENA VIII

CRIADA. — *(Asomando.)* Señora.
ALICIA. — Aquí queda esta carta para el señor.
CRIADA. — ¿Va a salir?
ALICIA. — Sí; nada más.
CRIADA. — Está bien. *(Mutis.)*
ALICIA. — *(Se levanta, mira el sobre como vacilando aún, y luego, con resolución enérgica:)* Sí; la verdad! La verdad! *(Entra rápidamente en su habitación.)*

ESCENA IX

MISIA PACA; *en seguida,* ALICIA.

(Misia Paca entra mirando espantada hacia la puerta por donde ha salido Alicia, como presintiendo una catástrofe. Llega hasta el escritorio, mira el sobre y lo da vuelta entre los dedos, en actitud de no comprender. En este momento, Alicia, que sale ya con el sombrero puesto para marcharse, se encuentra frente a

Misia Paca, que la mira espantada. Hay una corta escena muda entre las dos.)

PACA. — Qué! ¿Vas a salir otra vez?

ALICIA. — *(Completamente desconcertada.)* Sí... pensaba. ¿Ya se fueron las de Rodríguez?

PACA. — Sí. *(Por el sobre.)* ¿Y eso? ¿Desde cuándo le escribes a tu marido, así?...

ALICIA. — No, no es nada. Una esquelita. Como es probable que vuelva antes que yo...

PACA. — *(Severamente.)* Alicia!

ALICIA. — *(Con algo de aplomo, todavía.)* ¿Qué?

PACA. — ¡Alicia!

ALICIA. — *(Completamente dominada, y en un tono casi de súplica.)* Mamá!...

PACA. — Mírame, mírame bien! ¿Qué te propones? No, no intentes engañarme! Habla, dí; ¿qué te propones? ¿A dónde ibas? Dí; contesta. *(Toma rápidamente la carta y rompe el sobre, disponiéndose a leerla.)*

ALICIA. — *(Tratando de arrebatársela.)* No! No! — Déme eso, mamá!

PACA. — *(Forcejeando.)* No! — Sal; déjame leer. *(Empujándola violentamente.)* Déjame leer!

ALICIA. — *(Cae sobre un sillón suplicando ahogadamente:)* Mamá! Mamá!

PACA. — *(Lee y queda un momento contemplando la carta; luego con indignación sorda.)* Desgraciada! Desgraciada! — *(Deja la carta sobre la mesa y se abandona sobre un sillón, llorando desesperadamente.)* Desgraciada! — Desgraciada!

ALICIA. — *(Suplicante.)* Perdón mamá! — Soy una indigna! — He sido una desgraciada!

PACA. — Sí, puedes decirlo; bien puedes decirlo! — Tú y él y yo y todos! — Todos!

ALICIA. — *(Cayendo a sus pies.)* Perdón, perdón, mamá! He sido muy desgraciada!

PACA. — Sal! — Sal de aquí! — No te me acerques! — Canalla!

ALICIA. — *(Abrazándose a sus rodillas.)* Mamá!

PACA. — *(Empujándola violentamente.)* Canalla!

ALICIA. — *(Cae y queda en el suelo, llorando desesperadamente.)* Mamá! Mamá!

PACA. — *(Algo conmovida.)* Llora, sí, llora! — Llora infeliz! *(Queda mirándola un momento, como luchando consigo misma; luego, en un tono de completa conmiseración.)* ¡Pobre, pobre hija mía! Eres muy desgraciada! Eres demasiado niña! *(Acudiendo a ella.)* Ven, pobrecita; levántate. *(Le toma la cabeza con las dos manos, atrayéndola amorosamente contra su pecho.)* Me haces sufrir mucho! Me haces sufrir mucho, hija mía!

ALICIA. — Soy una indigna. Déjeme que me vaya, lejos! Es el único camino que me queda!

PACA. — Ven, ven; no te pongas así! Sufres mucho. Sufres mucho, hija mía!

ALICIA. — No! no! déjeme! Déjeme que me vaya!

PACA. — Sosiégate; sosiégate! ¿A dónde quieres ir? No ves que estás conmigo? ¿A dónde quieres ir?

ALICIA. — Sí, mamá, sí; no debo, no tengo derecho!

PACA. — Vamos; tú estás trastornada, hija mía! Cálmate, no llores más; cálmate! Es necesario. Legrand puede venir!

ALICIA. — Sí! y lo sabrá; y lo adivinará todo! Yo no podré ocultárselo! Déjeme que me vaya! Déjeme que me vaya, mamá! Esto no tiene remedio!

PACA. — Tiene, sí; tiene remedio. ¿Cómo no ha de tenerlo? Te quedarás aquí conmigo y serás juiciosa y te arrepentirás, y Dios te perdonará al fin, como yo te he perdonado.

ALICIA. — Y él? Y él?

PACA. — El no lo sabrá nunca; cálmate! Yo te prometo que no lo sabrá nunca! Pero tú te arrepentirás y serás juiciosa. ¿Verdad que sí? Tú me lo prometes, tú me lo juras, verdad?

ALICIA. — *(Como inconscientemente.)* Sí. Sí. *(Hay en ella un momento de lucha definitiva; luego, toma la carta resueltamente, la rompe en pedazos y la arroja a la estufa, murmurando:)* Tenía razón! No puede ser! No puede ser! *(Rompe a llorar desesperadamente.)*

PACA. — Hija! Hija mía! Pobre hija mía! *(Llora un momento. Luego, tratando de reanimarla:)* No llores más; ven, arréglate ese pelo. Te has puesto a la miseria! Ven. *(Le arregla las ropas y le acomoda el pelo solícitamente.)* Arréglate ese pelo.

ALICIA. — Sí, sí. *(Se acomoda el peinado frente al espejo y luego se sienta junto al escritorio, con la cabeza entre las manos. Misia Paca, en tanto, se limpia las lágrimas cuidadosamente.)*

ESCENA X

DICHOS *y* LEGRAND.

LEGRAND. — Uf! Vaya un frío. *(Observando las caras.)* ¿Y eso? ¿Fúnebres? ¿Quién ha muerto aquí?

PACA. — No... nada. Carmen, la pobre, que se nos va.

LEGRAND. — Valiente tontería. ¿Y por eso se llora? Vamos, vamos!... *(Se acerca a Alicia y le toma la cabeza con mimo.)* Qué niña eres! ¿Pero cómo?... Tú tienes fiebre! Tú estás enferma, Alicia.

ALICIA. — No... no... no es nada. No es nada.

LEGRAND. — Oh, no; debieras haberte acostado; es necesario acostarse. Carmen bien puede perdonarte el que no vayas a despedirla. — Ven.

ALICIA. — No, no; déjame!

LEGRAND. — Oh, no; tienes mucha fiebre, Alicia. Ven, acuéstate, acuéstate en seguida. *(La toma por la cintura, le da un beso en la frente y la conduce hacia la habitación.)* Chicuela! Chicuela! Ven, acuéstate. Verás cómo en seguida te sientes mejor.

ALICIA. — *(Abandonándose a él.)* Sí, sí! Ya me siento mejor. ¡Ya me siento mejor!

PACA. — *(Permanece durante toda esta escena observando nerviosamente dos pedacitos de carta que han caído, al arrojarlos, fuera de la estufa. Cuando Legrand y Alicia desaparecen al fin, lanza un suspiro de alivio y recoge pre-*

cipitadamente los dos papelitos, vuelve a mirar en torno suyo, cerciorándose de que no la ha visto nadie, y luego, tranquilizada ya, los contempla como gozando su triunfo.) (Leyendo.) "Amor", "Verdad". *(Hace un gesto, como diciendo: "qué locura!", — "qué tontería!"; — los rompe cuidadosamente, los arroja a la estufa, y revuelve las brasas triunfalmente, convencida de que ha concluido para siempre con los dos más encarnizados enemigos de su santa moral.)*

TELON

Melo, Noviembre de 1911.

EL PAN NUESTRO

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

JOSÉ
AMELIA
ISIDRO
CONCHA
LUISA
PEPE
FRASQUITA
RICARDO

ACTO PRIMERO

Un comedor pobremente amueblado. Al foro, sobre la izquierda una pequeña alcoba, cuya entrada se disimula por una cortina roja; más a la derecha una puerta que comunica con el pasillo. A la izquierda un balcón; a la derecha otra puerta de comunicación con el resto de las habitaciones Un aparador muy grande y muy antiguo, una mesa grande también cubierta con un hule blanco y media docena de sillas con asiento de madera completan el mobiliario. En el suelo, bajo la mesa, una cazuela de barro con brasas adentro. Anochece.

ESCENA I

Don JOSÉ *e* ISIDRO *sentados uno a cada lado de la mesa. En la habitación vecina se oye el ruido de una máquina de coser y una voz femenina que canta. Largo silencio.*

JOSÉ. — Bueno, bueno, bueno. *(Después de una pausa.)* — ¡Amelia! ¡Amelia!...

AMELIA. — ¡Qué! *(Sin dejar de coser.)*

JOSÉ. — ¿Aún no han vuelto ésas?

AMELIA. — Habrán tenido que formar cola; a esta hora ya se sabe.

JOSÉ. — Y el caso es que como no se la hayan tomado...

ISIDRO. — Sí, la habrán tomado.

JOSÉ. — *(A Amelia.)* Asómate a ver la hora, ¿quieres?

AMELIA. — *(Deja de coser, entra en el comedor,*

abre el balcón y como mirando a lo lejos.) — Las siete y... No se ve bien... ¿A ver? Y cuarto, están dando. ¡Vaya frío! *(Cierra la ventana.)*

JOSÉ — ¿Cuánto os dieron por ella la otra vez?

AMELIA. — Tres pesetas, con el refajo; pero no querían tomarla.

JOSÉ. — Bueno, bueno, bueno, bueno. Y el caso es que como no la tomaran... Pero sí la tomarán. ¿Les encargaste que subieran café?

AMELIA. — ¡Qué sí, padre! *(Se dirige hacia el foro y enciende la luz eléctrica. Luego, prestando atención.)* — ¿A ver? *(Se oye un fuerte campanillazo.)* — Sí, son ellas. *(Acude. Se oye un* "¡Ay Jesús!" *como de cansancio y murmullo de voces femeninas.)*

ESCENA II

DICHOS, CONCHITA *y* LUISA *que entran con* AMELIA *por la puerta del corredor. Ambas visten de mantón*

LUISA. — Nada; lo que yo decía: que no. *(Saca un lío que trae bajo el mantón y lo arroja sobre la mesa.)* — Está picada *(Deja el lío y va presurosa hacia el balcón, atisba por los cristales, luego abre y se asoma. Conchita en tanto, se ha dejado caer sobre una silla como desfallecida.)*

JOSÉ. — Bueno, bueno, bueno, bueno

LUISA. — *(Desde el balcón.)* Es el tasador ese que es un antipático. El rubio de los bigotes largos da gusto!...

JOSÉ. — En fin; en fin. *(Luego de una pausa.)* — Oye... no se les ha ocurrido pasar por la tienda a ver si...

LUISA. — Inútil, ¿para qué? Ya nos dijo el otro día que no; que ni una perra.

AMELIA. — ¡Bueno es don Paco!

ISIDRO. — Y lo peor es que... nada; ni tabaco.

LUISA. — *(Desde el balcón, como hablando con alguien en la calle.)* Sí... sí... Ocho y media. ¡Qué tonto! Ocho y media . sí... y media.

JOSÉ. — Bueno, bueno, bueno, bueno.

ISIDRO. — Oye, Luisa

JOSÉ. — ¡Qué nos hielas, mujer!

AMELIA. — *(Cerrando el balcón.)* Quita de ahí, mujer. Parece mentira que aún tengas humor para pelar la pava.

LUISA. — ¡Ah! Y tú no, ¿verdad? Con la lata del pelma ese, todas las noches Tú puedes hablar.

ISIDRO. — Menos mal que traerá tabaco.

AMELIA. — Oye tú, Conchita; ¿por qué no?... *(Reparando en ella con atención.)* Pero oye... ¿qué tienes?

CONCHA. — *(Disimulando.)* Nada. ¿Qué quieres que tenga?

AMELIA. — ¡Estás tan cabizbaja!...

CONCHA. — ¡No; si te parece que es para bailar!... ¿Qué ibas a decirme?

AMELIA. — Nada, que me he acordado de que... tu piel... ¿Por qué no la llevas? Mañana se sacaría.

CONCHA. — Demasiado sabes que no la toman. Además... ¿Con qué salgo, yo esta noche?

ISIDRO. — Oye... ¿pero vas a salir esta noche?

CONCHA. — Sí, tengo que ir un momento a casa de Sara. Me ha mandado llamar.

ISIDRO. — Pues no vayas.

LUISA. — ¡No veo por qué no ha de ir!

AMELIA. — La verdad que... con el frío que hace... y sin cenar. En fin; allá tú.

CONCHA. — *(Poniéndose de pie.)* Es que me esperan. Ya les he dicho que sí, que iría. Son tan amables. *(Dirigiéndose hacia la habitación vecina.)*

LUISA. — ¡Sí que lo son!... Mira que el traje que te han regalado... y la piel! ¿Por qué no los traes un día?

CONCHA. — *(Desde la habitación vecina.)* Sí, eso es. Para exhibir nuestro mobiliario.

ISIDRO. — Ya se habrán dado cuenta de que no nadamos en la opulencia. Además, siendo una amistad así, de la escuela... Yo creo que lo más correcto sería que les presentaras a tu familia; a tus hermanas por lo menos.

AMELIA. — No; no estaría bien. Podría creerse que queremos hacer extensivos a todas los beneficios de su amistad.

LUISA. — Mira y... la verdad, no nos vendría mal.

AMELIA. — Calla, mujer; eso no.

CONCHA. — *(Reapareciendo sin el mantón, con sombrero y abrigada por la piel. A Amelia.)* Yo vendré antes de las once, ¿has oído? Ricardo estará aquí todavía, seguramente.

AMELIA. — Sí, ven temprano.

CONCHA. — Hasta luego. *(Mutis.)*

ESCENA III

DICHOS *menos* AMELIA. *Largo silencio.*

JOSÉ. — Bueno, y a todo esto...

ISIDRO. — Sí, la verdad: hay que pensar algo antes que venga Ricardo, porque después... ¿No se os ocurre nada?

AMELIA. — No sé... Como no llueva del cielo.

JOSÉ. — *(Iluminándose de pronto, como quien acaba de hacer un hallazgo salvador.)* Oye... no se nos había ocurrido.

ISIDRO. — ¿El qué?

JOSÉ. — El décimo. ¿No me has dicho que tenías un décimo? Se ha jugado hoy.

ISIDRO. — Toma, es verdad; no se nos había ocurrido. *(A Amelia.)* ¿Habéis devuelto ya la Corres?

AMELIA. — *(Cogiendo el periódico de sobre el aparador y dándoselo.)* ¡Qué ilusiones!

LUISA. — *(Dando un suspiro.)* ¡Ay, si tuviéramos el gordo!... *(Acercándose a Isidro que hojea el periódico buscando la lista.)* ¿De cuánto es ésta?

JOSÉ. — ¿Qué número tienes?

ISIDRO. — El 2724. Pero es el caso que...

LUISA. — *(Quitándole el periódico con impaciencia.)* — En la línea del dos mil, hombre; ¡qué torpe eres!

ISIDRO. — Pero si es que no trae la lista.

AMELIA. — Pero si hoy es viernes.

JOSÉ. — Toma, es verdad; si es mañana.

LUISA. — *(En guasa.)* — Mejor. De todas maneras hoy ya no íbamos a poder cobrar!...

AMELIA. — *(Irónica.)* — El gordo...

JOSÉ. — ¿Y por qué no había de ser? Siempre esa maldita manía. No sería la primera vez que la suerte...

AMELIA. — Incurables... Siempre esa confianza ciega en lo providencial; siempre esa visión del duro que ha de venir volando, con dos alitas, a metérsenos en el bolsillo.

LUISA. — Hija, de otra manera sería cosa de tirarse por el viaducto.

AMELIA. — O de hacer algo práctico, sencillamente.

ISIDRO. — No sé qué quieres que hagamos.

AMELIA. — Moverse, buscar, pedir, robar, cualquier cosa, hombre, menos estarse así. No tenéis iniciativa, no tenéis voluntad, no tenéis nada, caramba! Un hombre como tú, que ha estado en la guerra, con tantos amigos como tienes.

JOSÉ. — ¡Los amigos!... ¡Buenos están los amigos! .. Ve para lo que me han servido a mí.

AMELIA. — El caso tuyo es diferente, papá. Isidro se ha sacrificado, ha hecho toda la campaña de Cuba; la enfermedad que tiene la debe a eso. Isidro es casi un inválido de la guerra.

JOSÉ. — ¿Y qué? Yo también he pasado casi treinta años sobre el despacho de mi negociado, siendo el burro de carga, el empleado ejemplar, y ya ves tú la infamia que me han hecho. *(Notando un gesto en el rostro de Ame-*

lia.) — ¡Ah! ¿Tú no crees que es una infamia lo que se ha hecho conmigo, verdad?

ISIDRO. — *(Violento)* — No hablemos de eso, padre; por favor!...

JOSÉ. — Sí, tenéis razón. Mentar la soga... hurgar en la llaga; en la fétida, en la inmunda llaga.

ISIDRO. — Usted lo ha dicho.

LUISA. — Ya empezamos.

JOSÉ. — No, dejarle, si tiene razón... Todos tenéis razón. Os he deshonrado; os he cubierto de verguenza. Acusadme, condenadme todos. Vosotros también. . ¿Por qué habíais de ser vosotros más indulgentes?

AMELIA. — *(Queriendo calmarle.)* — Papá. ¡Tú también, hombre; parece mentira!

JOSÉ. — No, hija, no, qué ha de parecer mentira. Si es lógico que me acuséis; si tenéis razón. Al fin y al cabo sois las únicas víctimas de mi mala suerte.

ISIDRO. — ¡Mala suerte!

JOSÉ. — Mala suerte, sí, mala suerte. Lo que yo hice lo venían haciendo todos. Es un gaje natural. El Estado sabe mejor que nadie que con lo que paga no puede vivir ningún empleado. Sobre cada partida del presupuesto hay un sobresueldo forzoso a cargo de los gajes. Lo único que puede exigir es que se guarden las formas ¿Que un día entras al negociado con el pie izquierdo y te salen las cosas mal y se entera todo Dios? Pues ya lo tienes. Sumariado, suspendido, y como no tengas amigos, ¡paf!... cesante, ¡Qué se le va a hacer!... Cuestión de suerte.

AMELIA. — ¡Oh, papá, por Dios! Calla, te lo suplico.

JOSÉ. — Es el mismo caso tuyo vuelto al revés. Cuántos con menos méritos que tú obtuvieron un grado y ascendieron y son hoy capitanes, comandantes, hasta coroneles? Ya lo ves. ¿Que mi delito se hizo público y en cambio tus méritos permanecieron ignorados? Cuestión de suerte también. ¿Por qué no eres tú coronel? Por tu mala suerte. ¿Por qué estoy yo cesante desde hace más de un año? Por mi mala suerte; por nuestra mala suerte.

ISIDRO. — Basta ya, padre; que no podría contenerme más. Eres ingenuo y pareces cínico.

JOSÉ. — Ya lo ves. Yo soy ingenuo y parezco cínico; otros son cínicos y aparecen como ingenuos. Cuestión de suerte.

ISIDRO. — ¡O de vergüenza! *(Dando un fuerte puñetazo sobre la mesa.)* — Que no puedo más. *(Sale violentamente por la puerta del foro.)*

ESCENA IV

DICHOS *menos* ISIDRO.

JOSÉ. — Bueno, bueno, bueno, bueno. *(Queda profundamente ensimismado durante algunos segundos; luego, como hablando consigo mismo.)* Todo, todo, hasta el haberte perdido a ti, Santa!... ¡Santa!...

AMELIA. — *(Cariñosamente.)* — Vamos, vamos, no pensar más en cosas tristes; ya verás como todo se arregla. Si hasta la mala suerte tiene

un límite. El año que viene, Ricardo concluye su carrera y entonces ya verás cómo se arregla todo. Además, el destino de Pepe, que esta vez se lo dan.

JOSÉ. — Que no se lo dan.

AMELIA. — Si se lo darán. Esta vez no tendrán más remedio que aprobarle. En las otras ya sabes las protestas que hubieron; todo el mundo estaba de acuerdo en que se había cometido una injusticia. Ya lo verás. Pepe músico mayor de un regimiento. Ricardo médico y... casado, y hasta Isidro, ya lo verás tú... Con dos cruces como tiene no tardará en conseguir un destino de ordenanza en cualquier ministerio.

LUISA. — Y yo no cuento para nada, ¿verdad? Pues yo, capitana; capitana de la Guardia Civil, para que lo sepáis. Con lo simpático que es mi tenientillo. Y que me lo ascienden este año.

AMELIA. — Dichosa tú, que puedes tomarlo todo en guasa.

LUISA. — Con agua de zelt, hija; es el único remedio. Desesperarse, amargarse la vida, ¿y para qué, vamos a ver? ¿Qué sacamos con eso? ¿Acordarnos de que no hemos cenado? Vamos, hombre, que no hay derecho.

AMELIA. — ¡Dichosa tú, dichosa tú!

LUISA. — *(Burlona.)* — A ver... A ver... Dilo otra vez. Ja, ja, ja! *(Con exagerada gravedad.)* — Dichosa, tú. Dichosa, tú. ¡Ja, ja, ja! ¡Olé por la "asaura"!

AMELIA. — ¿Y eso?

LUISA. — Nada, lo que yo digo: que te has con-

tagiado. Si me parece verlo a Ricardo: "Dichosa tú..." "Dichosa tú". Con esa cara de funeraria que se gasta. Lo has hecho exactamente, chica.

AMELIA. — *(Riendo, a pesar suyo.)* — No tienes remedio.

LUISA. — Ni falta que me hace, la verdad. Lo que es en eso te prometo no utilizar nunca los servicios de mi futuro cuñado. ¡Mira que tiene una sombra!... *(Imitando exageradamente a Ricardo.)* — "Hablar bajo". "No reir así, por Dios". "Estáis llamando la atención". Chica, yo no sé cómo le aguantas. ¡Ay, si yo tuviera un novio así!

AMELIA. — Bueno, lo que tú quieras.

LUISA. — Lo que yo quiero es que me dejéis en paz, córcholis. Pues no faltaba más sino que yo también me pusiera grave. Divertidos íbamos a estar.

ESCENA V

DICHOS y PEPE.

PEPE. — ¡Alirón, alirón, alirón! ¡Pim, pom, pim, pom! *(Paseando una mirada de desconsuelo sobre la mesa limpia.)* — ¿Habéis cenado ya?

LUISA. — *(Guasona.)* — Sí, estuvimos de banquete. Te lo has perdido. El que llega tarde, ni oye misa, ni come carne.

AMELIA. — Oye, Pepe... Tú, por casualidad...

PEPE. — *(Mostrando el forro del bolsillo.)* — ¡Ay, ay, ay! Arqueo de caja.

AMELIA. — Pues...

PEPE. — *(Jovial.)* — Bueno. *(Saca un escarbadiente y se lo lleva a la boca.)* Está bien. Menos mal que esta tarde me han convidado a café con leche.
LUISA. — Heliogábalo.
JOSÉ. — Bueno, bueno, bueno, bueno.
PEPE. — Luisita.
LUISA. — ¿Qué?
PEPE. — ¿Serías capaz de hacerme un favor?
LUISA. — Ya sé. Pedir prestada la guitarra al del segundo.
PEPE. — Te toco el "Fado fadiño".
LUISA. — *(Saliendo presurosa.)* — ¡Ay, sí, sí!...
AMELIA. — ¡Qué humor; cómo os envidio! Has estado en casa de Miguel, naturalmente.
PEPE. — Sí; hoy estudiamos hasta las seis. ¿Sabéis cuántos son los inscriptos hasta ayer?
AMELIA. — ¿Cuántos?
PEPE. — Cuarenta y dos. ¡Cuarenta y dos opositores para tres plazas.
AMELIA. — ¡Qué barbaridad!
PEPE. — Y los que cuelgan. Figúrate tú, de aquí al 7. ¡Ah! Pero... ¿A que no sabes lo que me han prometido?
AMELIA. — La recomendación para...
PEPE. — ¡Ca!... Presentarme a La Argentinita.
AMELIA. — ¿Y eso?
PEPE. — Tú eres tonta. ¿Sabes quién es La Argentinita?
AMELIA. — Alguna golfa.
PEPE. — Tú estás en Bavia. ¿Has oído hablar de don Antonio Maura? Sí ¿verdad? ¿Y de don Miguel Moya? ¿Y de Romanones? ¿Y de... de quién te diré? ¿De Ramón y Cajal o de don

Jacinto Benavente? Bueno, pues, mucho más importante que todo eso. ¡Mira tú que no saber quién es La Argentinita!... Una persona que como simpatice conmigo, ríete tú de Quinito Valverde. Servidor, el primer maestro de España. Y con lo bien que cantaría ella el couplet del Cocuyo. ¡Si me parece que estoy oyendo. *(Cantando.)*

AMELIA. — Estudia, Pepe, déjate de cocuyos. Trata de que te aprueben.

PEPE. — Pero si es inútil. Estudiar, saber, volverse idiota consultando tratados... historia de la música, armonía... instrumentación. Aquí no vale eso. Que te lance un couplet La Argentinita y... "echa pa elante". Mira: de ahí a que Perrín y Palacios te pidan la música para una revista, no hay ni un paso. Y después, no hablemos. "El Heraldo...", "La Corres..." — *(Declamando como si leyera un juicio crítico.)* — "La música del joven maestro Pepe González Morrion es de lo más castizamente español que hemos oído. Nuestra enhorabuena, joven Chapí. Ha entrado usted por la puerta grande". ¿Y los derechos? ¡Pusch!... Nada. Como La Argentinita simpatice conmigo...

LUISA. — *(Entrando con la guitarra.)* — ¿La Argentinita? ¿La conoces tú?

PEPE. — Me han prometido presentarnos. — *(Coge la guitarra y se sienta.)*

LUISA. — Oye... ¿Es cierto que le dan cuarenta duros por noche?

PEPE. — Y el tanto por ciento de la entrada. Y encantada la empresa.

LUISA. — *(Muy preocupada.)* — ¡Cuarenta duros por noche!... ¡Todas las noches!...
PEPE. — *(Templando.)* — Qué mala es esta guitarra.
LUISA. — Sí, ponle faltas.

ESCENA VI

DICHOS *y* FRASQUITA, *que viene de la calle. Viste de negro con mantilla en la cabeza y trae en la mano, con la cartera, el libro de misa y el rosario.*

FRASQUITA. — ¡Ay, Jesús!... ¡Vaya unos noventa escalones!
PEPE. — ¿Qué hay, tía? ¿Cómo están esos santos? ¿Siempre tan majo el cura vicario?
FRASQUITA. — Hereje. Así te va.
PEPE. — ¿Y a tí?
AMELIA. — ¿Quieres callar? Siempre con tus tonterías.
FRASQUITA. — *(Preparándose para dar una noticia sensacional.)* — ¿A qué no acertáis a quien me encontré que salía de Palacio?
PEPE. — A Lerroux.
FRASQUITA. — ¡A Menéndez!... De levita y chistera; hecho un señorón.
LUISA. — Como que le han hecho diputado.
FRASQUITA. — ¡Virgen María!... Las cosas que nos quedan que ver. — *(A José, que sigue ensimismado sin atender a la conversación.)* — ¿Pero has oído, tú?
JOSÉ. — ¿Qué?...
FRASQUITA. — Menéndez, tu amigo auxiliar, el

del lío de las veinticinco pesetas: diputado a cortes.

JOSÉ. — ¡Ah, sí! Siempre fue un chico muy listo.

AMELIA. — ¡Y tan listo!... Cómo que hace tiempo que debıa estar en la cárcel.

JOSÉ. — Cuestıón de suerte.

FRASQUITA. — ¡Las cosas que nos quedan que ver!

JOSÉ. — Bueno, bueno, bueno.

FRASQUITA. — *(Va hasta la habitación vecina y vuelve sin la mantilla.)* — ¿No os tomaron la manta?

AMELIA. — No, ya lo estás viendo.

FRASQUITA. — ¡Ay, Jesús! Y con el apetito que...

PEPE. — Sí, ponerle motes. ¿Qué hora traes?

FRASQUITA. — Deben ser más de las ocho, seguramente. ¡Ay, mi Dios!...

PEPE — *(Dejando la guitarra y arreglando el nudo de su corbata.)* — Bueno, nos iremos a ver la novia... ¡Qué vamos a hacer!... — *(Saludando desde el foro.)* — Buen provecho.

LUISA. — Igualmente.

ESCENA VIII

DICHOS *menos* PEPE.

FRASQUITA. — Oye tú, Luisa. Ayúdame a llevar la loza a la cocina.

AMELIA. — ¿Pero no has oído que está limpia?

FRASQUITA — Razón de más. Que se oiga el ruido de los platos, por lo menos. Después dicen los del tercero que nos pasamos sin comer.

LUISA. — ¡Qué calumnia!

FRASQUITA. — Calumnia o no, lo mejor es no darles motivo para que lo digan. Coge tú los cubiertos. Yo llevaré los platos. — *(Abre el aparador y coge los platos, haciéndoles chocar intencionadamente.)*

LUISA. — *(Haciendo sonar los cubiertos.)* — Cuidado, Frasquita, que te manchas. — *(Hacen mutis, llevándose la vajilla.)*

ESCENA IX

AMELIA. — ¡Qué vida!... ¡Qué vida! .. — *(Se asoma al balcón.)* — Las ocho y media ya.

LUISA. — *(Entrando.)* — Nada. Que yo no friego los platos esta noche. ¿Pues no quiere Frasquita que los metamos en el agua para luego sacarlos como si fuera de verdad?

AMELIA. — Tenéis un humor... — *(Se oye la campanilla.)* — ¡Ricardo!... *(Sale apresuradamente para abrir la puerta)*

JOSÉ. — ¿Se acostó ya tu hermano?

LUISA. — Se ha echado sobre la cama.

ESCENA X

DICHOS *y* RICARDO.

RICARDO. — *(Entra seguido de Amelia.)* — Buenas, don José. ¿Cómo vamos?

JOSÉ. — Bien, ¿Y tú?

RICARDO. — *(A Luisa.)* — ¿Qué hay, chiquilla? Ahí tienes a tu teniente.

LUISA. — ¿Está abajo?

RICARDO. — Supongo que sería él.
LUISA. — *(Mirando por el balcón.)* — ¡Ay, sí, sí!
AMELIA. — Oye, Luisa. Subes antes de que cierren el portal. ¿Has oído?
LUISA. — Sí, mujer. — *(Mutis.)*

ESCENA XI

DICHOS *menos* LUISA; *luego* FRASQUITA.

ISIDRO. — *(Que habla desde adentro.)* — Oye, Ricardo, ¿eres tú?
RICARDO. — Sí. ¿Qué hay? ¿Te has acostado ya?
ISIDRO. — No; leyendo. ¿Traes cigarrillos?
RICARDO. — Sí, hombre.
ISIDRO. — Mándame uno por Amelia, ¿quieres?
RICARDO. — *(Saca la petaca y le ofrece tabaco a don José.)* — ¿Fumamos?
JOSÉ. — Bueno. Echaremos humo.
RICARDO. — *(Dándole la petaca a Amelia.)* — Toma, llévale. — *(Amelia coge la petaca, toma un cigarrillo y vuelve a ponérsela en el bolsillo. Luego sale y vuelve al momento.)*
JOSÉ. — *(Encendiendo.)* — ¿Qué se miente por ahí?
RICARDO. — Lo de siempre. Que si Dato, que si Maura, que si el general Weyler. Ya lo sabe usted. — *(Por Frasquita, que entra.)* — ¿Qué hay, Frasquita?
FRASQUITA. — Nada, hijo. Mucho frío. ¡Uy!... Estoy dando diente con diente.
RICARDO. — Sí que lo hace.
FRASQUITA. — ¡Y tanto!... Como que estaba deseando terminar de secar la loza para meter-

me en la cama. — *(Dejando los platos en el aparador.)* — ¡Uy! .. ¡Vaya una nochecita! ¡Dichosos vosotros, que sois jóvenes!

AMELIA. — Es que esta casa es muy fría.

FRASQUITA. — Lo que yo digo. Que es necesario esterar, que hay que hacer traer un par de estufas; pero nada... La pereza.

AMELIA. — ¡Pero tía!...

FRASQUITA. — ¿Ah, no? Pues dícelo entonces, anda, que se entere que es porque no tenemos. ¡Ay, el carácter de la finadita! Genio y figura...

AMELIA. — ¿Qué has hecho hoy?

RICARDO. — Lo de siempre: pensar en tí.

AMELIA. — ¿Nada más?

RICARDO. — ¿Te parece poco?

FRASQUITA. — ¡Uyuyuy!

AMELIA. — Acuéstate, tía.

JOSÉ. — Sí, mujer, acuéstate.

FRASQUITA. — No está bien. Luego tú te marchas y los novios se quedan solos, sin ninguna persona de respeto que los vigile.

JOSÉ. — Bueno, bueno, bueno, bueno. Sin una... persona de respeto... Bueno, bueno, bueno, bueno. — *(Mutis.)*

ESCENA XII

DICHOS *menos* JOSÉ.

FRASQUITA. — *(Acercándose a los novios.)* — Oye, Ricardo. Tengo que hacerte una consulta.

RICARDO. — ¿Reuma?

FRASQUITA. — No, no es eso. — *(Con misterio.)* ¿Tú has reparado en el estado de este pobre José?

RICARDO. — Sí

FRASQUITA. — ¿No te parece que está loco?

RICARDO. — *(Riendo.)* — "Cuentan de un sabio que un día."

FRASQUITA. — ¡Ah, sí! Tomadme a chirigota. Es lo único que me faltaba.

RICARDO. — Pero tía... ¡Es que se le ocurre a usted cada cosa!...

FRASQUITA. — Cada cosa... cada cosa... No tendría nada de particular... con los golpes que ha sufrido... Primero la muerte de aquella santa... — *(Lloriqueando.)* — Luego la infamia de esos bandidos. No es para volverse loco, ¿verdad? Pues yo os digo que sí. Yo no he estudiado medicina, pero veo más que todos vosotros Si no hay más que observarle; todo el día sin decir una palabra, sin atender lo que se dice. Un hombre como él .. tan alegre como ha sido siempre. Ya veréis como el día menos pensado nos llevamos un susto.

RICARDO. — No lo crea usted.

FRASQUITA. — Lo que tú quieras. Yo me lavo las manos. Pero conste que os lo he advertido. *(Poniéndose de pie.)* — ¿No queréis hacerme caso? ¿Os burláis de mí? Bueno. . al tiempo.. Quedad con Dios. Al tiempo. — *(Mutis.)*

ESCENA XIII

RICARDO *y* AMELIA.

RICARDO. — *(Riendo)* — ¡Qué barbaridad, chica, te compadezco!

AMELIA. — Sí que tienes motivos. Si no fuera por tí, si no fueran estas horas que vivo junto a tí... Si vieras cómo me siento tuya, como una cosa que no tuviera más vida que la que tú le das.

RICARDO. — Y eso eres: una obra... mi gran obra. ¡Si supieras tú cuánto orgullo, cuán noble egoísmo hay en este amor santo que me inspiras!...

AMELIA. — ¿Me querrás siempre?

RICARDO. — Cada vez más. Cada día que pase, te sentiré más mía. ¿Es qué lo has dudado alguna vez?

AMELIA. — No, nunca Es decir, a veces pienso en todo y me invade una tristeza, como una sombra de temor... Pero eso es sólo a veces... Muy raras veces.

RICARDO. — Loquita. Dame un beso.

AMELIA. — ¿Uno solo? — *(Va a besarle y luego se detiene.)* — No, aguarda; Frasquita anda por ahí todavía.

RICARDO. — ¿Y Concha, que no la he visto?

AMELIA. — Pues de paseo. En casa de Sara.

RICARDO. — ¡Ah!... de esa amiga... Pues, chica, mala está la noche para paseos.

AMELIA. — Eso le dije ya, pero... allá ella.

RICARDO. — ¿Tan poco te interesa tu hermana?

AMELIA. — Hombre... ¿por qué me dices eso?

RICARDO. — Pues... pues porque no me ha parecido bien ese "allá ella".

AMELIA. — ¿Y qué quieres que haga? Por otra parte, sabiendo que está en casa de Sara.

RICARDO. — ¿La conoces tú?

AMELIA. — No; pero... ¿por qué haces ese gesto?

RICARDO. — Por nada.

AMELIA. — No, dilo. ¿Ibas a regañarme otra vez? ¿Sí o no?

RICARDO. — Sí.

AMELIA. — ¿Y por qué no lo haces? Veo que eres tonto. ¿Quién con más derecho que tú? Si es que no me conoces. ¡Si supieras cuánto bien me hacen tus regaños!...

RICARDO. — ¿De veras?...

AMELIA. — Y tan de veras. Como que me siento más tuya.

RICARDO. — Pues lo tendré en cuenta.

AMELIA. — Ah, sí, sí, debes tenerlo! y regáñame, pero de verdad. Empieza.

RICARDO. — *(Dándole un beso.)* — Empiezo.

AMELIA. — Tramposo; así no vale. Escaparse por la tangente, no. Al grano.

RICARDO. — Otro día hablaremos de eso.

AMELIA. — Otro día... Empiezas a inquietarme... ¿Y por qué no?... Habla, habla Ricardo, te lo suplico.

RICARDO. — Pero si no tiene importancia, mujer. Como os oigo hablar continuamente de esa Sara, de los regalos de Sara, de las idas de Conchita a casa de Sara...

AMELIA. — ¡Ricardo!...

RICARDO. — ¿Ves?

AMELIA. — No, no... Continúa... continúa...

RICARDO. — Perdóname, Amelia. No tengo derecho, ya lo sé; pero es que todo lo tuyo me parece mío y me interesa como mío. ¿Me permites que te dé un consejo?

AMELIA. — Dí.

RICARDO. — Pídele a Concha que te presente a su amiga, ve a su casa, observa, infórmate, y luego, si no hallas en ello nada de particular... — *(Observando a Amelia, que se ha echado a llorar desesperadamente.)* — ¿Pero qué te pasa? ¿Estás llorando? Perdón, perdóname, Amelia, y...

AMELIA. — No, si tienes razón, si lo que dices es justo. ¿Qué confianza podemos inspirarte mis hermanas, ni yo, ni nadie en esta casa?

RICARDO. — *(Enérgico.)* — Que me enfado contigo, Amelia. ¡Que me marcho!

AMELIA. — Sí, vete. Vete y no vuelvas más. Es lo mejor que puedes hacer, por los tuyos, por tu porvenir... por todo. No sea que te alcance nuestra deshonra.

RICARDO. — Te creía más sensata.

AMELIA. — Pues no tenías razón. No debías creer nada bueno de mí, ni de nadie de mi familia, de esta familia envilecida por la miseria y por el oprobio de la que ya tenéis derecho a sospecharlo todo.

RICARDO. — Cálmate.

AMELIA. — No, si ya lo estoy; si ya ni lloro siquiera... ¿Lo ves? ¡Pobre Quijote! Creíste que era posible destruirlo todo, arrollarlo to-

do; oir al mundo que duda y seguir creyendo ciegamente. A tiempo has vuelto de tu error.

RICARDO. — ¿Nada más?

AMELIA. — Sí, un consejo. Ahora soy yo, pobrecita de mí, la que se permite darte un consejo. Olvídame... Vete...

RICARDO. — Pues no.

AMELIA. — Te lo ruego.

RICARDO. — Que no. Antes me escuchas.

AMELIA. — ¿Para qué?

RICARDO. — ¡Me da la gana, basta! Ahora me escuchas.

AMELIA. — *(Dominada.)* — Habla.

ESCENA XIV

DICHOS *y* LUISA.-

LUISA. — *(Desde la puerta del foro.)* ¡Olé por los novios divertidos!... Vaya un velatorio. Si es lo que yo digo, chica, un pelma. ¡Mira tú que ocuparse de reñir cuando se está a solas!... — *(A Ricardo.)* — Por tí, por tí lo digo No pongas esa cara. Eres un pelma. ¿Por qué reñíais; vamos a ver? ¡Qué yo me entere, córcholis!...

AMELIA. — Déjanos solos, Luisa; vete.

LUISA. — Sí, para lo que os sirve estar solos!... ¡Pues no me da la gana de que riñáis, ea!

RICARDO. — Si ya no reñíamos, tonta; si llegaste cuando nos estábamos reconciliando.

AMELIA. — No... No lo creas.

RICARDO. — Sí, en cuanto reflexiones un poco;

en cuanto vuelvas a ser lo que debes ser. Hasta mañana.

AMELIA. — ¿Vendrás?

RICARDO. — ¡Idiota! Hasta mañana, Luisilla.

LUISA. — Pelmazos, más que pelmazos; ahora soy yo la que se marcha. Ea. Arañáos si os place. — *(Cómicamente.)* — Buenas noches. *(Mutis.)*

ESCENA XV

DICHOS *menos* LUISA.

AMELIA. — Siéntate.

RICARDO. — No, me marcho.

AMELIA. — Siéntate.

RICARDO. — ¿Te pasó?

AMELIA. — No te creo capaz de calumniar a nadie. Has lanzado una acusación.

RICARDO. — No. Te he hecho confidente de una sospecha que hace mucho tiempo viene preocupándome. Lo has tomado a mal, te has enfadado... Allá tú...

AMELIA. — Perdóname, Ricardo; me ha hecho mucho daño lo que me dijiste; sin embargo, como te conozco, sé que eres incapaz de decir una cosa sin estar muy cierto de lo que hablas. Explícame; no temas hacerme daño. Tu silencio me haría más mal.

RICARDO. — Yo...

AMELIA. — Tú sabes algo... no me digas que no. Tú has visto, tú has oído; tú estás cierto de algo. De lo contrario no hubieras hablado.

RICARDO. — Pues mira... sí.

AMELIA. — De... de...
RICARDO. — No lo sé a punto fijo. Sé que... en fin, la tal amiga... la tal casa... En lo demás, puede que me equivoque; tal vez sea tiempo todavía. Trata de ser prudente; sobre todo, trata, por Dios, de que no se enteren los otros.
AMELIA. — Descuida... descuida!... — *(Llora un momento ahogando los sollozos.)*
RICARDO. — Vamos, cálmate.
AMELIA. — Pobre Ricardo; cómo debes sufrir. Las cosas que oirás; las cosas que pensarás de mí, a pesar tuyo.
RICARDO. — ¿Las cosas que pensaré? Oye. ¿No has visto nunca uno de esos brillantes de primera agua engarzados, para que luzcan más, en una sortija de oro viejo? Pues eso pienso de tí. Y cada vez te quiero más.
AMELIA. — ¡Qué bueno eres!
RICARDO. — Bueno no, tonta, egoísta. Es que cada vez que pienso en tí y te veo aquí, rodeada de todos los tuyos y tan distinta de todos los tuyos...
AMELIA. — No son malos, Ricardo.
RICARDO. — No. ¡Qué han de serlo! Son desdichados, inconscientes, muertos. Luisita que ríe; Pepe que hace chistes; Isidro que sueña con la resurrección del Gran Capitán; tu padre que no sueña nada, ni cree en nada, ni espera nada; tu tía que reza; Concha que llora... Y en medio de ellos, tú y yo, sanos, fuertes, conscientes, seguros de nosotros mismos. Llenos de savia nueva, llenos de fe positiva, amasando el porvenir con férreos puños. Ellos son el presente desconsolador, nosotros

el futuro lleno de promesas de esta raza aletargada de haber vivido demasiado!

AMELIA. — ¡Qué hermosa es tu fe. Háblame así; háblame siempre así, mi humano, mi divino, mi nuevo Don Quijote. ¡Cómo te amo, cómo te amo!

ESCENA XVI

RICARDO. — Bueno; y ahora, a ser la que debes ser, ¿has oído? Mucha cautela, mucha delicadeza; es necesario que pongas toda tu alma de mujer en esta empresa. ¿Has oído?

AMELIA. — Sí, descuida. ¿Te marchas?

RICARDO. — Sí, son las once ya. ¿Me das un beso?

AMELIA. — Sí. — *(Llamando.)*. — ¡Papá: Ricardo se marcha! — *(Ambos salen al pasillo.)*

JOSÉ. — ¡Ya!

RICARDO. — Sí; mañana tengo clínica Buenas noches.

JOSÉ. — Oye... déjame otro cigarrillo, si tienes.

RICARDO. — Pues no faltaba más. Tenga usted.

JOSÉ. — No, uno solo.

RICARDO. — Tenga usted, hombre.

JOSÉ. — Bueno, gracias. Hasta mañana. — *(Entra en escena encendiendo el cigarrillo; da una humada larga y luego, mirando la espiral.)* — Bueno, bueno, bueno, bueno. ¡Luisa!

LUISA. — *(Desde dentro.)* — ¿Qué? estoy acostándome.

JOSÉ. — ¿Conchita no ha venido aún?

LUISA. — No. Habrán ido al teatro.

JOSÉ. — Bueno, bueno, bueno, bueno.

AMELIA. — *(Entrando.) (En un esfuerzo sobrehumano por dominarse.)* — Acuéstate, papá. Yo esperaré a Concha.

JOSÉ. — Eso te iba a pedir; tengo los pies hechos un mármol. Hasta mañana.

AMELIA. — Buenas noches, padre.

(José sale lentamente por el foro. Amelia cierra la llave eléctrica y luego, ya sin poder dominarse, se deja caer sobre una silla, deshecha en llanto. Por la puerta entreabierta de la alcoba entra un rayo de luz.)

TELON LENTO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior. Se alza la cortina sobre la última escena del acto I.

ESCENA UNICA

AMELIA. — *(Continúa sentada con el codo apoyado en la mesa en actitud de profundo ensimismamiento. Largo silencio; se oye la campana del reloj de una torre vecina que da las cuatro.)* — ¡Las cuatro!...

CONCHA. — *(Aparece cautelosamente en la puerta del foro, con el gesto de un ladrón que temiera hacer ruido. Al ver a su hermana se dirige hacia ella.)* — ¡Amelia!...

AMELIA — ¿Eres tú?

CONCHA. — *(Va hasta la alcoba del foro, enciende la luz y deja sobre la cama el sombrero y la piel.)* — ¡Ay, hija, creí que me moría! Casi dos horas sin conocimiento, figúrate. Y Sara insistiendo en que me quedara allí... ¿Se han enterado?

AMELIA. — No; habla bajo.

CONCHA. — *(Dejándose caer sobre una silla.)* — ¡Ay, hija, que mala estoy!... *(Reparando en el gesto de Amelia.)* — Pero... por qué me miras así?

AMELIA. — ¡Y aún me lo preguntas!... ¡Qué por qué te miro así!...

CONCHA. — Chica, no veo. Que querías que hi-

ciera... Me dio un vahido; no querían dejarme venir...

AMELIA. — ¡Pero Concha!...

CONCHA. — ¡Ah!... ¿de manera que no crees? *(Desde esta escena hasta el momento en que se entrega traicionada por la sinceridad de su llanto, la actriz debe conservarse en una actitud forzada, cínica a veces, agresiva siempre, en un estado de nerviosidad casi histérica.)*

AMELIA. — No.

CONCHA. — ¿De dónde vengo entonces?

AMELIA. — Tú lo sabrás.

CONCHA. — ¿Qué quieres decir?... No te lo consiento, ¿sabes?... ¡No te lo consiento!...

AMELIA. — Habla bajo. Ten en cuenta que son las cuatro de la mañana, que podría oírte Isidro y que te sería muy difícil explicarle de dónde vienes a esta hora. Ya que no por tí ni por mí, hagámoslo por los otros.

CONCHA. — Hija... no te entiendo.

AMELIA. — Sí, me entiendes.

CONCHA. — Lo que tú quieras. Me he ido de juerga por ahí... Eso es lo que quieres decir, ¿verdad? Pues te felicito. ¡Sí que eres bien pensada!...

AMELIA. — ¿Por qué hacer comedias?...

CONCHA. — Yo no hago comedias, ¿sabes? Te digo la verdad, sencillamente. Si no quieres creerme... hija, ¿qué quieres que te haga? *(Encogiéndose de hombros y en actitud de dar por terminada la escena.)* — Lo siento por tí.

AMELIA. — *(Maternal.)* — Escucha, Concha, ven acá. ¿Por qué eres así conmigo? Te noto tan cambiada de un tiempo a esta parte... Me

pareces huraña, agresiva, hostil, como si te molestara, como si me temieras... que sé yo...

CONCHA. — *(Riendo agresivamente.)* — Como si te... Cuando yo digo que tú no estás en tu juicio... ¿Por qué había de temerte? Ni a ti ni a nadie; ¡no faltaba más!...

AMELIA. — ¿Lo ves? ¿Por qué me contestas así?

CONCHA. — Porque me da la gana, ¡ea!... No tengo los nervios para explicaciones, esta noche.

AMELIA. — ¡Pero, Concha!...

CONCHA. — Déjame en paz; te lo suplico. Déjame en paz.

AMELIA. — ¡Qué cambiada!... qué cambiada te encuentro. ¡Nunca fuiste así para conmigo!...

CONCHA. — Cada una es como debe ser. Tú tampoco eres la misma; nadie es el mismo.

AMELIA. — Tienes razón, ¡nadie!...

CONCHA. — Ya lo ves.

AMELIA. — Sin embargo... — ¡Tú y yo, Concha! Que nos hayamos vuelto así indiferentes la una para la otra... ¡Tú y yo!...

CONCHA. — Qué quieres... la vida es así. Mientras fuimos felices, éramos todos buenos. Siempre se es bueno cuando se es feliz.

AMELIA. — Pero hay sentimientos, hay afectos que están, que deben estar por encima de todo; el nuestro era uno de ellos.

CONCHA. — Lo parecía.

AMELIA. — Y lo es.

CONCHA. — No. Ya ves como no. Hace dos años, ni tú te hubieras atrevido a insinuar jamás...

lo que acabas de insinuarme, ni yo te habría contestado como te contesté.

AMELIA. — A pesar de eso; a pesar de eso. ¡Aún es tiempo!... Volvamos sobre nosotras mismas. Es tan dulce, es tan bueno tener a nuestro lado un alma gemela que nos comprenda y nos reconforte y nos consuele.

CONCHA. — Ah!...

AMELIA. — Antes... todo era común entre las dos... Las muñecas mientras fuimos niñas; después nuestros sueños, nuestras esperanzas, hasta nuestros pequeños remordimientos... Todo ha sido común. Y así desde criaturas, y así siempre, hasta ayer casi. ¡Quién nos hubiera dicho entonces, que había de llegar un día en que nos miraríamos como extrañas; hasta el punto de escondernos nuestras lágrimas!

CONCHA. — Ya lo ves.

AMELIA. — ¿Pero por qué? — ¿Por qué ha de ser así? No; no puede, no debe ser. Recordemos... revivamos... volvamos sobre nosotras mismas... Intentémoslo por lo menos. *(Cogiéndo a Concha por las manos, con un gesto lleno de ternura.)* ¡Ven acá, tú sufres! No me digas que no. Muchas veces, durante la noche me han despertado tus sollozos. Esta tarde mismo, al ir a hablarte, he sorprendido la humedad del llanto en tus pupilas. Estás nerviosa, malhumorada, enferma. Te muestras agresiva para esquivar mis preguntas, como temiendo hacerme una confidencia que se te escapa de los labios. Si te conoceré yo ¿Por qué finges?... ¿Por qué ocultas tu dolor?... Volva-

mos a ser las dos hermanas, las dos amigas que fuimos siempre.

CONCHA. — Si fuera posible...

AMELIA. — Lo es. ¿Por qué no ha de ser? ¿Es que han de tener más fuerza dos años que toda una vida? No Volvamos sobre nosotras mismas; seamos las que fuimos siempre, desde niñas... ¿Recuerdas?

CONCHA. — ¡Qué tiempos!...

AMELIA. — ¿Recuerdas? Tú tenías casi quince años, yo dieciséis, apenas. La vida empezaba a descubrir sus horizontes ante nuestros ojos asombrados, glotonamente abiertos. ¿Por qué será esto? ¿Por qué aquello? ¿Cuál sentido indescifrable esconderá aquella palabra que se nos ha prohibido pronunciar? ¿Cuál arcano se ocultará tras aquel velo que no nos es dado descorrer? Y sobre todo aquello, ¡cuántas visiones extrañas! ¡Cuántos castillos dorados!... ¡Cuántos fantasmas amenazadores! Aquellas alegrías ingenuas que nos hacían reir como chiquillas; aquellas preocupaciones precoces que nos hacían discurrir como mujeres.

Y en medio de todo, qué hermosa aquella comunidad de espíritus, aquel llorar yo porque llorabas tú, aquel reir tú porque reía yo. Cuántas veces, alegres sin motivo o tristes sin saber por qué, empezamos a soñar frente a un ocaso y el alba nos sorprendía al día siguiente soñando todavía

¡Estas chiquillas, siempre juntas, siempre hablándose al oído como dos cómplices, observaba sonriendo la santa de nuestra madre!

CONCHA. — ¡Oh, calla, Amelia!...

AMELIA. — Otras veces dábamos en fabricarnos novios. — ¿Recuerdas? Tú tenías uno muy rubio, muy guapo, que te rondaba la reja cuando nadie lo veía y te escribía unas cartas muy raras, que tú me recitabas de memoria. Yo uno moreno, alto, gallardo, apasionado y vehemente como un príncipe moro. Claro, como que yo no quería ser menos que tú.

CONCHA. — ¡Ah!...

AMELIA. — ¡Y los casamientos que hacíamos; había que ver!... ¡Yo tendría un gran castillo a la orilla de un río, imponente, feudal!... Tú, una casita blanca, dormida en medio de un bosque, pequeñita y perfumada como una bombonera. Después, yo tenía tres hijos: guerrero el primogénito, obispo el otro, el más pequeño trovador. Tú, uno solo, una nenita rubia a la que llamaríamos...

CONCHA. — *(En una explosión de sinceridad hecha llanto.)* — ¡Ah! ¡Calla! Calla, Amelia, por favor. Me haces daño. *(Rompiendo a llorar desesperadamente.)* — ¡Me haces mucho daño!...

AMELIA. — *(Que empieza a comprender.)* — ¿A tí?... ¿Tú?... ¡Respóndeme, Concha!... ¡Habla!...

CONCHA. — *(Rematando la confesión.)* — ¡Soy muy desgraciada!... Soy muy desgraciada, Amelia.

AMELIA. — ¿Tú? — *(Va hacia la puerta del foro y escucha un momento, como tratando de cerciorarse de que nadie oye; luego, volviendo junto a su hermana, que sigue llorando en si-*

lencio.) — Concha... Concha... Ven acá... Cuéntamelo todo... Como antes...

CONCHA. — ¡Hay hombres muy infames!... ¡Hay hombres muy infames, Amelia!...

AMELIA. — ¿Pero es que acaso?... ¡Ah! No faltaba más. Ricardo hablará con él.

CONCHA. — ¿Para qué?... Déjale.

AMELIA. — ¿Qué quieres? No lo comprendo.

CONCHA. — Es justo. Tú eres feliz. Cuando se es feliz no se comprende nunca.

AMELIA. — ¿Pero dónde está? .. ¿Quién es ese?... Dímelo...

CONCHA. — No le conoces... ¡Miserable! ¡Canalla!...

AMELIA. — ¡Cálmate, cálmate!... Cuéntamelo todo, pobrecita mía. ¡ Y yo sin saber nada!... ¡Ah, no; no puede ser! ¡Cómo has podido ocultármelo! como es posible que nunca me hayas...

CONCHA. — ¡Para qué! Tú eres feliz. Yo era muy desgraciada. No me hubieras comprendido, como no me comprendes ahora. Me habrías juzgado mal; más mal de lo que merezco. Más mal de lo que merezco, te lo juro.

AMELIA. — ¡Oh! No, eso nunca. Me hubiera enfadado contigo, eso sí; te hubiera aconsejado... Quizás habríamos conseguido evitar...

CONCHA. — No. Hubiéramos reñido inútilmente. Hay cosas inevitables. Fatales como el destino. Mi desgracia es una de ellas. Tú no sabes lo que pesa una falta. ¡Cómo nos abruma, cómo nos aplasta, cómo nos arrolla irremisiblemente! Créemelo, era inevitable. Todo me arrastraba hacia allá; nuestra desgracia, nues-

tra vida amoral, todo... hasta tu propia felicidad. Sí, hasta tu propia felicidad, que me hacía mirarte como a un enemigo, como a un juez implacable. ¡Cómo fue!... ¿Es que hay alguien que pueda explicar, que pueda describir el camino del precipicio? Era inevitable.

AMELIA. — Siempre tiene remedio una falta, por grande que sea.

CONCHA. — Una gran falta, sí; un gran conjunto de pequeñas faltas... no. Y esa es mi desgracia, y esa es la desgracia de todas. Un pequeño delito... y otro más... y otro más... Y así, cada día que pasa, cada minuto, cada hora. Primero por la esperanza de salvarnos; después, por el afán de aturdirnos. Es así.

AMELIA. — Pero tú...

CONCHA. — Yo, como todas. Cerradas todas las puertas, imposible todos los caminos, borrados todos los horizontes. . Sin saber hacer nada... Sin ser útiles para nada. Con la miseria que nos salpica y la desesperación que nos aturde y el hambre que nos aconseja.

Eso fui yo... y eso será Luisa, y eso hubieras sido tú, sin el milagro de Ricardo.

AMELIA. — ¡Dios mío!... ¡Dios mío!

CONCHA. — ¡Es muy fácil ser juez! Es muy fácil decir "no haberlo hecho", "haberlo pensado antes", como si esas cosas pudieran pensarse. No haberla puesto a una en el camino de hacerlo, o, una vez que la han puesto, no tener el cinismo de acusar.

AMELIA. — Cálmate. Hablemos con calma. No te excites así. Cuéntame todo.

CONCHA — Pues eso es todo. Un hombre que

nos ilusiona, un desengaño, otro desengaño, otro novio y otro más y una pequeña falta y otra más grande y otra... y otra. Y así hasta aquí; hasta lo irremediable.

AMELIA. — ¿Pero tú lo has hablado?... ¿Le has dicho?...

CONCHA. — Con él estuve hasta ahora. No cree.

AMELIA. — No cree que sea...

CONCHA. — Se ha guaseado de mí. No cree. ¡Canalla! Si hubieras visto, con qué desvergüenza, con qué cinismo se ha burlado de mis lágrimas...

AMELIA. — ¡Infame!...

(Se oye la voz de Isidro que grita desde adentro.) — ¡Ee!... ¡Vosotras!... ¡A ver si dejáis dormir! — *(Las mujeres se estremecen de terror Largo silencio, durante el cual parece que hasta contienen la respiración, en la actitud de un ladrón que ha tropezado con una silla Luego Amelia, muy queda, casi al oído de Concha.)* — ¿Y qué piensas hacer?

CONCHA. — Nada... No lo sé... Remediar esto en lo posible... Matarme si no...

AMELIA. — *(Sin comprender.)* — ¿Remediar?

CONCHA. — Sí... evitarlo... tratar de...

AMELIA. — ¡Oh, calla!... Eso es un crimen.

CONCHA. — Sí y no. A veces es lo contrario. Es evitar un crimen.

AMELIA. — ¡Oh, calla, por Dios; calla! No hables así. Lo hecho hecho está. Dios ha querido que así sea. Buscaremos algún medio... trataremos de arreglarlo todo, de que...

CONCHA. — ¿De qué?

AMELIA. — Después de todo, aún es posible que ese miserable reaccione. ¿Por qué desesperar?

CONCHA. — ¿Y por qué esperar? No. Estoy resuelta.

AMELIA. — Resuelta a...

CONCHA. — A todo. No puede ser, no será. ¡Angelito!... ¡Angelito de Dios!...

AMELIA. — Tú no estás en tu juicio, Concha; cálmate. Hablemos serenamente...

CONCHA. — ¡Angelito de Dios!

AMELIA. — Escucha... me... ¿me permites que le hable de esto a... Ricardo?

CONCHA. — Sí, eso quería pedirte. El es ya casi médico. El podrá quizá...

AMELIA. — ¿Qué dices?...

CONCHA. — Eso... ayudarme...

AMELIA. — ¿Estás loca? Pedirle yo a Ricardo que... No; eso nunca. Jamás. Ni te pase por la imaginación. Nunca.

CONCHA. — ¿Lo ves? Y hace un momento hablabas...

AMELIA. — No me entiendes, Concha. Yo soy la misma siempre... Te quiero ahora más que nunca... Me siento capaz de todo por tí... Pero no me pidas eso... Es superior a mis fuerzas y a nuestro cariño y a todo. No hay que pensar en eso. Me hace daño oírte hablar así. Pensar que pueda haberte pasado por la imaginación; que no te des cuenta de la enormidad de un delito semejante... No, tú no puedes pensarlo... tú lo has dicho sin reflexionar... aturdida, quizás...

CONCHA — No. Te engañas. Lo he pensado mucho. Es el único camino que me queda Es do-

loroso, es inhumano, es criminal, todo lo que tú quieras... pero es el único camino.

AMELIA. — Quita... calla, no hables así. ¡Tronchar una vida en germen!... ¡Asesinar la esperanza de una vida!... Y todo ¿por qué? Por un momento de cobardía... por no tener el valor de afrontar al mundo...

CONCHA. — No. ¡Demasiado sabes que no soy cobarde!... por mí, si se tratara de mí, de mí solamente, sabría reírme del mundo y desafiarle y escupirle el rostro luciendo su condena como un blasón. Pero y vosotros y Luisita... y ellos; y esta pobre vida inocente; este hijo de mis entrañas ¿qué será de él? ¿Has pensado tú en eso? Sin un nombre, sin un padre... sin nadie.

AMELIA. — ¿Y tú? ¿Tú no eres nadie? ¿Una madre no es nadie?

CONCHA. — ¡Una madre!... ¿Y qué puede una madre?

AMELIA. — Todo. Una madre con su hijo en brazos, lo puede todo; es capaz de todo; es más fuerte que todo. Si no tiene, pide y si no le dan, roba y si no puede robar, mata. A dentelladas, aunque sea, mata, pero a su hijo no le falta el pan. ¡Ca!... Dale una madre a tu hijo; una madre como debe ser, como son las madres y ya verás tú como no te pide, como no necesita más.

CONCHA. — ¡Literatura... literatura!... ¡Qué fácil eres de hacer!... ¡Cuántas madres con su hijo en brazos ruedan por el mundo! .. ¡Cuántos niños lloran de hambre en brazos de sus madres!... y se mueren de frío en los um-

brales, en brazos de sus madres!... ¿Luchar, verdad? ¿Y qué haces tú por el mundo, sola, desamparada, repudiada, inútil para todo? Los brazos que pudieran servirte para trabajar o para robar, como tú dices ¡te los ocupa, te los ata, te los llena tu hijo!... ¡Apartarle de ti! . ¡Confiarle a manos extrañas!... ¿Qué haces? ¿Qué puedes hacer? Y aunque no fuera eso. ¿Y después? Cuando le veas crecer, cuando empiece a razonar. . ¿qué haces de él?... ¿qué educación le das? ¿Armado de qué armas lo lanzas a la lucha? ¡Qué le respondes cuando pregunte por su padre, por su nombre, por su estado civil!... Y si es una niña... si es mujer... ¡si es una niña, santo Dios!...

AMELIA. — No es el primer caso ni será el último.

CONCHA. — No ¡Por eso están llenas de infelices las cárceles y llenas las calles de desdichadas!...

AMELIA. — No exageres, mujer!... Por otra parte, tú no estarías sola. Nos tendrías a mí y a Ricardo para velar por ti y por tu hijo.

CONCHA. — Tampoco, Amelia No nos hagamos ilusiones.

AMELIA. — ¿No crees qué? ..

CONCHA. — Sí, todo. Pero vosotros no sois ricos. Bastante haréis con luchar por vosotros mismos. Además, vosotros también tendréis hijos... y cuando los tengáis... ¡entonces veréis con qué sublime egoísmo sabréis defender su pan! No. No hipotequemos nuestro altruismo. ¡No firmemos letras contra nuestra abnegación de mañana!... Una sola cosa pue-

de hacer Ricardo por él y por mí. Ya te lo he dicho.

AMELIA. — No; lo conozco. Sé que preferiría morir antes que hacerlo Además... el peligro que correrías.

CONCHA. — ¿Peligro de qué?

AMELIA. — De morir, inclusive.

CONCHA. — Si no es más que eso... He llegado a desearlo, te lo juro. Hasta me siento capaz de...

AMELIA. — ¡Calla!... No digas disparates. ¡Calla!... Ni una cosa ni otra. Vivir... Vivir todos. Mal o bien, felices o desgraciados, pero vivir. ¡El primer deber, vivir!...

CONCHA. — O saber morir a tiempo...

AMELIA. — ¡Calla!... ¡Me desesperas... me vuelves loca!... De pensarlo solamente... Pero, no: tú no lo harás.. tú no serás capaz de... ¿Verdad que no? ¿Verdad que no?

CONCHA. — ¡No lo sé... no lo sé!...

AMELIA. — ¡Cuánto dolor!... ¡cuánto dolor, Dios mío!... Cuánta infamia, cuánto delito no tendrás que castigar en este mundo, cuando ni en el vientre de una madre, ni en la cabeza de un ángel se detiene tu ira. ¡Qué desdichadas! .. ¡Qué desdichadas somos!

CONCHA. — ¿Lo ves? ¿Por qué quisiste saber? ¿Por qué quisiste resucitar el pasado?... Los sueños... los castillos dorados de otros días; ¡el príncipe rubio!... ¡la casita blanca!... Ve tú lo que la realidad...

(Suena el timbre de la puerta.)

AMELIA. — *(Sorprendida al ver la luz de la mañana que se filtra por las rendijas de las ma-*

deras.) — ¡El trapero!... ¡Jesús!... ¡El trapero ya!... *(Abre una madera, como dudando aún. La estancia se ilumina a medias, con esa claridad borrosa de la mañana.)* — Acuéstate Concha. ¡Pronto!... No sea que se levanten y te vean... Acuéstate. *(Sale presurosa. Concha se alza y hace esfuerzos por andar, luego se deja caer sobre la silla desfallecida. Se oye la campana de una iglesia vecina que llama a misa de alba, los primeros tranvías que pasan y el pito de una fábrica.)*

AMELIA. — *(Que entra de nuevo y al ver a su hermana desfallecida, corre hacia ella dando un grito contenido.)* — ¡Concha!... ¡Concha!... ¿Te has puesto mala?

CONCHA. — No llames todavía... Espera a que me acueste... No es nada...

AMELIA. — Sí, acuéstate... ven... Apóyate en mí... Vamos... pronto...

CONCHA. — *(Apoyándose en su hermana.)* Sí, vamos. No te asustes... No es nada... ¿Lo ves? Igual que antes. Es el alba que nos ha sorprendido otra vez.

(Cae el telón muy lentamente, mientras las dos mujeres andan con dificultad hacia la alcoba del foro.)

ACTO TERCERO

El mismo decorado de los anteriores.

ESCENA I

AMELIA. — *(Que está junto a la ventana, como observando, se vuelve y, dejándose caer sobre una silla.)* ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

JOSÉ. — Bueno, bueno, bueno. Pobrecita.

ISIDRO. — ¡Sí, pobrecita!... Eso es; tenerle lástima. ¡Malditas sean todas las hembras y!...

AMELIA. — *(Suplicante.)* — Calla...

ISIDRO. — ¡Si me lo sospechaba yo!...

AMELIA. — *(Escuchando.)* — ¿A ver? Calla... No. — *(A Pepe, que toca la guitarra en la habitación contigua.)* — ¡Pero Pepe, por Dios!... Parece mentira que aún tengas alma para...

ESCENA II

DICHOS *y* PEPE.

PEPE. — *(Hablando desde adentro.)* — ¡No sé qué queréis que haga uno!... Ni estudiar lo dejan, caramba.

(Aparece en la puerta de la derecha con la guitarra en la mano y una colilla entre los labios. Deteniendo a Isidro, que pasa nerviosamente.) ¿Quieres darme lumbre? — *(Después de encender.)* — ¡Tanto pensar!... ¡Tanto

preocuparse!... Ahora ya está. ¡Qué se le va a hacer!...

JOSÉ. — Bueno, bueno, bueno.

PEPE. — ¡Bueno, bueno!... Si con ponernos fúnebres remediáramos algo... ¿Que se marchó? Y bueno; hizo bien. Para lo que la esperaba aquí, mejor está en un hospital, que en donde ha ido a parar, seguramente.

AMELIA. — ¿Quieres callar, bestia?

PEPE. — ¡Sí, bestia!... Si la gracia de la niña te hubiera costado reñir con la novia, como me ha costado a mí, ya veríamos si la defendías.

ESCENA III

DICHOS *y* LUISA.

LUISA. — *(Que sale a medio vestir, con una toalla sobre los hombros y rizándose el pelo con unas tenacillas.)* — ¡Reñir con la novia!... Valiente pendón; la niña cursi. Que agradezca a Dios si no le pasa a ella lo mismo, que no será porque no se lo busque.

PEPE. — Esa no es cuenta tuya.

LUISA. — ¡Frágil!... ¡Ponerla entre algodones para que no se quiebre!... ¡La mona!...

ISIDRO. — ¿Acabaréis de una vez? ¡Maldita sea!

PEPE. — *(Haciendo un ademán de pasar de capa.)* — ¡El huracán!

AMELIA. — ¡La inconsciencia, bestia!... Haz chistes; sigue haciendo chistes, que quizás en este mismo momento, tu hermana...

PEPE. — No le dará tan fuerte.

ISIDRO. — Mira... es lo mejor que podría hacer.

Eso le tendría más cuenta que caer bajo mis manos; te lo aseguro.

AMELIA. — Capaz serías tú de eso. De ir a trabajar y de sostener positivamente el decoro de la familia, no; pero de eso, sí.

ISIDRO. — *(Amenazando a Amelia.)* — Mira, Amelia, que tengo los nervios de punta y...

AMELIA. — Pégame... pégame, cobarde. De eso también eres capaz.

ISIDRO. — *(Avanza como para golpearla, pero luego, dominándose, sale violentamente por la puerta del foro.)* — ¡Maldita sea!

AMELIA. — ¡Uf... qué vida!... ¡Qué vida!...

JOSÉ. — En fin, en fin; pobrecita.

PEPE. — Estará mejor que tú, seguramente.

LUISA. — Como si la viera: en casa de la tía Lola.

JOSÉ. — En casa de... Sí... Buena es la tía Lola, buena... ¡Pobrecita!

(Mutis derecha.)

ESCENA IV

DICHOS *menos* ISIDRO *y* JOSÉ.

AMELIA. — *(Nerviosa.)* — ¡Y Ricardo que no viene!...

PEPE. — Ni falta que hace. ¡El hipócrita! Yo no sé cómo Isidro no le ha echado a puntapiés.

AMELIA. — *(Mirando despectivamente.)* — ¿Por qué no lo haces tú?

PEPE. — ¿Yo? Porque no se me ha ocurrido.

LUISA. — *(Cómica.)* — Quita... quita...

PEPE. — ¡Ah, no!... No se lo ha merecido, ¿ver-

dad? — *(Imitando a Ricardo.)* No llamar médico; si no es nada... ¡Si no tiene importancia!...

LUISA. — Como que estaba al cabo de la calle; lo mismo que esta otra mosquita muerta.

PEPE. — Gracias a que Isidro... Parece que se lo daba el corazón.

AMELIA. — ¿Y qué habéis ganado con saber? ¿Qué habéis adelantado con enteraros? ¡Hacer escenas!... Amargarle la vida a la infeliz con vuestras imbecilidades. Vosotros tenéis la culpa de que se haya marchado... De todo lo que suceda...

LUISA. — ¡Ah, sí; nosotros!... ¿Y tu Ricardito no, verdad?... Hubiera hecho... lo que ella quería, nadie se hubiera enterado y todos habríamos salido ganando.

PEPE. — Sí, eso digo yo. Obras son amores. Pero, naturalmente... Podía comprometerse el niño!

AMELIA. — ¡Qué bajos!... ¡Qué bajos estáis!...

LUISA. — ¡Um!... Me río yo de las águilas. Mucho predicar, mucho hacer discursos ..

PEPE. — Sí; y a la hora de la verdad...

AMELIA. — ¡Me dáis asco!...

LUISA. — Como que te decimos la verdad.

AMELIA. — ¡La verdad!... Así la véis vosotros, a través de vuestros espíritus pequeños, mezquinos, menesterosos!... *(Rompiendo a llorar.)* — ¡Cuánta miseria; cuánta miseria, Dios mío!

PEPE. — *(Canturreando.)* — Alirón, Alirón...

AMELIA. — *(Suplicante.)* ¿Por qué sois así? Escucha, Pepe.

PEPE. — ¿Qué quieres?

AMELIA. — Tú no tienes mal corazón; tú no eres malo. Ayúdame. Tú también, Luisa. Aún podemos evitar...

LUISA. — ¿Qué quieres decir?

AMELIA. — Nada... que Ricardo, ya lo sabéis, ha ido a buscarla Es muy posible que si la halla logre convencerla...

LUISA. — ¡Ca!... No conoces a Concha No vendrá así la piquen. Ni con Ricardo, ni con la Guardia Civil.

PEPE. — Sí vendrá. Cuando se convenza de que... Eso, si no está en casa de Lola. En ese caso, sí; de lo contrario, ya lo veréis como viene. No sé a dónde va a ir.

AMELIA. — Por eso. Trata de alejar a Isidro. Llévatelo. No sea que...

PEPE. — ¿Yo?... ¿Llevarme a.. ? ¿Pero tú estás loca? Bueno está Isidro. Como para... No, chica, no. Renuncio.

AMELIA. — De manera que consentirás que tu hermana ..

LUISA. — Mira... no haberlo hecho.

AMELIA. — ¡Luisa!... ¡Y eres tú la que!...

LUISA. — Yo, sí... La verdad es la verdad. Lo hubiera pensado antes.

PEPE — Eso.

AMELIA. — Lo hubiera...

LUISA. — Mira... hay una sola cosa en el mundo que no tiene perdón; la tontería Yo no me meto en que si una cosa o la otra... Cada uno es como es y allá cada cual. Pero... en fin, tú me entiendes. A cierta altura de la vida no hay derecho a caer en esas inocentadas. Bas-

tantes veces se lo advertí... Pero claro Una es una chiquilla. Me río yo de las formales.

PEPE. — Y yo.

AMELIA. — ¿De manera que aprobáis? ¿No es eso? ¿Os alegráis?

PEPE. — Alegrarnos, no; pero hasta cierto punto... La verdad es que, si para eso os sirve vuestro juicio me quedo con nuestro espíritu menesteroso que dices tú.

AMELIA. — ¡Y pensar que la humanidad está llena de almas como las vuestras!...

LUISA. — ¡Sí; discursitos!... Lo que yo digo, te ha contagiado. Ahora mucha indignación y mucha cosa, y cuando debieron...

PEPE. — Sí. Ahí duele. Siquiera nosotros no tendremos remordimientos.

AMELIA. — ¡Remordimientos!... ¡Qué habéis de sentirlos!... Sois incapaces de eso, como de lo otro, como de todo.

LUISA. — Sí; somos muy malos.

AMELIA. — ¿Malos? No; ni siquiera eso. Ser malo es ser algo. Vosotros no sabéis ser ni siquiera eso.

LUISA. — Sí, todo lo que tú quieras, pero que te conste que si Concha se hubiera confiado a mí, otra cosa hubiera sido. Ya me las habría arreglado yo para...

AMELIA. — ¡Calla, infeliz!... ¡Calla!

LUISA. — ¡Je!... Lo que tú quieras

ESCENA V

DICHOS *y* JOSÉ.

JOSÉ. — ¡Aún continuáis vosotros con el molinillo!... ¡Darle vueltas!... ¡Darle vueltas!...
PEPE. — Sí; eso digo yo.
JOSÉ — ¡Ah!... ¿eso dices tú?... Bueno, bueno, bueno.
AMELIA. — ¿Qué hace Isidro, papá?
JOSÉ. — No sé Estará echado sobre la cama; dando vueltas también. Como si esto tuviera más solución que...
LUISA. — ¡El viaducto!...
JOSÉ. — Eso... Tú lo has dicho. Tirarnos todos de cabeza. Que no quedara nada de toda esta inmundicia.
AMELIA. — ¡Qué vida!... ¡qué vida!... *(Suena el timbre de la puerta; Amelia se estremece y luego, muy nerviosa deteniendo a Luisa.)* — No deja! *(Mutis rápido.) Luisa, que ha continuado durante toda la escena la tarea de rizarse el pelo entra en el gabinete, absolutamente indiferente. Pepe silba bajo y rasga las cuerdas de la guitarra como acompañándose; José levanta la cabeza escuchando; luego, en un gesto de renuncia vuelve a su posición habitual.)*

ESCENA VI

(Se oye abrir la puerta y enseguida la voz de una criada que dice atropelladamente.)

Buenas tardes. De parte de la señora del segundo, que lo ha sentido mucho. Que si necesitan cualquier cosa que ya saben que... *(La voz de Isidro muy colérico.)* — ¡Dígale usted que no!... *(Se oye un* "Jesús" *de la criada y enseguida un gran portazo. Luego un ligero diálogo entre Amelia e Isidro.)*

AMELIA. — Escucha, Isidro.

ISIDRO. — ¿Qué quieres?

JOSÉ. — Bueno, bueno, bueno, bueno *(Reparando en Pepe que ha cogido el sombrero para marcharse.)* — ¿Te vas?

PEPE. — Sí. Lo tienen harto a uno.

JOSÉ — Déjame otro cigarrillo, ¿quieres?

PEPE. — *(Arrojando el cigarrillo sobre la mesa al hacer mutis.)* — ¡Estoy más aburrido!...

ESCENA VII

Menos PEPE *y luego* LUISA.

JOSÉ. — *(Liando el cigarrillo.)* — Bueno, bueno, bueno, bueno. En fin... En fin... Luisita.

LUISA. — *(Desde dentro.)* — ¿Qué?

JOSÉ. — ¿Hay lumbre?

LUISA. — *(Asomándose.)* — No sé. Creo que sí.

JOSÉ. — Enciéndemelo ¿quieres?

LUISA. — ¡Uf!... No me dejáis vestir *(Toma el cigarrillo y sale haciendo un gesto de fastidio. En este momento vuelve a sonar la campanilla. Luisa abre la puerta y luego llamando.)* — ¡Amelia!... Un Continental.

ESCENA VIII

JOSÉ *y* AMELIA, *luego* LUISA.

AMELIA. — *(Entra leyendo muy preocupada.)* — ¡De Ricardo... Dios mío!... *(Acercándose a José.)* — Papá.
JOSÉ. — ¿Qué hay?...
AMELIA. — Ricardo que me dice que la ha visto. Vendrán... ¡Santo Dios!... Háblale a Isidro... Procura que se marche...
JOSÉ. — Pero hijita... No ves tú...
AMELIA. — ¡Dios mío!...
LUISA. — *(Entra con el cigarrillo encendido, escupiendo y haciendo muecas.)* — ¡Uf!... ¡qué asco!... Toma.
AMELIA. — ¿Despachaste al chico?
LUISA. — Sí. Es de Ricardo, ¿verdad?
AMELIA. — Sí... Figúrate tú... ¡Qué conflicto!...
LUISA. — ¡Ah, pero!...
AMELIA. — *(Asintiendo.)* Y ese hombre ahí... hecho una fiera...
LUISA. — *(Haciendo mutis de nuevo hacia el gabinete.)* — Sí, la que hemos hecho...

ESCENA IX

Menos LUISA.

JOSÉ. — ¡En fin!... ¡En fin!...
AMELIA. — ¡En fin!... ¡En fin!... ¡Qué no dirás otra cosa!...

JOSÉ. — Hijita... ¿pero qué quieres tú que yo diga?... ¿No lo estás viendo? ¿Qué voy a hacer?...

AMELIA. — Tu deber. Volver a ser hombre de una vez por todas. ¿No eres el amo aquí? Pues imponerte. No permitir que...

JOSÉ. — Volver a ser... Imponerme... Bueno, bueno, bueno, bueno.

ESCENA X

DICHOS e ISIDRO.

(Hay un largo silencio. Isidro entra mirando a su padre con un gesto como de asco. Luego toma una silla y se sienta en esa actitud de sombrío reconcentramiento.)

ISIDRO. — ¿Qué dice ése?...

AMELIA. — Nada. Que no ha sabido nada todavía.

ISIDRO. — ¡Ah!

AMELIA. — *(Acercándose a Isidro como sin atreverse a abordarle.)* — ¡Isidro!...

ISIDRO. — ¿Eh?

AMELIA. — Escucha.

ISIDRO. — Qué?

AMELIA. — ¿Por qué no sales un poco? Te sentaría bien. Estás muy excitado.

ISIDRO. — ¿Y qué?

AMELIA. — Nada... que debieras tratar de distraerte... De tomar un poco de aire.

ISIDRO. — Déjame. No quiero salir. No tengo ganas de tropezarme por ahí con cualquiera y... No, no, déjame. Estoy mejor aquí.

JOSÉ. — En fin... En fin...

ISIDRO. — Si por lo menos esa... Pero no. Nada. Ah... pero yo he de saberlo... He de saberlo, y...

AMELIA. — ¿El qué?

ISIDRO. — Eso Quién es .. dónde está.

AMELIA. — ¿Y qué adelantaríamos?...

ISIDRO. — ¿Que qué? ¡Maldita sea!... ¿Cómo pudiera yo saber?

AMELIA. — No conseguirías nada. Un hombre que es capaz de... Tú tampoco conseguirías nada.

ISIDRO. — ¿Nada?

AMELIA. — ¡Reñir!...

ISIDRO. — ¿Y te parece poco?

JOSÉ. — Darle vueltas... Darle vueltas...

ISIDRO. — No, dejarlo así, si te parece. Eso es lo que tú quisieras. ¿Verdad?

AMELIA. — No, Isidro. Ni dejarlo así ni empeorar nuestra situación con un desatino más.

ISIDRO. — Es la única solución.

JOSÉ. — La única solución la tengo yo aquí. Una lata de petróleo, una caja de cerillas... levantarse una noche, rociar bien todo esto y pluf!... Que no quede nada de toda esta inmundicia.

ISIDRO. — Majadero. Dame el sombrero.

AMELIA. — ¿Dónde vas?

ISIDRO. — No lo sé.

AMELIA. — *(Coge del gabinete el sombrero y se lo entrega.)* — ¿Dónde vas?

ISIDRO. — No lo sé. Déjame. *(Hace mutis y se oye enseguida un gran portazo. Amelia y José quedan mirándose en silencio.)*

ESCENA XI

DICHOS *menos* ISIDRO.

JOSÉ. — En fin... En fin...
AMELIA. — Padre... tengo miedo.
JOSÉ. — En fin... En fin...
AMELIA. — Como un presentimiento...
JOSÉ. — Bueno, bueno, bueno, bueno. La vida es así. Cuando empieza a golpear le toma gusto y sigue... hasta que se cansa o hasta que el cuerpo se le curte a uno y se hace insensible a la estaca. Ya lo ves tú. Yo ni presentimientos tengo ya. ¿Para qué?
AMELIA. — ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...
JOSÉ. — En fin... En fin... *(Apoya la cabeza entre las manos y se queda inmóvil con los ojos fijos en las rayas del hule que cubre la mesa. Amelia llora ahogadamente. En la habitación vecina, Luisa, terminando de vestirse, canta un aire popular. Vuelve a sonar la campanilla y Amelia acude. Se oye la voz de Frasquita.)*

ESCENA XII

DICHOS *y* FRASQUITA.

FRASQUITA. — ¡Ay, Jesús!... ¡Buena está la tía Lola!... Chica... que ni se le ocurra pasar por allí. Ni a ella ni a ninguna de vosotras. Os puso...
JOSÉ. — Ya extrañaba yo que pudieras pasar sin ir a meter las narices.

FRASQUITA. — Ay hijo, en mala hora se me ocurrió. Buena está tu hermanita. Vieras cómo nos ha puesto a todos.

JOSÉ. — ¡Ah! ¿Sí, eh?...

FRASQUITA. — Que os está bien empleado; que sois un atajo de sinvergüenzas; que ella preveía todo esto y que de aquí y que de allá y que si sus niñas y que si ella y que si la gente y que si tú. ¡Ay!... Todo lo que me dijo. Con decirte que me despachó de la puerta... Figúrate. *(A Amelia.)* — Ah... ¿y qué te cuento? La de Peláez, que me la tropezé en la calle Ancha. Enterada de todo y haciendo la que no sabía una palabra. ¡Ah!... y otra cosa que me dijo la tía Lola. Que de lo único que se extrañaba era de que a tí no te hubiera ocurrido ya lo mismo o peor. Eso es.

AMELIA. — ¡Qué mundo!... ¡Qué mundo!...

FRASQUITA. — Hija... después de todo... qué quieres que te diga... no les falta razón.

AMELIA. — Naturalmente. Todos sois los mismos.

JOSÉ. — La misma canalla. Aquí... allá, en todas partes. En todas partes la misma canalla. Lástima de terremoto que...

FRASQUITA. — *(Persignándose asustada.)* — Jesús, María y José.

JOSÉ. — Que concluyera con todo. Con nosotros... con ellos... que no quedara nada de toda esta inmundicia.

FRASQUITA. — *(Retrocediendo espantada.)* — Cuando yo digo que... Nada, hija... Ya lo veréis. *(Después de una pausa.)* — Oye... ¿y no habéis tenido noticias?

AMELIA. — Sí. La ha hallado no sé dónde... Vendrá. Figúrate tú.

FRASQUITA. — Y qué?

AMELIA. — Temo... por Isidro. Ya sabes cómo está. Es capaz de...

FRASQUITA. — ¡Isidro!... ¡Isidro!... ¡El coco! Pues que se aguante Isidro. La pobre chica no va a estar en la calle. Hay que tener un poco de caridad, caramba. Y en el estado en que está. Nada, que venga.

LUISA. — *(Desde la otra habitación.)* — Sí, Frasquita, responde.

FRASQUITA. — Yo, sí, yo. No faltaba más. *(A José.)* — Pero has oído tú. Y te quedas tan... Te parece muy bien ¿verdad?... Darle a la infeliz con la puerta en las narices. Y todo ¿por qué? Porque se le antoja al niño... Ay... yo no puedo con eso. Que quieres... yo no puedo.

JOSÉ. — Déjame en paz, mujer. ¿Qué quieres que haga?... ¿Qué puedo hacer yo?...

FRASQUITA. — Lo que debes Meterlo en cintura al niño ese. Que sepa que en esta casa... ¡Ay... si viviera la finadita!...

JOSÉ. — Calla.

FRASQUITA. — Pero es lo que yo digo. Siempre se lleva Dios a los que más falta hacen.

JOSÉ. — Ya ves tú. Y nos deja a nosotros. ¿Para qué nos deja? ¡Para estorbo!... La mitad muerta... la otra mitad podrida. ¿Para qué nos deja a nosotros que no servimos ni para... tirarnos por el balcón?

AMELIA. — ¡Padre!...

FRASQUITA. — El sabrá por qué lo hace, José.

JOSÉ. — En fin... El lo sabrá. Yo no lo comprendo... ¿Qué quieres que te diga?... Yo no lo comprendo.

AMELIA. — *(Oyendo el ruido de un coche que se ha detenido.)* — ¡A ver! Escucha... Sí.

LUISA. — ¿Están ahí? *(Siempre desde la otra habitación.)*

AMELIA. — Sí... Creo que son ellos. ¿A ver? *(Hace mutis como para abrir la puerta.)*

ESCENA XIII

DICHOS *y* LUISA.

LUISA. — ¡Ay hija, qué fatiga!... *(Momento de expectación.)*

AMELIA. — *(En el pasillo después de haber abierto la puerta.)* — ¿Vienes solo?

ESCENA XIV

DICHOS *y* RICARDO.

RICARDO. — No; ha quedado abajo. No se atreve...

FRASQUITA. — Yo iré por ella...

LUISA. — Y yo. Ya veréis como la traemos... *(Salen atropelladamente.)*

JOSÉ. — En fin... pobrecita. *(Sale al pasillo.)*

RICARDO. — *(Reparando en la actitud suspensa de Amelia.)* — ¿Qué tienes tú?

AMELIA. — Nada. La alegría.

RICARDO. — ¿Y tu hermano?

AMELIA. — Salió.

RICARDO. — Mejor. ¡Me ha dado un trabajo!... Por nada quería... He tenido que mentirle. Le he dicho que Isidro me había mandado.
AMELIA. — ¿Y cuando vuelva?...
RICARDO. — Deja. Yo me entenderé con él.
(Se oye rumor de voces en la escalera, luego un grito de Concha.) — ¡¡Padre!!...
JOSÉ. — ¡Hijita!... ¡hijita!...

ESCENA XV

DICHOS *y* CONCHA.

(Amelia y Ricardo salen al encuentro del grupo. Luego entran todos rodeando a Concha. Escena de lágrimas, abrazos y exclamaciones propias de las circunstancias. Concha se deja caer sobre una silla llorando en silencio con la cabeza entre las manos.)

CONCHA. — *(Levanta la cabeza y mirando a todos.)* — ¿Y los otros?
AMELIA. — Han salido. No os esperaban todavía.
CONCHA. — Se han marchado... por no verme.
LUISA. — No, tonta, si...
CONCHA. — Se han marchado...
JOSÉ. — En fin... En fin...
FRASQUITA. — ¿A tí qué te importa, tonta?...
CONCHA. — No. Eso no. Yo me lo temía. *(Enérgica.)* — Dejadme.
RICARDO. — Oye, Concha.
CONCHA. — Me has engañado.
AMELIA. — ¡No, tonta!
LUISA. — Claro que no.

CONCHA. — Sí. Lo veo bien claro en todos vuestros rostros. Me habéis engañado. Se han marchado por no verme; habéis reñido quizás. No... no puede ser. No debo consentirlo. Dejadme que me marche.

JOSÉ. — Hijita...

CONCHA. — Sí, padre, sí. No tengo derecho. No debo...

FRASQUITA. — ¡Vamos!... ¡Vamos!...

CONCHA. — ¡Por qué no me diste valor!... ¡Por qué no me diste valor, Dios mío!

RICARDO. — Oye, Concha; ven acá. No digas tonterías.

AMELIA. — Sí. Ahora te acuestas, ¿sabes?

FRASQUITA. — Y nos vamos todos a hacerte compañía. Ya verás.

CONCHA. — *(Resuelta.)* — No.

AMELIA. — Pero es que...

CONCHA. — Sí, Amelia, lo siento mucho, pero... ya lo ves. No puede ser.

RICARDO. — Pero ven acá. ¿Dónde vas a ir?

CONCHA. — No lo sé aún, pero... estoy resuelta. Os he hecho mucho mal; os he costado muchas lágrimas. Lo veo; habéis reñido. Ellos mal o bien son el único sostén de la casa. Yo en cambio... No. No puedo consentirlo. Dios se apiadará de mí.

JOSÉ. — Hijita.

CONCHA. — *(Arrojándose en sus brazos.)* — Sí, padre, sí! Tú me comprendes, ¿verdad? Tú has sufrido mucho también. Tú me comprendes. Dame un beso. Así... *(Levantándose resuelta.)* — Ahora dejadme ir. Lejos... bien lejos.

AMELIA. — No digas tonterías, Concha. Vas a obligarme a que me enfade contigo. *(Cogiéndola las manos.)* — ¿Lo ves? Estás helada... tiemblas... ¡Estás enferma!... Acuéstate. ¿Sí?

CONCHA. — No. Déjame que me marche. Aún tengo fuerzas.

RICARDO. — Mira... acuéstate. Luego, si no quieres quedarte, si ves que es cierto lo que has pensado, yo te prometo...

CONCHA. — ¿Qué?

RICARDO. — Llevarte conmigo. ¿Quieres?

CONCHA. — *(Iluminándose.)* — Al hospital... sí... eso es. Allí estaré bien... Tranquila por lo menos. Vosotras iréis a verme todos los días y todas estaremos tranquilas.

AMELIA. — Bueno; pero ahora te acuestas. Un momento... Mientras Ricardo corre los trámites.

CONCHA. — ¿Me lo prometes?

RICARDO. — Sí, tonta, sí. Pero ahora te acuestas, ¿sabes? No sea que te pongas muy malita y...

FRASQUITA. — Sí, Conchita, sí... Ven.

CONCHA. — No tengo fuerzas... Me...

RICARDO. — Acostarla en seguida.

CONCHA. — No. Me echaré un momento, hasta que pase esto. No es nada.

AMELIA. — Sí, ven.

JOSÉ. — Sí, hijita, sí; vamos. Apóyate en mí.

CONCHA. — ¡En tí!

(José, Amelia y Frasquita, salen por la derecha llevándose a Concha. Luisa que ha permanecido durante toda la escena como vigilando la entrada se acerca a Ricardo.)

LUISA. — ¿Y ahora?

RICARDO. — No te preocupes de eso, tú. Ve junto a tu hermana. Yo me encargo de Isidro.

LUISA. — Pues hijo... *(Hace mutis por la derecha. Ricardo se sienta junto a la mesa.)*

ESCENA XVI

RICARDO, *luego* AMELIA.

RICARDO. — Allá veremos... Allá veremos.

AMELIA. — Oye, Ricardo... tengo miedo. Llévatela.

RICARDO. — ¡Amelia!...

AMELIA. — Sí, tengo miedo, Isidro... No sabes tú como está; es capaz de todo. Tengo mucho miedo.

RICARDO. — ¿Pero de qué, mujer?

AMELIA. — Reñiréis...

RICARDO. — ¿Qué?

AMELIA. — Que sí, que reñiréis. Os conozco.

RICARDO. — No; no tengas miedo. Consultaré con él y si se opone, saldremos tranquilamente. Haré lo que le he dicho a Concha y quedaremos en paz. Quizá sea la mejor solución.

AMELIA. — ¿Sí?... ¿Me lo prometes?

RICARDO. — Sí, mujer; sí. Parece que no me conocieras, caramba. Te doy mi palabra.

AMELIA. — Pero es que él...

RICARDO. — No es para tanto, tampoco. Ya verás tú.

ESCENA XVII

DICHOS e ISIDRO.

RICARDO. — ¿Eres tú?
ISIDRO. — ¿Ha venido contigo, verdad? ¿Dónde está?
AMELIA. — ¡Isidro!...
RICARDO. — Mira... yo...
ISIDRO. — No. Has hecho bien. Tengo que hablar con ella. ¿Dónde está?
RICARDO. — Escucha. Está mala. No le hagas una escena ahora...
AMELIA. — ¡No, Isidro, por Dios!
ISIDRO. — No, dejadme... Os prometo que... Es que quiero hablar con ella... Una pregunta...
RICARDO. — No; ahora no. Ven acá... No te pongas así... Ahora no puede ser... Cálmate...
ISIDRO. — Si estoy tranquilo. ¿Lo véis? Dejadme.
RICARDO. — No.
ISIDRO. — *(Tratando de entrar.)* — ¡Que me dejéis, caramba!
RICARDO. — Que no, hombre... No seas majadero.
ISIDRO. — Déjame, Ricardo; te lo ruego.
RICARDO. — Que no.
ISIDRO. — Mira que...
AMELIA. — ¡Isidro!...

(Hay un momento en que parece que van a acometerse. De pronto, se abre la puerta del gabinete y Concha aparece en el dintel, deteniendo con un gesto a las mujeres que se han arrojado al paso para impedirle salir.)

ESCENA XVIII

Dichos, Concha, Luisa *y* Frasquita, *junto a la puerta.*

Luisa. — ¡Concha!
Concha. — ¡Dejadme!
Ricardo. — ¡Isidro!...
Isidro. — Te doy mi palabra. Es una pregunta que quiero hacerle.
Ricardo. — ¿Me prometes?
Isidro. — Sí; no tengas miedo. Dejadnos.
Concha. — No es necesario. Yo me marcho ya.
Isidro. — No. Antes me escuchas dos palabras ¿quieres?
Concha. — Habla.
Isidro. — *(A los otros.)* — Dejadnos solos. Yo os prometo que...
Ricardo. — Sí, dejémosle que hable. Es justo. — *(Cogiendo a Amelia, como para llevarla fuera.)* — ¿Lo ves, tonta?
Amelia. — ¡Ricardo!
Ricardo. — *(Desapareciendo con los otros detrás de la puerta del gabinete.)* — Ya podéis hablar.

ESCENA XIX

Isidro *y* Concha.

Isidro. — *(Cierra la puerta y luego, tranquilo ya, señala una silla como indicándole que se siente.)* — Quiero hacerte una pregunta, Concha; una nada más.

CONCHA. — Mira... no vale la pena de que te molestes por mí. Yo ya me marcho. Vine nada más que a darles un beso para...

ISIDRO. — No. Antes es necesario que hablemos. Después... te marcharás tú o me marcharé yo. Yo, probablemente. Y no volveré a molestarte. Ni a tí ni a ellos. Pero antes es necesario que yo sepa...

CONCHA. — ¿Qué?...

ISIDRO. — Eso. Su nombre. No te pido más que eso; que me digas quién es: nada más.

CONCHA. — ¿Para qué quieres saberlo?

ISIDRO. — Eso es cuenta mía.

CONCHA. — No.

ISIDRO. — ¿Eh?...

CONCHA. — No. Eso a mí. Tú no tienes nada que ver con eso.

ISIDRO. — ¿No, verdad? Olvidas que soy tu hermano, que llevas mi nombre, que...

CONCHA. — Dejemos eso.

ISIDRO. — Sí, y que viva y que se pase a mi lado y me señale con el dedo: El hermano de la interfecta.

CONCHA. — No. Es demasiado cobarde para eso.

ISIDRO. — Peor para él. Yo sólo te pido que me digas quién es; nada más. Has manchado mi honor, me has cubierto de vergüenza; debería matarte, y ya lo ves, me conformo con hacerte una pregunta. Una nada más. Después... te prometo que no volveré a molestarte Piénsalo bien. Es lo único que te pido... *(Después de una pausa.)* — Habla.

CONCHA. — No Isidro, no me pidas eso; no pien-

ses en eso. Sería tu perdición y la de todos. No me perdonaría nunca que por mí...

ISIDRO. — No; si no es por tí. Tú has muerto. Eso se acabó. Es por mí. Es por mí que te lo exijo.

CONCHA. — ¿Con qué derecho?

ISIDRO. — Que con que...

CONCHA. — Sí, no te exaltes; hablemos con calma. Hay cosas que solo pueden preguntarse y solo deben responderse en nombre del amor. No al juez, sino al confesor; no al acusador, sino al hermano. Tú me hablas en nombre del odio ¿Qué podría responderte? ¿Justificarme a tus ojos? Si no me comprenderías. *(Echándose a llorar.)* — Si no me comprenderías.

ISIDRO. — Mira, Concha, seamos razonables; yo te prometo hacer todo lo posible porque esto se arregle. Yo hablaré con él, le pediré que repare su falta.

CONCHA. — Casándose conmigo.

ISIDRO. — Naturalmente.

CONCHA. — No pienses en eso. Ni accedería él, ni podría aceptarlo yo. No quieras saber más. Es mejor. Déjalo así.

ISIDRO. — ¿Qué quieres decir?

CONCHA. — Nada. No me preguntes más; deja. Yo tengo tomada ya mi resolución... Espera. Yo te prometo a mi vez... Pero deja que me marche.

ISIDRO. — No. Antes hablarás.

CONCHA. — Es inútil; ya lo sabes tú.

ISIDRO. — Mira, Concha; no me hagas perder el juicio; no me obligues a que...

CONCHA. — Habla bajo; cálmate. Por lo que más quieras en el mundo no me preguntes más.

No quieras saber más. Por la memoria de nuestra...

ISIDRO. — ¡Calla! No profanes. No me obligues a...

CONCHA. — ¡Dios mío! Déjame Isidro, te lo suplico. Déjame que me marche.

ISIDRO. — Antes hablarás, aunque...

CONCHA. — No puedo... No me lo pidas... No me obligues a decirte...

ISIDRO. — ¿Qué?

CONCHA. — Lo que no debes saber.

ISIDRO. — ¡Qué!... ¿qué quieres decir?

CONCHA. — Nada... déjame.

ISIDRO. — Contesta.

CONCHA. — No puedo.

ISIDRO. — ¡Concha!... ¡Por Dios!... No me hagas pensar... No, no. Contéstame... Dime que no es verdad lo que ha pasado por mi imaginación en este momento.

CONCHA. — Déjame.

ISIDRO. — Habla.

CONCHA. — ¡No puedo... no debo!...

ISIDRO. — ¡Maldita!... ¡maldita! *(La coge del cuello como para estrangularla. Concha, que ha tratado hasta ese momento que la escena se desarrolle en silencio, se deja caer de rodillas lanzando un grito desgarrador.)*

ESCENA XX

(Dichos y Luisa que entra por la puerta del pasillo y se abalanza sobre Isidro, tratando de separarle de Concha.)

LUISA. — ¡Isidro!... ¡Socorro!... ¡Ricardo!... ¡Papá!... *(A los gritos acuden todos. Escena de confusión. Ricardo se arroja sobre Isidro, sacudiéndole violentamente.)*

RICARDO. — ¿Qué es eso? ¡Suéltala! ¡Suéltala, te digo!

ISIDRO. — ¡A mí!

RICARDO. — *(Le empuja violentamente, consiguiendo apartarle.)* — ¡Suéltala!

AMELIA. — ¡Ricardo!...

RICARDO. — ¡Con qué derecho!... ¡Cobarde!...

ISIDRO. — ¿Yo?... ¡Te mato!

JOSÉ. — *(Tratando de interponerse entre los dos.)* — Hijo, ¿pero es posible?

ISIDRO. — *(Apartándole violentamente.)* — ¡Aparta... tú!... *(Concha, al verse libre de Isidro, se pone de pie; mira la escena como enloquecida por el espanto y va retrocediendo hasta la puerta del pasillo.)*

CONCHA. — ¡No... no... Dios mío!... *(Sale como iluminada por una repentina resolución. Luisa, que ha reparado en su actitud, se lanza tras ella.)*

LUISA. — ¡Concha! *(La escena rapidísima. Se oye una lucha entre las dos, luego un ruido sordo y un grito desgarrador de Luisa.)*

LUISA. — ¡Concha! *(Isidro y Ricardo que han quedado paralizados por el primer grito de Luisa, corren hacia el pasillo, seguidos de Frasquita.)*

RICARDO. — ¿Eh?

ISIDRO. — Se ha...

JOSÉ. — *(Avanza como un borracho hasta la mesa, luego, como sintiéndose sin fuerzas ya, se apoya sobre el respaldo de una silla.)* — ¡Hijita!... ¡Hijita!... ¡Hijita!... ¡Esto más!... *(Se deja caer sobre la silla, abrumado, sollozando.)* — Bueno, bueno, bueno, bueno.

TELON

EL CABALLO DEL COMISARIO

SAINETE EN UN ACTO DIVIDIDO EN TRES CUADROS.

Estrenado en Montevideo, en el Teatro Politeama, por la Compañía Vittone-Pomar, el 9 de marzo de 1915.

PERSONAJES

María Valentina
Obdulia
Vencedura
Misia Elvira
D. Gervasio
Puchini
Nemesio
Sauro
Marallón
Guillermo
D. Ciriaco
Sargento Laguna
Pardo Flores
Indalecio
Salustiano
Acompañamiento

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa el patio de una estancia. A la derecha gran rancho de palo a pique, a la izquierda el galpón y la cocina. Al foro se ve el camino.

ESCENA I

D. SAURO, *el* PARDO FLORES, SALUSTIANO, SARGENTO LAGUNA *e* INDALECIO *(soldado) toman mate sentados en rueda frente a la cocina.* VENCEDURA *prepara el amasijo para las tortas, bajo el galpón.*

VENCEDURA. — *(cantando.)*

Palomita voladora
que te vas al cementerio,
decile a mi amada muerta
que por ella desesperio.

FLORES. — *(A Sauro.)* No se aflija viejo, hágame caso a mí que soy baquiano y sé lo que son esos trotes. En la cárcel se está lindo!... se duerme, se come, se pita; hasta la ropa le dan a uno!... Yo, aquí, donde me ve, van con esta diez ocasiones que me catura la polecía. Y la de ahora es gorda, eh!... Homecidio y robo. Vainte años clavaus. Y ya me ve! Lo suyo no es nada. Total unos capones desgraciaos que le carnió al gringo ese... Ni la cola le hacen. A lo más cinco meses por abigeato simple.

LAGUNA. — Y además es compadre el comisario que no lo va a dejar en la estacada.

SAURO. — Vea; eso es lo que da más rabia. Que habrá pensau mi compadre! Ah, gringo!

VENCEDURA. — Son mala entraña estos bichos, no? Miren que perder a un hombre honrau por cinco disgraciaus capones...

LAGUNA. — Y... el hombre defiende lo suyo.

VENCEDURA. — Lo que ha robau decí mejor. Porque ese sí que ha robau, y no son cuentos.

FLORES. — Pero ha robau ese gringo, doña?

INDALECIO. — Y eso qué tiene que ver?

FLORES. — Nada. Hay dos layas de robos. La criolla, que es la del país, y la que inventó Sistófono que jué el primer gringo que pisó estos pagos. El criollo se hace cuatrero; el gringo pone un boliche.

LAGUNA. — Y vos che, tan aficionau como sos por qué no te hacés pulpero?

FLORES. — Mucho trabajo che.

ESCENA II

DICHOS *y* NEMESIO.

NEMESIO. — Cha que están bravas las moscas *(A Sauro.)* Qué dice viejo?

SAURO. — Ya lo ves muchacho; tratau como un creminal por causa e ese gringo bandido.

NEMESIO. — Y... amigo... de aquellos cueros han de salir estas guascas.

SAURO. — Qué dice mi compadre che?

NEMESIO. — Padrino está muy fiero con Vd.

SAURO. — No ve?... Por causa de ese trompeta!

Jué pucha!... Lo viá degollar de parau. Por la memoria e mis tatas te lo juro.

FLORES. — Y ese tostau cómo va? Qué tal resultó el apronte?

NEMESIO. — Lindo nomás. Se me hace que la ganamo.

SALUSTIANO. — Dios lo oiga. Pero vea que el bayito e'los Gutiérrez, no es de facilitar, dicen que tiene siete ochavos.

INDALECIO. — Aunque tuviera veinte. El tostau es del comesario y se acabó. No faltaba más. Pa qué estamo nosotros, entonces?

LAGUNA. — Quiere un amargo? Ha estar friazo?

NEMESIO. — Está gueno.

FLORES. — Y quién lo corre por fin?

NEMESIO. — El negro Sosa, nomás.

VENCEDURA. — No me gusta. Es medio falluto el negro.

LAGUNA. — Sí, y además es elemento que respuende a don Ciriaco. Si pudieramo convencerlo a don Gervasio.

NEMESIO. — De qué?

LAGUNA. — De que lo corriera éste. Este sí que es corredor.

SAURO. — Y derecho che; de los de lay.

NEMESIO. — Cualquiera lo habla a padrino de una cosa así.

ESCENA III

DICHOS *y* OBDULIA.

OBDULIA. — Ave María!

VENCEDURA. — La maistra!

OBDULIA. — Cómo te va Nemesito? Tanto tiempo!... Cómo te va!

NEMESIO. — Lindo nomás. Y a usté doña?

OBDULIA. — Ya lo ves. Vengo a llevármela a María Valentina para casa de los Gutiérrez. Se preparan por allá grandes fiestas celebrando la victoria del bayito.

NEMESIO. — Y por qué no la redota doña?

OBDULIA. — Quien sabe. Puede ser nomás pero se me hace difícil. Hay cosas... Y la otra carrera che?

NEMESIO. — Cuál?

OBDULIA. — La de... hacete el desentendido. Las ganará las dos Guillermito, che?

NEMESIO. — Si usté juese juez de raya... puede.

ESCENA IV

DICHOS *y* MARÍA VALENTINA.

MARÍA. — Obdulia!

OBDULIA. — Cómo te va picarona? No estás pronta todavía? Mira que ahora nomás cae Guillermito con el breque.

MARÍA. — Enseguida concluyo, vamos? Pasa nomás que no hay perros. *(Sale Obdulia.)*

NEMESIO. — Valentına.

MARÍA. — Qué hay, che?

NEMESIO. — Querés escucharme dos palabras?

MARÍA. — Si despachas pronto sí

NEMESIO. — Decime una cosa.

MARÍA. — Jesús, Nemesio, me das miedo!... No me apretés así que me lastimás el brazo.

NEMESIO. — Es cierto que vas a dir?

MARÍA. — A dónde?

NEMESIO. — Ahí, a casa de los Gutiérrez.

MARÍA. — Claro. Demasiado sabes que me esperan.

NEMESIO. — Escuchame bien entonces. Tengo que hacerte una albertencia.

MARÍA. — Pero qué te pasa? Estás loco?

NEMESIO. — Una albertencia nada más. Vos sabés Valentina todo lo que te quiero.

MARÍA. — Vos nunca...

NEMESIO. — Razón de más. Mi amor era de esos que por sabidos se callan. Pa que cantarlo con guitarra cuando uno lo tiene aquí? Vos lo sabías, no me digás que no. Todos... todos lo sabían.

MARÍA. — Mirá Nemesio, yo te aprecio como a un hermano, demasiau lo sabes, pero en estas cosas... Lo quiero a Guillermo pa que te lo voy a negar. Lo quiero con toda mi alma.

NEMESIO. — No, si no vamo a peliar por eso. Estás por él? Que sea en hora güena. Esa era la albertencia que te quería hacer.

MARÍA. — No te entiendo.

NEMESIO. — Mejor pa vos, entonces.

MARÍA. — Estás hablando e' despecho. *(Sale Obdulia.)*

OBDULIA. — Valentina!... Ah!...

MARÍA. — Sí, vamos. *(Entran las dos en el rancho. Nemesio muy contrariado se dirige al galpón.)*

LAGUNA. — No quiere otro amargo, don?

NEMESIO. — No, después. Voy a echarle una ojeadita al tostau.

ESCENA V

DICHOS, *luego* PUCHINI *y* MARALLÓN.

VENCEDURA. — Te fijaste cómo está, che? Parece un ánima en pena.

INDALECIO. — Pero será verdá che, que don Guillermo anda queriendo ladiarle el pingo?

LAGUNA. — Ansí parece nomás. Por ahura el que talla es él.

SAURO. — De ahí vendrá pues el querer ganarle la carrera.

VENCEDURA. — Mirá quien ha caído al baile.

LAGUNA. — Fijate el gringo!... Se trai un forastero a los tientos.

PUCHINI. — *(Dentro.)* Salute a la otoritá!

LAGUNA. — Dénse contra el suelo ahí nomás doñes. En la comesaría no hay naides.

PUCHINI. — Osté premere, che.

MARALLÓN. — Buenas tardes.

PUCHINI. — Salute a la otoritá. Cume te va sarquente? Cume estás indiosete?

VENCEDURA. — Che... Y los demás semos perros?

PUCHINI. — *(Por Sauro.)* Asegune caiga, che.

SAURO. — Ya te via dar asegún caiga, gringo sarnoso. Te voy a degollar de parau.

MARALLÓN. — Pido que se haga constar la amenaza.

SAURO. — Y a vos también.

LAGUNA. — Sugete el pícaro, don *(a Indalecio)* lleváte a los presos pal galpón, vos, y vos *(a*

Vencedura) avisale al comesario que aquí está ya don Puchini.

PUCHINI. — Cu lo procuratore Murachone.

MARALLÓN. — Eso es. Con el procurador Marallón.

VENCEDURA. — El cuervo y el carancho, como quien dice. Les tengo un odio a estos bichos... *(Mutis.)*

ESCENA VI

SARGENTO, PUCHINI, MARALLÓN. *Luego* MARÍA *y* OBDULIA.

PUCHINI. — Dónde lo pescaste, che?

LAGUNA. — En el rancho nomás. Los cueros estaban enterraus en la cocina.

MARALLÓN. — El cuerpo del delito.

PUCHINI. — Lo cuerpe? Lo cuere nada más, che... Lo cuerpe se lo hanno churrasqueate cueste sinverguenza. Cenque capone gorde, che.

LAGUNA. — El hambre es mala consejera, don...

MARALLÓN. — Lo cual no justifica y apenas si atenúa el delito ante la vara justiciera de la ley.

PUCHINI. — Indiosite ..

MARÍA. — *(Seguida de Obdulia.)* Buenas tardes. Dice tatita que ya viene.

PUCHINI. — Maríe Valendine, cume te va? Cada día ma bodine che... Ay cune! Qui será lo gabuche suertude que te ate lu mancarrone a lo palenque. Vení che, precuratore ca ta presente do mosa di esta qui cantano truco y te

gasen echare lu resto. Lo dotore Murachone. La premere fegure sochiale de la vechine pueble de la Cañada de lo buerre.

MARALLÓN. — Es favor.

PUCHINI. — La higue de lo cumesarie ma compatre, y la maestre de la escoele... la persone ma destenguida y ma enteliquente de lo contorne.

OBDULIA. — Por Dios, don Puchini! Usted me confunde!... Tanto gusto señor.

MARALLÓN. — Tanto honor!

OBDULIA. — El honor es para nosotras. Poder estrechar la mano de una persona tan distinguida.

MARÍA. — *(A Laguna.)* Y el viejo Sauro?

LAGUNA. — Está en el galpón.

MARÍA. — Pobre viejo. Diga usted. No le da pena perder a un hombre honrao con cinco hijos como tiene?

PUCHINI. — E... cenque hique... cenque hique... Cenque estabano tambiene lo capone ca me hanno churrasqueato.

MARALLÓN. — Abigeato con premeditación señorita, que el Código Penal, artículo 26, inciso B, castiga con la pena de seis a dieciocho mes de prisión. Eso es.

PUCHINI. — Hay viste? Tiene lo codigue a la ponta de lo dede.

MARÍA. — En fin; ustedes verán lo que hacen. Ahí está tatita. Con permiso, no? *(Mutis a la casa, con Obdulia.)*

ESCENA VII

PUCHINI, MARALLÓN *y* D. GERVASIO *que sale y se sienta en el patio.*

GERVASIO. — Alléguese nomás don Puchini.

PUCHINI. — Doñe Guenbasie! Cume dice que le va diende... Yo ma he tomate la libertá de traere conmigue lo procuradore Murachone, sabe?

MARALLÓN. — Juan Domínguez de Marallón. *(Extendiendo la mano.)*

GERVASIO. — *(Se hace el desentendido.)* A usté también le ha robau algún capón el viejo Sauro?

MARALLÓN. — No señor, no; yo vengo en ejercicio de mi profesión, asistiendo en su demanda a mi nuevo cliente de asuntos judiciales...

GERVASIO. — Ah! Ta güeno. Puede tomar asiento por ay... Tengo que hablar dos palabras con don Puchini.

MARALLÓN. — Sí, al respeto de...

GERVASIO. — *(Descartándolo.)* Disculpe, no? Lo he citao don Puchini...

MARALLÓN. — A raíz de la detención del presunto autor del abigeato...

GERVASIO. — *(Fulminándolo con una mirada, continúa hablando a Puchini)*... pa decirle que el viejo Sauro ha sido detenido asigún su pedido, no?

MARALLÓN. — Con motivo de la sustracción de cinco capones, sustracción comprobada por el hallazgo de los cueros.

GERVASIO. — *(El juego anterior, marcando cada vez más la indignación.)* El viejo Sauro, sabe? es un antiguo vecino de este pago Siempre ha sido honrau y trabajador. Además es un viejo servidor del partido, lleno de sacrificios por la causa. El pobre hombre se ha visto obligau a hacer lo que hizo, acosao por la necesidá...

MARALLÓN. — Lo cual atenúa el delito, pero no le exime de la pena que para el caso establece el Código Penal...

GERVASIO. — Vea don... Estoy hablando yo.

MARALLÓN. — Permítame que le haga notar que el Código de Procedimientos...

GERVASIO. — Vea ca...nejo. Yo soy gaucho bruto, chapeau a la antigua nomás. No entiendo nada de códigos ni Dios permita que tenga que entenderme nunca con ningún pillo de procurador.

MARALLÓN. — Comprendido señor... Adiosito. *(Haciendo mutis.)*
(Vencedura salió con el mate y presenció la escena.)

VENCEDURA. — Viejo lindo! Tomá pal código! Choque esos cinco!

GERVASIO. — Lo que? Y a vos quién te ha dao vela. Tocá pa la cocina. Ya! Entregale el mate a la niña, nomás! *(Vencedura hace mutis al rancho.)*

PUCHINI. — Que tormente que se viene encime...

ESCENA VIII

DON GERVASIO, PUCHINI. *Luego* MARÍA VALENTINA. *Esta salió con* VENCEDURA *y hace mutis al galpón.*

GERVASIO — Ahora escúcheme bien, don. El viejo Sauro, ha cometido un robo; usté lo ha denunciau y el comesario don Gervasio Antúnez lo ha mandau detener cumpliendo con su deber de funcionario.

PUCHINI. — Recte!

GERVASIO. — Mesmo. Y cumpliendo con su deber de funcionario reto, está dispuesto a pasarlo a Juez si usté lo pide.

PUCHINI. — E. se yo le pide... Natoralmente ca lo pido Me hane carneade cenque capone de lo ma gorde.

MARÍA. — *(Que viene del galpón con el mate.)* Acosao por el hambre el pobre viejo!...

PUCHINI. — Per el hambre... yo comprende que ha site per la diquestione que me hano carneate lo capone. Pero se vamo a merare todo... la Leye é la leye. E la leye mandano que a lo ladrone lo porteno inta la carcere.

GERVASIO. — Esato. Pero la concencia dice tamién que al que ha sido honrau toda la vida y a robau una vez acosau por la necesidá, no se le puede tratar como a un cuatrero cualquiera.

PUCHINI. — Tode lo ladrone hane site honrade ante de venir ladrone. E la lege...

GERVASIO. — Ta bien, ni una palabra más. Usté quiere que se cumpla la ley. No es eso?

PUCHINI. — Custe.

GERVASIO. — Ta bien; pierda cuidau; puede dir tranquilo nomás. Se cumplirá la ley.

MARÍA. — Oiga tatita... Don Puchini tal vez sepa pa onde rumbearon unas carretas que vio anoche Nemesito vandiando el paso...

PUCHINI. — Une carrete, che.

MARÍA. — Ocho contó Nemesito.

GERVASIO. — Ya le tengo dicho mijita que no quiero que meta baza en mis asuntos. Naides le ha preguntao nada...

PUCHINI. — Oche carrete... Oche carrete...

GERVASIO. — A la cuenta algún contrabando de quien sabe qué pulpero de los alrededores. Ya le he encargau al Sargento que me averigüe la cosa. Nada más don Puchini Perdone que lo haya molestau. Puede dir tranquilo nomás.

PUCHINI. — Este... La bolsa de lo azucaro e lo café e lo tabaque ca la mandé lo otre día... erano... regale, sabe?

GERVASIO. — Gracias. Pero no tenía necesida de haberse molestau.

PUCHINI. — Qui habla de molestia antre nosotre hombre amigue e correligionarie vieque cume some...

GERVASIO. — Dejuro. Como de amigo lo aceto... Como presente del amigo... al amigo, no?

PUCHINI. — Custe... A lo amique... comesario.

GERVASIO. — Vea, don, entonces no. Porque sabe? hoy o mañana pudiera acontecer que el comesario se viera obligau por cualquier circunstancia a meter en las guascas al pulpero.

PUCHINI. — Ja... ja... ja!... Que done Guen-

basie este... Sempre chunchone. E sería capase, che?

GERVASIO. — Claro que sería capaz. No lo he mandao trair al viejo Sauro, amigos y compadres como semos.

PUCHINI. — Compadres, che? No me diga!

GERVASIO. — Compadre y todo, mañana mesmo rumbea pal pueblo atravesau sobre el mancarrón como un cuatrero cualquiera.

PUCHINI. — Atravesate sobre lo cabaye... No me digue... Pobre vieque! Cencuente añe de honrades e con tode lo sacrificio que hano hache per lo partite. Sería un crímene, che. Per cenque desgraciate capone flaque que no valíano nada...

MARÍA. — Lo perdona?

PUCHINI. — Yo?... Pero como no lo va a perdonar a lo compadre de me amique... Lo perdono e lo recontra perdono... Avesá se te hace creite que lo gringue teneme corazone e perro.

MARÍA. — *(Con alegría haciendo mutis al galpón.)* Ya me parecía a mí!

PUCHINI. — Amique Guenbasie, lo diche, diche e lo mancarrone a la poerta. Quedame... en que aquí no ha pasate nada.

GERVASIO. — No, aquí no. Donde pasaron las carretas jué por la picada, con rumbo a la pulpería.

PUCHINI. — Ma qui habla de la carrete ahora, che... En víspera de la carrere de lo so cabache, e con las elecciones que se nos veneno encima. Ya sabe que lo cenque peone que yo

tengue, votano cume uno solo per osté... Estame?

GERVASIO. — En que...

PUCHINI. — En que aquí no ha pasate nada

GERVASIO. — Y la ley?

PUCHINI. — Macane che! Estame?

GERVASIO. — Gueno... por esta vez... que se geringue la lay.

PUCHINI. — Indiesite, gabuche vieque! Hasta mañana, sí? E que gane lo tostau. *(Mutis apresurado.)*

ESCENA IX

GERVASIO, SARGENTO, MARÍA VALENTINA *y* SAURO.

GERVASIO. — Sargento!

LAGUNA. — Ordene!!

GERVASIO. — Vaya y dígale a mi compadre que puede dirse nomás.

MARÍA. — Ya se lo dije yo. Si viera cómo se puso! Está llorando de contento. *(Sauro se va acercando muy confundido.)* Le digo que se allegue, tatita, eh? sí?

GERVASIO. — *(Haciendo que no le ve.)* Lo que? No quiero ni verlo Que ni se presiente ante mi vista. Y que tenga mucho ojo, porque siempre no va a estar aquí el compadre pa sacarlo por el cabresto. Decíselo así, nomás. Que se vaya en hora güena. *(El viejo Sauro hace mutis, avergonzado, Don Gervasio que ha permanecido de espaldas, cuando calcula que hizo mutis, hace una trasición.)* Ya se jué? Pobre viejo! *(Al Sargento que cuadrado espera ór-*

denes.) Allégate nomás. Destrebuiste ya el personal a tus órdenes. *(María Valentina sigue con la vista al viejo Sauro y haciendo un gesto como el que no entiende lo que pasa, entra en el rancho.)*

LAGUNA. — Eso quería preguntarle. El pardo Encarnación, marchó esta mañana pa la pulpería asigún ordenó usté. No? El indio Indalecio está ay.

GERVASIO. — Gueno que salga mañana a primera hora pa reforzar al pardo. Vos irás con nosotros dispúes. Pa escolta.

LAGUNA. — Y en la comesaría no queda naide?

GERVASIO. — Los presos. El pardo Flores que es el de más confianza, puede encargarse de vigilar al otro

ESCENA X

DICHOS *y* NEMESIO *que salió poco antes.*

NEMESIO. — Es que yo había pensao padrino...

GERVASIO. — Qué es lo que habías pensao vos?

NEMESIO. — Llevármelo al pardo Flores pa que corriera al tostau.

GERVASIO. — Estás loco? Y si se llega a saber en el pueblo dispués?

LAGUNA. — Quién lo va a dir a contar?

GERVASIO. — No, no, no, che, che! No me metás en cuestiones. El pardo Flores está encausau por homecidio. Ya debía estar en el pueblo a desposeción del juez... No, no, no, che, che. Que lo corra el negro Sosa, nomás.

LAGUNA. — Vea... es una pena. Tratándose de una carrera tan comprometida...

GERVASIO. — Vos tamien crees que...

LAGUNA. — Quién sabe! Yo lo que digo es una cosa, al ñudo no han tenido ellos tanto empeño en concertar esta carrera. El negro Sosa no es ni medio de confianza. Es la gente e' don Ciriaco.

GERVASIO. — Pero vos crees che, que se atrevan a?...

LAGUNA. — Es tan fácil... Todo depende de la largada.

GERVASIO. — Jué pucha... Ni me lo digás... Sería como pa degollarlo ay mesmo. No, no. Mi compadre Ciriaco...

NEMESIO. — Lo que? Por darle en la trompa a usté capaz de cualquier cosa. Y si no acuérdese e' las elecciones.

GERVASIO. — Te acordás? Viejo sonso, no? Ansina fue el revolcón. Chá que le embromamos lindo. Si es al ñudo, che. A tener plata me ganará pero lo que es a gaucho...

NEMESIO. — Lo malo sería que en esta ocasión se saliera con la de él.

GERVASIO. — Con la del? Si se mama viejo loco. Llevátelo al pardo Flores, nomás. Al otro me le encajás el kepí'e la baja y te lo llevas contigo pa reforzar al personal. Así estará más vigilau.

LAGUNA. — Está bien. Con permiso. *(Mutis.)*

ESCENA XI

DICHOS, CIRIACO, VALENTINA *y* OBDULIA.

GERVASIO. — Andá nomás. Ja, ja, ja! La cara que va a poner mi compadre cuando vea que le hemos chingao el golpe. Viejo sonso, no? Quererme boliar a mí!

CIRIACO. — *(Desde fuera.)* Dónde está ese viejo loco?

GERVASIO. — Venga p'acá, viejo sonso. Ya sé que anduviste por ay echando balacas al ñudo.

CIRIACO. — Dónde anda mi ahijada, che?

GERVASIO. — Tá dentro con la maistra. Conque doble contra sencillo, no? No te esperás la peladura e frente. Va a ser pior que aquella otra. Te acordás?

CIRIACO. — Vaya una gracia! Haciendo votar dejuntos, cualquier sonso gana una elección.

GERVASIO. — Si no te digo que no. Pero pa ganarle una carrera al tostau de Don Gervasio no basta con que se tire los pesos cualquier abombau.

CIRIACO. — Como tu aguelo.

GERVASIO. — Como el disgraciau de mi compadre iba a decir.

MARÍA. — Padrinito! *(Apareciendo.)*

CIRIACO. — Vení pa ca'diablo lindo. De qué te reís tanto?

MARÍA. — De las cosas de ésta. Está loca de atar. Me ha hecho reir...

CIRIACO. — Las picardías que hablarán!

OBDULIA. — Ave María, don Ciriaco! Usté siempre malicioso.

CIRIACO. — Es que también uno jué moso, doña.

GERVASIO. — Claro No porque lo vea a mi compadre hecho un cascajo...

CIRIACO. — Cascajo vos, que hasta tembleque te has puesto Yo entoavía conservo algunos pelos negros... y las posturas.

GERVASIO. — Eso sí. Pa echar balacas al ñudo...

CIRIACO. — Balacas? Ya lo veremos mañana.

GERVASIO. — *(A Nemesio.)* Qué te parece a vos, che? Se la ganamos sí o no?

NEMESIO. — *(Con intención por Valentina.)* La de mañana se me hace que sí.

CIRIACO. — La de mañana?... Han apalabreau alguna otra?

NEMESIO. — Es un decir, nada más.

GERVASIO. — Un decir... Qué misterios son ésos, che? Ya sabe amiguito que no quiero cuestiones por causa e las carreras. Hace tiempo que lo noto medio refriau con Guillermito. Qué le pasa? Han tenido algo?

NEMESIO. — Nada. No es cierto, vos?

MARÍA. — Yo no sé, pero se me hace que no. Por qué iban a tener nada?

GERVASIO. — Andá a saber.

CIRIACO. — Míralo al hombre. Ahí lo tenés.

ESCENA XII

DICHOS *y* GUILLERMO.

GUILLERMO. — Buenas tardes gente. Vamos andando!

GERVASIO. — Caes a punto. Estabamo hablando e vos. *(A Nemesio que intenta salir.)* Vení pa ca vos. No le saques el cuerpo a la geringa.

GUILLERMO. — Pero qué pasa?

NEMESIO. — Nada. Que a padrino se le ha metido en el mate que nosotros andamo disgustaus por causa e las carreras.

GUILLERMO. — Que ocurrencia.

GERVASIO. — No, como yo sé que vos sos medio balaqueador, que en eso salís al gaviota de tu padre...

GUILLERMO. — Porque digo que le vamo a ganar al tostau? Le advierto que es la opinión de todo el mundo.

GERVASIO. — Lo ves? Y por qué van a ganar, vamo a ver?

CIRIACO. — Porque entre un flete y un burro...

GERVASIO. — Ya salió el viejo gaviota acordándose e su agüelo.

CIRIACO. — Del tuyo che viejo loco.

GUILLERMO. — Y eso? Van a peliar ahura?

CIRIACO. — Te juego cien contra uno a las patas del bayo.

GERVASIO. — El freir será el reir.

CIRIACO. — Y no ha de faltar quien cante.

VENCEDURA. — *(En la cocina.)* Palomita voladora
que te vas pal cementerio

GERVASIO. — Ay juna! Ya no hay carreras. Mañana tenemos lluvia. Querés callarte, chicharra!

VENCEDURA. — Jesús! Ni cantar se puede.

GUILLERMO. — *(Invitando a marchar.)* Bueno...

GERVASIO. — Ya se van a dir!

GUILLERMO. — Es mejor aprovechar antes que se haga más noche.

MARÍA. — Bueno, tatita. Hasta mañana, sí?

OBDULIA. — Hasta mañana Don Gervasio.

MARÍA. — Hasta mañana, Nemesio. Estás enojau?

NEMESIO. — Yo? Por que via estar enojau. Hasta mañana pues... *(Van haciendo mutis. Gran animación en la despedida, risas, adiós, etc. Nemesio vuelve hasta el primer término y se deja caer sobre una silla, mientras suenan los últimos adiós de despedida. Breve pausa. D. Gervasio sigue despidiendo con la mano y avanza observando muy preocupado la actitud de Nemesio, luego se acerca a él y golpeándole el hombro cariñosamente, dice.)*

GERVASIO. — Con que un decir, no? Conque esa había sido la otra carrera?

NEMESIO. — Perdida antes de largar, padrino. Perdida antes de largar!

GERVASIO. — Y por qué ha de ser perdida? Te ha dicho que está por él?

NEMESIO. — Ah! Pero, usté no?...

GERVASIO. — Yo? Crestiano sonso. Si sos mi flete e confianza.

NEMESIO. — Padrino!

VENCEDURA. — *(Que ha observado la escena, avanza atropelladamente y abraza a D. Gervasio.)* Viejo lindo! Así me gusta compadre... Aura... aunque me mande al cepo...

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Una picada en el monte

ESCENA I

LAGUNA, INDALECIO, FLORES *y* SALUSTIANO *con kepí de milico.*

SALUSTIANO. — Pero quién lo había e decir, no?

FLORES. — Es como luz el bayito.

INDALECIO. — La culpa la tiene el comesario. Había e ser yo Don Gervasio. Cha que me la iban a ganar!

LAGUNA. — A vos como al más pintao. Los de ahura son otros tiempos, che. El caballo é el comesario ya no gana las carreras.

INDALECIO. — De sonso que es don Gervasio. Había e ser yo comesario. Elesiones y carreras había e ganarlas yo.

LAGUNA. — Güeno, güeno, che. No te sintás comesario. Vas a pasar un mal rato.

FLORES. — Pior que el mío no ha de ser. Jué pucha, cuando lo vide a Don Gervasio enderezar pal mancarrón con el cuchillo en la mano y echando chispas por los ojos, me dentró el diablo en el cuerpo.

SALUSTIANO. — Si soy yo, le cierro piernas. Ocasión más linda pa juir.

FLORES. — No vale la pena! Total, pa qué? Pa andar a monte a lo loco igual que perro sin

dueño? Mucho trabajo, che. La vida el preso es más linda.

LAGUNA. — Asegún como se mire, che, no? La libertad vale mucho.

FLORES. — Pa lo que sirve al pobre.

LAGUNA. — En el fondo puede que tengas razón nomás. Entre ser pion y estar preso...

SALUSTIANO. — Yo me quedo con ser pion. Ah, sí... Toda la vida.

FLORES. — De sonso nomás. En la cárcel se está lindo, che.

INDALECIO. — Si lo sabrá mi hijo Ustaquio.

FLORES. — Por lo mismo que lo sé. Lo que soy yo no me juyo ni que me paguen encima En la cárcel se está lindo, che. Se duerme, se come, se pita... Hasta la ropa te dan.

ESCENA II

DICHOS *y* SAURO.

LAGUNA. — Bajesé. Dése contra el suelo pues. Que peludo trae el viejo.

SAURO. — No me lo han visto al gringo? Lo ando buscando dende hoy.

SALUSTIANO. — Pa robarle otros capones, don?

SAURO. — Esas son cuentas mías, che. No ha vandiau entuavía?

INDALECIO. — Entuavía no, que yo sepa.

SAURO. — Lindo entonce. Lo esperaremo. Lástima e carrera, no? Me han dicho que ganó el bayo. Claro... Caballo gringo. Claro... No hay carrera con los gringos, che. El tostau era

criollo y comió cola. Bien hecho! Quién le mandó ser criollo. Hubiera nacido gringo.

FLORES. — Que tararira compadre. Esta jué pescada a caña.

SAURO. — Con caña la pesqué. Pa que te lo viá a negar. La pesqué con caña. Te importa algo a vos? Querés peliar? Borracho y todo nomás.

SALUSTIANO. — Ay juna! Míralo al viejo. Ni con los calzones puede y quiere hacer de Moraira... Pero es viejo disgraciau...

LAGUNA. — Y pa dónde rumbea ahora?

SAURO. — Pa aquí nomás No se aflija don. Me quedo por aquí. Vaya tranquilo nomás. Van pa la fiesta e Don Ciriaco, no? Linda fiesta. Hasta bailes gringos hay. Lástima que yo no pueda dir. Tengo que hacer en este lau. Una cuenta que tengo que arreglar con don Puchini. Por la memoria e mis tatas lo he jurao.

LAGUNA. — Echese sobre el pasto, viejo, hágase un sueñito largo. Eso le va a sentar bien.

FLORES. — Pero que tararira... Y ésta es de andar entre el barro. Cuidau al vandiar el paso, viejo, ja, ja, ja. *(Hacen mutis todos menos Sauro.)*

ESCENA III

SAURO *y* PUCHINI.

PUCHINI. — Estate quiete... quietite. No me sea bellaque.

SAURO. — Bienvenido don Puchini. Dende hoy le estaba esperando.

PUCHINI. — Me pera que hace tomate la molestia, che. Lo pasato pesoteato, che.

SAURO. — Vea, don, eso pa algunos, no? Pa mí no. Usté me tiró a matar, usté me buscó la güelta y si no hubiera sido por mi compadre, me pudre en la cárcel a mis años.

PUCHINI. — Ma tode esto quiere decire antonce que osté no viene per agradecerme lo servicie que yo le he hecho?

SAURO. — No, don gringo, no. Perdone el arrempujón, pero no es pa eso que le ando buscando. Vea, se lo viá explicar. No crea que estoy mamerto. Es la satisfacción de encontrarme solito con usté... já, ja, ja. De hombre a hombre. Suponiendo que sean hombres los napoliones, no?

PUCHINI. — Ma que quiere decire, osté?

SAURO. — Quiero decir que cuando usté me denunció por el negocio e los capones, juré por la memoria e mis tatas que había e comerme sus chinchulines, gringo sucio.

PUCHINI. — Comere ma chinchu... Ma entonce quiere decire que yo te perdono lo gapone, anterpongue ma enfluencie personale e politique culo comesario para que no te revienteno come a une chinche, ma porte contigue come une cabayere e osté quiere comere los chinchuline per incima.

SAURO. — Ansina es. Vea lo que son las cosas, no? Dende hoy a las cuatro que ando campeándole pa eso.

PUCHINI. — Mere, mere, vieque. Osté ha pillate cinque o sei quinebra per encima de la medida e osté está borrache come une chive.

SAURO. — Lo que? Yo te viá a dar chivo! Pará este envión gringo loco.

PUCHINI. — No cuegue che. No sea barbere. Ma va a pegare devere.
SAURO. — Mirá gringo; no me calentés más la sangre. Sé hombre una vez por todas y ya que vas a morir, porque de eso no te libra ni el mismo tata Dios en persona, ahórrame el cargo e concencia de haberte degollau como a un carnero. Olvídate de que sos gringo y peliá como hombre.
PUCHINI. — Ma este é una aniquidá Yo no tengue gana de matarlo a osté. Osté no me ha heche nada para que yo te mande para el otro munde.
SAURO. — No te aflijas por eso. Si el que va a dir pa el otro mundo vas a ser vos Ya sabés que lo he jurao por la memoria e mis tatas. Pelá de una vez, mulita. Pelá o te mato sin asco.
PUCHINI. — Maldite sea lo tate!

ESCENA IV

DICHOS, CIRIACO, OBDULIA *y* MARALLÓN.

CIRIACO. — Y esos gritos? Y eso, dones?
PUCHINI. — No sa me pongue delante porque no responde de mí.
OBDULIA. — Ay Jesús! Pero qué pasa?
SAURO. — Nada doña. Bromeando con don Puchini. Quiere que le enseñe unos tajos. Aura verá. Creías que te ibas a dir así?
CIRIACO. — Qué es eso don; no ve que estoy aquí yo? Qué va a hacer?
SAURO. — A degollarlo e parau nomás, sin faltarle al respeto a los presentes.

CIRIACO. — A de... guarde ese cuchillo. Guarde ese cuchillo le he dicho.

SAURO. — Ya te he de agarrar cortau. Por la memoria e mis tatas te lo tengo jurao, gringo. *(Mutis.)*

ESCENA V

DICHOS *menos* SAURO. *Luego* M VALENTINA *y* GUILLERMO.

PUCHINI. — Hay viste una cose iguale?

CIRIACO. — Quería peliarlo a la juerza?

PUCHINI. — Ha viste? Une desgraciate vieque de estes, empeñate en hacere salire a une de lo so casiche. Qui pelee con une desgraciate de este?

CIRIACO. — Qué dice don Marallón?

MARALLÓN. — Pescando tararıras, amigazo.

CIRIACO. — Tenga cuidao Mire que muerde ese bicho.

OBDULIA. — Qué tal? qué tal? No podrá quejarse de su triunfo!

MARALLÓN. — Estaba descontado de antemano. Cómo iba a perder el bayo!

CIRIACO. — Claro está pues. Tenía que ganar en fija. Solamente a mi compadre Gervasio, con lo mate duro que es, pudo ocurrírsele otra cosa Viejo loco, no? Se le ha metido en la cabeza hacerme a un lao y en todas partes se me cruza con el mancarrón.

MARALLÓN. — Pero lo que es esta vez!...

PUCHINI. — Lo reventame per combadre!

CIRIACO. — Oiganle a los dos pichones. Apéense pues.

MARÍA. — Padrinito!

PUCHINI. — Mará... mará .. mará... Pare cuando sone lo dulce, che. A este pase vamo a tenere lo casorio amontonate.

MARALLÓN. — De uno por lo menos... sospecho que será usté el padrino.

OBDULIA. — Ay sí? Están muy verdes todavía.

PUCHINI. — No habrá peligre de que voelva lo gabuche?... Ostede van per allá, no es? E buene. Vame cunte.

MARÍA. — Tatita no apareció entoavía?

CIRIACO. — Ja, ja, ja, viejo loco. Anda con un entripau...

MARÍA. — Es que usté también padrino...

CIRIACO. — Ah sí? Yo también no? Y cuando él me las hace a mí? Que venga por otra ahora!

GUILLERMO. — No quiere venirse en el breque?

CIRIACO. — No, mijos, no. No me gusta el asao de paleta. Yo tamién jui joven, che. Hasta lueguito nomás. Hasta lueguito Vencedura. Cuidármelos bien. *(Mutis.)*

VENCEDURA. — *(Desde fuera.)* Pierda cuidau, don.

GUILLERMO. — Bueno, te decidís, sí o no?

MARÍA. — Por qué me pedís eso Guillermo?

GUILLERMO. — Pero si es una tontería. Pa hacerlo rabiar a ese y nada más.

MARÍA. — Pa hacerlo rabiar.

GUILLERMO. — Y pa saber si me querés. Pero ya estoy viendo que no.

MARÍA. — Te quiero, sí, Guillermo; demasiado lo sabés. Te quiero con toda mi alma. Pero no me pidás eso. Sería matarlo de pena al pobre tata.

GUILLERMO. — Dejate e inventar escusas. Decí que no me querés. Si me quisieras te vendrías conmigo.

MARÍA. — Y después...

GUILLERMO. — Nos casábamos y ya está. Pero vos no me querés.

MARÍA. — Por qué me hablás así.

GUILLERMO. — Sos más porfiada. Siempre querés salirte con la tuya. Si me quisieras como decís... Pero no... que vás a querer vos. Sos incapaz de querer a nadie.

MARÍA. — Malo... Por qué me decís eso?

VENCEDURA. — Muchachos!

GUILLERMO. — No es verdad, no?

MARÍA. — Salí...

VENCEDURA. — Muchachos!

GUILLERMO. — Ya está gritando la lechuza esa. Gueno. Vas a venir?

MARÍA. — Sí, pero después... ya sabés lo que me prometiste.

GUILLERMO. — Perdé cuidau.

ESCENA VI

DICHOS, VENCEDURA *y* NEMESIO.

VENCEDURA. — *(Fuera.)* Muchachos! Pero dónde diablos se habrán metido estos diablos?... Y usté, qué hace ahí?

NEMESIO. — Nada. Rumbo a las casas nomás. Me bajé p'hacer un alto.

VENCEDURA. — No me ha vido por ahí a los muchachos.

GUILLERMO. — Aquí estamo pues. No hemo juido entuavía. *(Por Nemesio.)*
VENCEDURA. — Creía que se los había tragau mandinga. *(Reparando en Nemesio.)* Pero qué le pasa a usté?
NEMESIO. — A mí? Qué me va a pasar?
VENCEDURA. — Tiene una cara e dejunto!
NEMESIO. — *(Desafiando a Guillermo.)* Te parece a vos, che?
GUILLERMO. — No es pa tanto, después de todo. El perder una carrera...
NEMESIO. — No quita la esperanza de ganar la otra, mesmo.
VENCEDURA. — Y la otra che, se correrá?
NEMESIO. — A mí se me hace que sí... Y a vos, che? No te sentís con juerza?
MARÍA. — *(Interponiéndose.)* Vamos.
GUILLERMO. — Pa todas las que querás.
NEMESIO. — Entonces carrera hecha.
GUILLERMO. — Pa cuándo, che?
NEMESIO. — Vos lo dirás.
GUILLERMO. — Pa pronto entonce. Y se juega?...
NEMESIO. — El cuero hermano Guillermo...
GUILLERMO. — Pucha que te apuntas juerte!
NEMESIO. — Como seguro e ganar!
VENCEDURA. — Y ahora vamo a tener truco y retruco hasta la noche. Cristianos sonsos... habiendo flor!...
GUILLERMO. — De la flor se trata, doña.
NEMESIO. — De la flor mesmo... y del resto!

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

La casa de Don Ciriaco. Al foro casa de material bien construida, con una puerta y dos grandes ventanas abiertas sobre la escena Una gran glorieta sobre el frente de la casa. A la izquierda primer término, especie de galpón donde ha hecho fogón la peonada y algunos viejos que no bailan. Se alza el telón sobre las últimas figuras de un shating que las parejas bailan dentro de la casa y bajo la glorieta.

ESCENA I

FLORES, LAGUNA, INDALECIO, SALUSTIANO, VENCEDURA *y demás peones, luego* PUCHINI.

FLORES. — Vea si no es una vergüenza. Cruzando las patas como las cigüeñas habiendo entre los criollos bailes tan lindos! Si todo está lo mesmo; ¡una perra!

VENCEDURA. — Ni mazamorra han hecho. Dónde se ha visto? Y en lugar de licor de rosa, a que no saben lo que dan? Helau.

LAGUNA. — Y eso qué es?

VENCEDURA. — Escarcha con azúcar. Es güeno pero te hace doler los dientes.

INDALECIO. — Esos han de ser inventos e la maistra. Como si lo viera.

VENCEDURA. — Igual que el vino e los esámenes; te acordás?

FLORES. — Le empinaron gordo, che.

VENCEDURA. — Sí, como pa empinar. Parecía cosa del diablo, che. Al ir a destaparlo sonaba

como un trabucazo y hacía saltar el tapón hasta la mesma cumbrera. Después se redamaba todo.

SALUSTIANO. — Y era rico?

VENCEDURA. — A que no sabés a qué tenía gusto? A pie dormido che. Pa mí que era cosa e brujas.

FLORES. — Cha que habías sido baguala.

PUCHINI. — Ese se chame vine de barbere.

FLORES. — Otro! Barbere para uno. Champán le dicen en cristiano. Lo que es no haber visto pueblo.

VENCEDURA. — Sí; pa dir como juiste. Mucho champán te habrán dau.

FLORES. — Pero lo vide tomar, che.

ESCENA II

DICHOS *y* NEMESIO.

LAGUNA. — Usté no baila, don?

NEMESIO. — No entiendo las gueltas esas.

VENCEDURA. — Yo tampoco. A mí que me dean un gato. A la que te criaste y nada más. *(Nemesio avanza hasta el medio del patio, mira por las ventanas hasta ver la pareja y sale por la derecha.)*

ESCENA III

DICHOS, GERVASIO *y* CIRIACO.

LAGUNA. — *(Al ver a D. Gervasio.)* A la orden!

INDALECIO. — *(Al ver a D. Gervasio.)* A la orden!

GERVASIO. — Están bien... están bien... No hay ningún mamau entuavía?

VENCEDURA. — La que está media... es la maistra! Ahí anda con el procurador.

GERVASIO. — A vos naide te pregunta. No me lo han visto a Nemesio?

LAGUNA. — Reciencito. Tomó como pa la enramada.

GERVASIO. — Güeno, mirá sin que él te vea.

CIRIACO. — Y qué tal viejo, qué tal? Se te pasó el entripau? Ja, ja, ja. El caballo é el comesario... Bonito papel han hecho comesario y mancarrón. Tomá, dale un beso juerte pa festejar la redota. Y no pensés más en eso.

GERVASIO. — No... Si creerás cuando menos que te la viá dejar así, que te la llevés de arriba; qué poco me conocés!

CIRIACO. — Querés la revancha entonces? Pa cuándo? Vamo a ver. Porque tenés que hacerte de otro flete. Si no lo hubieras degollau al tostau.

GERVASIO. — Vos sabés si no tengo otro?

CIRIACO. — Viejo trompeta. Tenemo que hablar largazo.

GERVASIO. — Sí, ya vide. Ta güeno. Conque... ta güeno, ta güeno.

CIRIACO. — Ja, ja, ja. Pero estás animal hoy. Ja, ja, ja! Lo que hace un mancarrón lerdo. El caballo e el comesario. Bonito papelón. *(Mutis.)*

ESCENA IV

Dichos, *luego el viejo* Sauro.

Gervasio. — Qué hace por acá éste?

Sauro. — *(Saliendo.)* Nada, compadre. Se lo viá decir al oido. Campeándolo al napolión. Un capricho que se me ha metido en el mate, no? Quiero tener el gusto de degollarlo de parau.

Gervasio. — Ya anda mamau como un chivo. Vaya a dormir la mona, compadre; enseguida. No quiero verlo por acá.

Sauro. — Pero si es nada más que un capricho... Dos puñaladitas disgraciadas Ni daño que le van a hacer.

Gervasio. — Qué está hablando!

Sauro. — Vea compadre. Lo he jurao por la memoria e mis tatas. No me haga quedar mal... Son dos puñaladitas nada más. Una cosa e nada.

Gervasio. — Sargento!

Laguna. — Ordene!

Gervasio. — Tocámelo pa juera al mamau este.

Sauro. — Pero vea compadre. Lo he jurao por la memoria e mis tatas...

Puchini. — Adio! Ya está aquí cueste bergante. Musoline, co la memoria de la sinvergüence de so tata.

Sauro. — Lo vé? Ahí lo tiene. Déjemelo, compadre. Dos puñaladitas nada más...

Puchini. — No sa m'acerque!

Gervasio. — Tocámelo pa juera, ya. Y como me

lo veas aparecer me lo metes de cabeza en el cepo de lazo. *(Mutis.)*

SAURO. — *(Haciendo mutis con Laguna.)* Es una injusticia, compadre. Total, una cosa e nada. El último gustito pa'este pobre viejo Dos puñaladitas nomás.

PUCHINI. — Ay viste! Una cose de nada le chiame cuesto anemale a cortare lo pescueze de une crestiane. Ma ca gabuche[1]

VENCEDURA. — Pero son crestianos ruines estos gringos! Tenerle miedo a un mamau.

PUCHINI. — Miede yo? Ma antunce osté confonde lo miede co la prudencia?

FLORES. — Pru... qué... don?

VENCEDURA. — Ponele apodos nomás.

SALUSTIANO. — Jabón se llama en cristiano.

VENCEDURA. — Ja, ja, ja! Pero son bichos ruines. Palomita voladora, que te vas al cementerio...

PUCHINI. — No ma nombre lo cementerie... Caramba! Ancime de lo cuerne, lo palo. Due puñaladite... Une cosite de nada... Lo cementerie. Dane guste lo gabuche.

(Se oyen voces de: "Eso es, la maistra. Muy bien. Que cante la maistra!" *Van saliendo todos los invitados.)*

OBDULIA. — Pero por Dios, misia Elvira, si yo no sé!

MARALLÓN. — Pero cómo no va a saber. No se haga de rogar. Parece mentira doña.

ESCENA V Y ULTIMA

DICHOS, OBDULIA, MISIA ELVIRA, GERVASIO, CIRIACO, MARALLÓN, MARÍA VALENTINA, GUILLERMO. *Luego* SAURO, NEMESIO *y* SARGENTO LAGUNA.

MISIA ELVIRA. — *(Ofreciéndole la guitarra.)* Un estilo nomás. Pa que vea el forastero, que...

OBDULIA — Ay por Dios! qué compromiso. Ustedes quieren hacerme quedar en ridículo ante este señor.

GERVASIO. — Métale, métale doña. Si se está muriendo e ganas. *(Obdulia canta. Al final grandes aplausos. Vencedura y milicos se han ido acercando a la enramada.)*

VENCEDURA. — Salga de ahí! Parece una gata e monte.

LAGUNA. — Por qué no la desafías a un contrapunto?

VENCEDURA. — No me dieran más trabajo...

MARÍA. — Ahora él. Es justo que corresponda.

CIRIACO. — Y más cuando es medio poeta como el amigo. Largue una de esas cosas, nomás.

OBDULIA. — Oh, sí. Ahora no puede negarse y ha de ser improvisado.

MARALLÓN. — Bueno... si ustedes se empeñan. Veremos lo que nos sale. *(Canta y le hacen las mismas demostraciones; las parejas vuelven a entrar algunas en la casa y otras pasean por el patio. María Valentina y Guillermo se sientan en un banco en primer término.)*

MARÍA. — Me tiene intranquila Nemesio. Te mira de una manera...

GUILLERMO. — Dejalo...
MARÍA. — Es que...
GUILLERMO. — Le tenés miedo?
MARÍA. — Sí; pa que te lo viá a negar. Le tengo miedo. Me parece...
GUILLERMO. — Y lo querés un poquito también.
MARÍA. — Guillermo!...
GUILLERMO. — Decílo nomás. Lo querés?...
MARÍA. — Como a un hermano. Dios mío! Si supiera.
GUILLERMO. — Si supiera, lo que?
MARÍA. — Nada. Por qué no le hablás al viejo antes?
GUILLERMO. — Pa qué? Pa que nos diga que no. Lo conozco más a tu tata...
MARÍA. — Dios mío!
GUILLERMO. — Ya andás mauliando? Te espero en la glorieta. Has oído? El sulki ya está pronto. En menos de una hora estamos en el pueblo. Vas a dir?
MARÍA. — Sí, ahora iré. *(Se aleja de él, para confundirse entre los grupos. Guillermo queda mirándola. Se frota las manos y entre satisfecho y burlón dice.)*
GUILLERMO. — Ta güeno!
OBDULIA. — Propongo una gallina ciega.
MARALLÓN. — Aceptado sin discusión.
CIRIACO. — Con una condición ha de ser. Que ha de tallar don Puchini.
PUCHINI. — Le galle yo?
VENCEDURA. — Cómo será el gallinero?
TODOS. — Que le venden los ojos!
OBDULIA. — Ya está! *(La muchachada forma rueda alrededor del italiano y empieza el jue-*

go. En esto se oye la voz de Sauro que habla con Laguna a gritos.)

SAURO. — Ah! no, no, no! Lo he jurao por la memoria e mis tatas y yo lo que juro lo cumplo aunque sepa que me han de jusilar dispués.

PUCHINI. — Ya está aquí otra vez, porca madona.

SAURO. — Un par de puñaladitas. No sea malo...

PUCHINI. — Pero combatre... que hace... Lo pañuele, sacame lo pañuele... Dónde se habrá metite la poerta de lo ranche!...

SAURO. — Pero compadre. No sea así. Un par de puñaladitas nada más.

GERVASIO. — Mételo en el cepo nomás.

LAGUNA. — Vamos pues...

SAURO. — Vea sargento es una injusticia. *(Mutis.)*

PUCHINI. — Se ha ite finalmente?

MARALLÓN. — Sí pues; salga nomás que ya pasó.

PUCHINI. — Ma ha viste? Due puñaladite. Ma que vieque sasine.

CIRIACO. — Güeno, güeno. Aura ya pasó. A ver esa música, che. Métanle a una polkita nomás.

MISIA ELVIRA. — Y la yunta brava, che?

CIRIACO. — No sé, por ahí han de andar. Cansaus de bailar, seguro. *(Empieza el baile. Guillermo atraviesa la escena como mirando de cortarse. Al ir a salir se encuentre frente a Nemesio.)*

GUILLERMO. — Ah! Estabas ahí?

NEMESIO. — Mesmo.

GUILLERMO. — Güeno. Ni una palabra más entonces. Si estás enterau de todo.

NEMESIO. — De todo.

GUILLERMO. — Ni una palabra más entonces.

NEMESIO. — Sí, por qué no. Si te he atajau por eso. Pa conversar. Tengo que hacerte un pedido.

GUILLERMO. — Si está en mis manos... Hablá.

NEMESIO. — Quisiera ser el padrino de tu casorio.

GUILLERMO. — De mi casorio con quién?

NEMESIO. — Con quién? y entuavía lo preguntás!

GUILLERMO. — Como nunca pensé en eso, me extraña el pedido, no? Si yo creía que eras vos el de la boda. Qué Nemesio este!... Estás con la marca ardiendo!

NEMESIO. — Ansina es. Pa que te lo viá negar. Los sotretas como vos...

GUILLERMO. — Bajá la prima y no grités...

NEMESIO. — Tenés razón, vamos.

GUILLERMO. — Vamo. *(Mutis resueltos. El baile ha seguido. María Valentina sale, atraviesa la escena como buscando a Guillermo. Al verlo alejarse seguido de Nemesio, corre tras ellos trágicamente.)*

MARÍA. — Guillermo!... Nemesio!... Tatita!... *(Todos acuden. Escena de confusión. Voces de:* "Qué pasa? qué es eso?"

NEMESIO. — *(Entrando con el cuchillo en la mano.)* Nada! La otra carrera... La hemos ganado, padrino!

TELON

LA BELLA PINGUITO

PETIPIEZA EN UN ACTO

PERSONAJES

Angélica
Eduardo
Un Criado
Pérez
Leandro

La escena en Río Azul

ACTO UNICO

Consultorio de un médico. Ventana a la calle (lateral izquierda) a derecha, puerta que comunica con el exterior, y al foro, salida para el zaguán.

ESCENA I

CRIADO, *luego* ANGÉLICA.

CRIADO. — *(Sacudiendo con un plumero.)* Quisiera ser canflinflero — para conseguirme una mina *(marcando unos compases de tango.)* Ay Gusé, Gusé. Qui tiempos aquellos. Ah! Como las golondrinas — qui ya no vuelverán. Ay doctor D. Eduardo qui gran macana. Pero si entovía lo pienso y me parece que es una pesadilla. Piro no... Si es verdad. Si hace seis meses qui estamus aquí. Vamos qui... qui no me cabe en la cabeza. Vamos, despertate Gusé qui estás soñando. Piro no. No estoy soñando, no. Mire Ud. qui el Dr. D. Eduardo casado. Mire Ud. qui el Dr. D. Eduardo establecido en un pueblo. Mire Ud. qui el Dr. Eduardo acustándose a las 9 de la noche. Vamos qui esto es cosa de brujas. Qui diría el negro Pérez si viera esto y toda la patota de la casita. Aquella sí que era vida. Meta tanju y déle tanju. Quisiera ser canflinflero para conseguirme una buena mina... Pero qui va a conseguir minas uno en este pueblucho uf... Tudas las criadas son negras uf...

Aquello era otra cosa. Ay la casita... la casita, aquello era vida.
Quisiera ser... La señora. Benditu sea Dios. A las diez de la mañana la señora.

ESCENA II

DICHOS *y* ANGÉLICA.

ANGÉLICA. — Dónde está Eduardo?
CRIADO. — Pues ya se lo dijo a Ud anoche qui no vendría hasta hoy a las dos porqui había de asistir a la señora esa de no sé que cañada.
ANGÉLICA. — Mentira!
CRIADO. — Mintira?
ANGÉLICA. — Mentira sí, tú lo sabes bien, hipócrita!
CRIADO. — Yo...
ANGÉLICA. — Tú, sí Crees que yo me chupo el dedo. Eduardo fue... a Montevideo.
CRIADO. — A Muntivideo.
ANGÉLICA. — Sí, a Montevideo. Y tú lo sabías.
CRIADO. — Yo... si lo hubiera sabido mi iba detrás, aunque fuese haciendo la culadera en el auto. A Muntivideo nada menos Con las janas que yo...
ANGÉLICA. — Pero de veras tú no sabes nada? Mira, a mí no me lo ocultes. Conmigo no vas a perder nada. Toma para ti.
CRIADO. — Anda una propina La primera desde qui salimos de allá.
ANGÉLICA. — Bueno, y ahora díme todo lo que sepas. Que tú eres el hombre de confianza de Eduardo y le has servido siempre para todos

sus... Oh, yo bien lo sé, sí. A qué hora vino aquí el automóvil ese?

CRIADO. — Al terminar la consulta. Llejó muy apurado ese jaucho... qui le llaman Don Ciriaco. Y diju que la señora estaba, vamos qui... qui necesitaba con urgencia los servicios del médico y qui eran nada más que treinta lejuas y qui era la cosa de ir en sejida y...

ANGÉLICA. — Sí... Eso fue lo que me dijo Eduardo. Aprendiste bien la lección.

CRIADO. — Ah, no señora. Yo le guro qui...

ANGÉLICA. — Basta. No jures nada. Aquí debe estar la clave. Dónde guarda el Dr. las cartas?

CRIADO. — Cuáles cartas?

ANGÉLICA. — Las que recibe.

CRIADO. — No sé.

ANGÉLICA. — No sabes, no? Pues lo averiguaremos. *(Empieza a revolver los cajones. Por último tropieza con uno cerrado.)* Aquí... aquí ha de estar la clave. Aquí... están los secretos. Dónde está la llave? Ya habrá tenido buen cuidado de no dejarla a mano, sí... El hipócrita! Y quien lo oye parece que... Ah, pero yo me he de convencer por mis ojos. Aquí, aquí ha de estar la clave, aquí. Por algo está cerrado este cajón.

CRIADO. — Pero señora... es qui ese cajón.

ANGÉLICA. — Qué tiene ese cajón?

CRIADO. — Es qui el Dr...

ANGÉLICA. — Guarda aquí... los secretos de la profesión, no? Maldita llave! Ah, pero... Te has de abrir.

CRIADO. — Pero es qui el Dr. mi tiene prohibido.

ANGÉLICA. — Ah!... Prohibido, no?... Sist, claro. Trae un cortafierro.

CRIADO. — Para?

ANGÉLICA. — Para, para... No has oído lo que te mandé? Sí, claro; como que tú también. Oh!, pero... Qué me traigas un cortafierro! ¿Es que también te ha dado orden de desobedecerme, el doctor? Ya te arreglaré las cuentas, sí. A tí y a él también; a él, primero. El señor doctor! Buen hipócrita, buen canalla, buen bandido, buen... *(rompiendo a llorar.)* Infame. Adúltero. Después de haberlo esperado cinco años. A los seis meses de casada. Pasarse una noche entera fuera de casa.

CRIADO. — Permítame qui le diga que la señora es injusta con el doctor. Quien lo ha vistu como yo. . y quien lo ve ahora desde el mismo día qui se casó. Si es otro hombre. Pero si es un mudelo. Si dan janas de... de irse a servir con otro de tan juicioso que se ha puesto.

ANGÉLICA. — Juicioso, sí, juicioso. Poco le ha durado el juicio. Infame. Bien me lo decía mi madre. Vas a ser muy desgraciada, hija mía. El matrimonio es una cadena de lágrimas. Ah, pero conmigo está equivocado, eh? Bien equivocado. Porque yo me divorcio, me divorcio y me divorcio. Aún no has traído el cortafierro? Te has de abrir y te has de abrir y te... y te abriste! Ahora vamos a ver. Aquí... Un sobre lacrado. *(Tomándole el olor.)* Cuando yo decía que... Pst, claro... Huele ahí. Sabes cómo se llama ese olor? Eso se llama olor a loca.

CRIADO. — No.

ANGÉLICA. — Eh?

CRIADO. — Non, señora, no. Les conozco bien el perfume.

ANGÉLICA. — Sí, claro. Vienen muchas, no?

CRIADO. — Aquí? Non, señora, no. Desde qui el Dr. se casó y se vino a vivir a este pueblo... Aquí no hay ni crocotas. En Muntevideo sí... Aquello era una bindición. Vinía cada una. Ay Gusé, Gusé!... Y qui propinas! Hasta cinco pesos guntos mi tienen dado. Había una señora qui era de estas que... dil tiatro, sabe? de estas qui les llaman chanteusas. Una italiana. Ah!.. quí italiana!... Cuando se iba degaba todo el consultorio lleno de un perfume!...

ANGÉLICA. — Una italiana, no? Sí, claro. Aquí está. Hiporviotina.

CRIADO. — Hiperviu, qué?

ANGÉLICA. — Te suena, no?

CRIADO. — Ese nombre lo he visto yo en algún frasco.

ANGÉLICA. — Frasco, sí, buen frasco. Ah, pero yo te garantizo que como la pesque aquí a la italiana esa...

CRIADO. — No, señora, no. Aquí... no hay eso. Las únicas italianas qui vienen aquí son las de las chacras los días de la consulta gratis. Y esas... Ay, señora! Esas sí qui no dejan perfume.

ANGÉLICA. — Ah, infame! Esta sí... Mírala... mira esta carta.

CRIADO. — Ah... esa sí.

ANGÉLICA. — Mío caro: non poso piu vivere

cossí dimenticata de te io voglio essere la tua antica Mirandolina, io voglio...

(Se oye la bocina de un auto.)

CRIADO. — Ay, Guesus. El Doctor. La qui se ha de armar aquí. *(Se oye el timbre.)*

ANGÉLICA. — No, no es el infame, no!

CRIADO. — Benditu sea Dios.

(Se oye la voz del negro Pérez: Ah, de la casa. Dónde está ese doctor?)

CRIADO. — El negro Pérez. Piro... piro qui mi ahorque si no es el negru Pérez. Piro cuando haberá vinido?

ANGÉLICA. — Alguno de los amigotes de soltero, no?

CRIADO. — Amijote? Cumo chancho con el Dr. Más divertido!...

ANGÉLICA. — Divertido, no?

CRIADO. — Piro... qui le digo?

ANGÉLICA. — Que pase.

CRIADO. — Piro la señora...

ANGÉLICA. — Ni una palabra, pero ni una palabra. Como yo te oiga...

CRIADO. — No, no... No, señora, no. Pierda cuidado que yo... como un sepulcro

ESCENA III

Menos ANGÉLICA. *En seguida el negro* PÉREZ *y el loco* LEANDRO.

PÉREZ. — Pero es que no hay nadie aquí?

CRIADO. — Señuritu Pérez!

PÉREZ. — Gallego! Pero vení pa acá. Dejame que te dé un abrazo!

CRIADO. — Señuritu... señuritu!
PÉREZ. — Y el ladrón de tu doctor, dónde está?
CRIADO. — No ha de tardar. Cuando venga y se encuentre. Pero, cuándo ha venido...
PÉREZ. — Ahora, no lo ves. En cinco horas, che Récord completo. Bajá pues
CRIADO. — Viene.
PÉREZ. — El loco Leandro. Pero che... y a todo esto, la señora de Eduardo no vive aquí, no?
CRIADO. — No, señor, no .. aquí tenemos solo el consultorio, pero. .
PÉREZ. — Pero qué?...
CRIADO. — Nada, qui la señora. . vive en la quinta.
PÉREZ. — Pero, che, loco. Bajá pues. Estamos solos. Solos con Galicia Chica. Aquí es el consultorio.
LEANDRO. — Gallego!
CRIADO. — Señuritu!
LEANDRO. — Pero míralo al gallego. Hasta negro se ha puesto.
PÉREZ. — Pero qué te pasa, che, Galicia? Estás achuchado? Qué tiene éste?
LEANDRO. — Claro. La sorpresa.
CRIADO. — Claro. Quién iba a decir?
PÉREZ. — No, che, che. No me vengás formando el cuento. Vos tenés algo. Vos ocultás algo aquí. Vení pa acá. Mírame fijo. A ver el aliento? Vos te estabas empinando el wiski del Dr. Decí que no. Si te conozco más...
LEANDRO. — Con razón tardaba tanto en abrir.
CRIADO. — Piro, yo les guro qui...
PÉREZ. — Déjate de macanas, gallego. Si te co-

noceremos las mañas. Piedrún! Pasá la botella.

CRIADO. — Qué, señuritu Pere... Ud. siempre tan...

LEANDRO. — Sí, che, che, la botella que venimos con mucho frío. A ver si nos vas a formar el cuento ahora.

PÉREZ. — Pero si no le vamos a contar, hombre. Pasá la botella, pasá.

CRIADO. — Piro es que yo.

LEANDRO. — Pero, che, Galicia.

PÉREZ. — Dejalo. Si por aquí debe tenerla amurada. En cualquier rincón de estos nomás. Pero, pero, y ésto, che?

LEANDRO. — Un capelín.

PÉREZ. — Y de fabricación casera Con razón, pues. Pero, miralo al gallego. Por que ésto es cosa tuya, no me digas que no, que una dona con ese capelín no puede ser cosa de Eduardo.

LEANDRO. — Ca!... Con que esas teníamos, no... Ranún! Recibiendo visitas en el consultorio cuando el doctor no está, no?

CRIADO. — Señuritu, por Dios.

PÉREZ. — Andá, mosca muerta. Hacela comparecer.

CRIADO. — A...

PÉREZ. — A la gallega del capelín. Hacela salir.

LEANDRO. — Eso es, que comparezca la prójima, la dueña del capelín.

ESCENA IV

DICHOS *y* ANGÉLICA.

ANGÉLICA. — Con permiso, señores. Ese sombrero.

PÉREZ. — Es de... de Ud. ...

ANGÉLICA. — Sí, señor, sí. Un poco demodé, no? No le extrañe. Fabricación casera. En estos pueblos...

LEANDRO. — Plancha para uno!

PÉREZ. — Pero Ud.... usted no es de este pueblo, no?

LEANDRO. — Ni de fabricación casera.

ANGÉLICA. — No, señor, no... Soy... italiana.

PÉREZ. — Pues, no se le conoce.

ANGÉLICA. — Es que he venido a América de muy niña.

LEANDRO. — En alguna... Compañía.

ANGÉLICA. — Sí... eso es... de Variétés. Tampoco se me conoce, verdad?

PÉREZ. — Eso... eso, sí se le conoce. Ustedes las mujeres de teatro, tienen una gracia, un ángel, un no sé qué...

ANGÉLICA. — Y Uds. como gente entendida.

PÉREZ. — Sí... un poco.

LEANDRO. — Eso es... un poco.

ANGÉLICA. — Oh... se ve.

PÉREZ. — Y hace mucho tiempo que... que lo trata a Eduardo?

ANGÉLICA. — Que nos tratamos... íntimamente... seis meses.

LEANDRO. — Seis.

ANGÉLICA. — Justo... seis meses.
LEANDRO. — Pero entonces desde que...
ANGÉLICA. — Eso, desde que. . se casó.
PÉREZ. — Pero, te das cuenta, che. Este animal ha resultado mucho más bandido de lo que nosotros pensábamos. Nos ha dado cola y luz...
ANGÉLICA. — Claro, Uds. no serían capaces de casarse y...
LEANDRO. — Yo francamente... de casarme, no. De todo lo otro, es decir de tener una amiguita tan encantadora como Ud., de eso... ya lo creo.
PÉREZ. — No, pero si lo que nos asombra, no es... Ca! Si lo conoceremos a Eduardo.
ANGÉLICA. — Mucho, verdad?
LEANDRO. — Como que... figúrese Ud. Desde estudiantes... jamás nos habíamos separado. Vivíamos juntos puede decirse. Todas las juergas y todos los líos Figuresé si nos conoceremos. Si éramos inseparables hasta...
PÉREZ. — Sí, hasta que un día, este loco sale teniendo novia en serio y de la noche a la mañana, paf, el Dr. Eduardo Gurméndez aparece casado con una campusa y convertido en médico de aldea en un pueblucho del interior.
ANGÉLICA. — Sí que les habrá causado asombro...
LEANDRO. — Asombro? No. Siempre lo habíamos tenido a Eduardo por un loco capaz de cualquier burrada. Claro eso sí, pensamos lo que era lógico pensar que le duraría.
ANGÉLICA. — Una semana.
LEANDRO. — Y que a los pocos días, lo tendría-

mos allí de nuevo, lleno hasta el pelo más largo de las delicias de la vida honesta y pidiendo el divorcio a gritos.

ANGÉLICA. — Y... pasó esa semana.

PÉREZ. — Esa semana?... Y un mes y dos y cinco... y hasta hoy.

ANGÉLICA. — Y no... no se escribían Uds.?

LEANDRO. — Esa es otra. Pero si es que es un hipócrita! Qué bandido! Ud. sabe lo que tuvo la audacia de escribirnos, anteayer?

ANGÉLICA. — Anteayer?

PÉREZ. — Enteresé. Pa que lo vaya conociendo.

ANGÉLICA. — "Pues... lo dicho. Que soy feliz como no lo merezco, que mi mujercita es un ángel y estoy enamorado de ella como jamás sospeché que pudiera llegar a enamorarse un hombre. Créanme, muchachos: la única felicidad posible está en el amor honrado, en el hogar honrado junto a la esposa única". Y ésto lo escribió hace dos días?

LEANDRO. — Ha visto Ud. mayor farsante? Y ahora resulta que el amor honrado y el hogar honrado era... otra italiana.

ANGÉLICA. — "Y en cuanto a la italiana, que también ha tenido la audacia de escribirme, díganlé si sabe de algún hombre tan burro que teniendo un ángel en casa, vaya a buscar al diablo afuera. Pero que...

PÉREZ. — Ha visto? Pero qué hipócrita!

LEANDRO. — Pero qué suerte de hombre, digo yo. Pero dónde diablos irá a buscar este ladrón estas... maravillas de italianas.

ANGÉLICA. — Nada. Que debe tener corresponsales en Roma.

PÉREZ. — O en el cielo, porque lo que es... este su gracia, si no es indiscresión.

ANGÉLICA. — Valiente!... Porque... Pues me llamo. . La Bella Pinguito.

LEANDRO. — Olé. Pues vaya por la Bella Pinguito que nos ha quitado de encima una buena preocupación.

ANGÉLICA. — Una preocupación?

PÉREZ. — Claro. Al leer una carta semejante, figuresé Ud. ... Qué cabía pensar? Que el pobre Eduardo se había quedado idiota en la flor de la edad o que estaba loco.

LEANDRO. — Y había que encerrarlo. A eso veníamos. A convencernos por nuestros propios ojos para... para llevarlo a un sanatorio.

ANGÉLICA. — Y ahora... qué piensan Uds.?

PÉREZ. — Pues pensamos que los idiotas hemos sido nosotros al creer que Eduardo pudiera haber escrito en serio... esas macanas. Ahora, claro, ahora está todo explicado. Con una amiga como Ud., no digo yo en Río Azul... Aunque fuera en la Cañada Verde. Pero qué farsante! El amor honrado... el hogar honrado... Pero qué hipócrita! Bueno, pero y a todo esto Eduardo no viene y estamos aquí a pico seco. Che Gallego!... No se moleste Pinguito, no se preocupe... Haga la cuenta que está en su casa. Nosotros somos... Che Gallego! Traé algo pa tomar pues. Qué toma, che Pinguito?

ANGÉLICA. — Pues yo... cualquier cosa.

PÉREZ. — Así me gusta. Tráete Wisky, che. Has oído?

CRIADO. — Piro, señuritu Pérez es qui... es qui no lo hay en casa.
LEANDRO. — El qué? En casa de Eduardo no hay Wisky... Vamos, vamos...
PÉREZ. — Pero, che Gallego. Pero vení pa acá. Es que no me conocés más vos? Es que nos vas a venir a formar el cuento? Pero no estás viendo que somos nosotros.
CRIADO. — Pero es qui yo les guro que el Dr. ya... ya no toma ni ésto.
PÉREZ. — El qué? Andá a bañarte, andá.
ANGÉLICA. — Traé Wisky, José.
CRIADO. — Bueno, lo traeré de la confitiría de al lado, pero dispués Ud...
ANGÉLICA. — Sí, hombre, sí. Está medio aturdido el pobre gallego. Claro... La sorpresa.
LEANDRO. — Fuma Pinguito?
ANGÉLICA. — Sí... a veces. Gracias.
PÉREZ. — Esté cómoda, che. A su gusto. San fason nomás. Estamos entre camaradas. Amigos viejos...
LEANDRO. — Y dígame una cosa. Usted nunca ha trabajado en Montevideo?
ANGÉLICA. — No... En los pueblos siempre. Nunca me he atrevido.
PÉREZ. — Qué nunca se ha atrevido?
ANGÉLICA. — No como... Ud. sabe... los grandes escenarios de Variétés requieren nombre, fama.
LEANDRO. — Nombre... fama... Pues usté en cuanto debutara... la primera noche nomás...
PÉREZ. — Y antes de debutar que... no hay

más que verla. Quiere una contrata para el Casino? Mañana mismo le hablo a Seguen.

ANGÉLICA. — Y no cree que el Casino... sería para mí... demasiado honor?

LEANDRO. — Para Ud.? Pero no se haga la chiquita, si se las lleva de calle a todas las estrellas. Nada, lo dicho. Ud. debuta en el Casino, esta semana.

ANGÉLICA. — Y Eduardo?

PÉREZ. — Eduardo... Figuresé. Encantado de la vida. Pues no va a ser chico el éxito que va a tener. Seis meses de campo y luego caer como un cañonazo entre la patota, trayendo al costado una nueva estrella. La sorpresa que se van a llevar todos los que... lo contaban perdido...

ANGÉLICA. — Sí, pero... y la señora?

LEANDRO. — Quién... la campusa esa? Que se embrome, hombre. Teniendo una mujer como Ud., va a pensar en... Qué se muera!

PÉREZ. — Claro. O que se meta en un Convento, si me parece que la veo. Una señora cursilona de estas. Nada Está resuelto. En cuanto lleguemos a Montevideo... el divorcio.

LEANDRO. — Lo divorcionamos. No faltaba más.

CRIADO. — Bueno... Aquí está el Wisky, pero conste que yo...

PÉREZ. — Andá, andá... Piantá de ahí. Estás buen hipócrita vos también. *(Se oye la bocina.)*

CRIADO. — El Dr. ... Benditu sea Dios. La qui se va armar aquí!

ANGÉLICA. — Ahora sí es él.

LEANDRO. — Una idea. Escóndase Pinguito. Va-



mos a ver hasta dónde lleva la farsa este hipócrita. Tú aquí, Gallego. Cuidadito con decir una palabra. Va a ser gracioso.

ESCENA V

DICHOS *y* EDUARDO.

EDUARDO. — *(Desde afuera.)* José.

CRIADO. — Dr.!...

EDUARDO. — Baja de ahí esa valija. Ah... están aquí.

PÉREZ. — Pero sabías?

EDUARDO. — Sí, ya me dijeron ahí por el camino que habían venido... dando espectáculo. Pero... pero... y ésto? José... Y estas botellas y estas copas aquí en el consultorio? Qué es ésto?

CRIADO. — Dr. yo... fueron... Yo les dije pero...

LEANDRO. — Sí... lo mandamos nosotros.

EDUARDO. — Ah, no, che, che... Qué esperanza... Retira eso, José. Aquí no estamos en Montevideo ni soy soltero como antes ni soy...

PÉREZ. — Un sinvergüenza como antes.

EDUARDO. — Eso, tú lo has dicho. No soy un sinvergüenza como Uds. Aquello ya pasó a la historia. Cosas de la juventud. Ahora ya son otros tiempos y otro mi estado y otra mi manera de pensar, no. No falta más! Qué diría mi mujercita si supiera que aquí...

PÉREZ. — Pero, pero... serás farsante. Nos vas

a hacer creer ahora en eso del amor honrado de tu...

EDUARDO. — Ah no, che, negro. Alto ahí. Ni una palabra más sobre este punto. Hemos sido muy camaradas y te quiero mucho y... pero me vas a hacer el favor de hablar con respeto porque... Hay cosas sagradas. Sagradas, lo oyes? Y mi señora es una de ellas. Conque cuidado!

LEANDRO. — Pero lo oyes tú? Pero te das cuenta? Pero sos hipócrita!

EDUARDO. — Hipócrita yo? Porque os hablo así! Y pensaban Uds. que había de vivir encanallado toda la vida. O es que creen que el hombre es nada más que esa porquería que se arrastra por ahí entre la inmundicia de los Cabaré. Creen que fuera de eso no hay nada, no. Que todo ha de ser relajación y vicio y desvergüenza.

PÉREZ. — Te das cuenta. Fray Pacífico Otero.

LEANDRO. — El diablo contando musas. El que no te conozca. Piedrún. Relajación y vicio y...

PÉREZ. — Y qué me contás de la italiana, che Gurméndez?

EDUARDO. — La italiana! Ah, otra cosa que quería advertirles. Ya pueden decirle a esa señora que como se me aparezca aquí en el pueblo... La hago meter en la cárcel. No faltaba...

PÉREZ. — No. Si es que estamos más enterados de lo que supones. Si es que hablamos de la otra, ranún.

EDUARDO. — De qué otra?

LEANDRO. — Pero hasta dónde vas a llevar la farsa?...

EDUARDO. — La farsa?

PÉREZ. — Sí, hombre. Larga el rollo de una vez. Si estamos enterados de todo. La vida honesta con la Bella Pinguito.

EDUARDO. — Con la bella qué? Estás loco vos?

PÉREZ. — Loco, no? Loco eh? Ahora verás. Che, Pinguito. *(Apoteósis final.)*

ESCENA VI

DICHOS *y* ANGÉLICA *por la puerta del zaguán.*

EDUARDO. — Angélica! Me has salido al encuentro... yo iba ya, pero me detuve aquí con estos señores, dos amigos de otras épocas. Mi esposa.

ANGÉLICA. — Señor Pérez.

EDUARDO. — Pero... pero... se conocían Uds.?

ANGÉLICA. — Sí, hemos estado esperándote.

EDUARDO. — Tú aquí... Uds.

ANGÉLICA. — No te sulfures. Estos señores vinieron a prestarme un enorme servicio. Vinieron a traerme la evidencia de tu cariño. En esta carta...

EDUARDO. — Pero, pero... pero qué es ésto Dios mío? Y Uds. tuvieron alma para entregarle ésta a...

ANGÉLICA. — A la Bella Pinguito.

EDUARDO. — Pero... te explicarás?

PÉREZ. — Nada, Eduardo, que tu señora, nos acaba de dar una lección. Señora, yo no sé cómo disculparme ni cómo justificar mi... Perdone

Ud. nuestra torpeza. De todos modos, como no volveremos a...

ANGÉLICA. — No, por qué?... Eso no! Uds. han sido amigos de Eduardo y quizá algún día si alguno de Uds. tiene la desgracia de quedarse idiota en la flor de la edad y quiere venir a pasar aquí una temporada con su señora esposa, aún podremos recordar sin enojo a la Bella Pinguito.

CRIADO. — A la... a la... a la Bella Pinjitu...

TELON

FIN

VOLUMENES PUBLICADOS

1. — Carlos María Ramírez: ARTIGAS.
2. — Carlos Vaz Ferreira: FERMENTARIO.
3. — Carlos Reyles: EL TERRUÑO y PRIMITIVO.
4. — Eduardo Acevedo Díaz: ISMAEL.
5. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LOS PROBLEMAS SOCIALES.
6 — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA.
7. — José María Reyes. DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (Tomo I).
8. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (Tomo II).
9. — Francisco Bauzá· ESTUDIOS LITERARIOS.
10. — Sansón Carrasco: ARTÍCULOS.
11. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS CONSTITUCIONALES.
12. — José P. Massera: ESTUDIOS FILOSÓFICOS.
13. — El Viejo Pancho: PAJA BRAVA.
14. — José Pedro Bellan: DOÑARRAMONA.
15. — Eduardo Acevedo Díaz: SOLEDAD y EL COMBATE DE LA TAPERA.
16. — Alvaro Armando Vasseur: TODOS LOS CANTOS.
17. — Manuel Bernárdez· NARRACIONES.
18. — Juan Zorrilla de San Martín: TABARÉ.
19. — Javier de Viana: GAUCHA.
20. — María Eugenia Vaz Ferreira: LA ISLA DE LOS CÁNTICOS.